

EN ESTA CIUDAD, LOS MONSTRUOS TIENEN CARAS CONOCIDAS.

MENTIRA, MENTIRA, VERDAD

UN THRILLER PSICOLÓGICO

JAMES CAINE

Mentira, Mentira, Verdad

James Caine

Copyright © [2025] by [James Caine]

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ningún formato sin el permiso escrito del editor o del autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[La Cabaña Familiar - Capítulo 1](#)

Prólogo

—Háblame de tu padre. —Oigo el sonido audible de la cámara detrás del entrevistador al hacer zoom sobre mi cara. El presentador del popular programa *Crime Pod* espera mi respuesta a su pregunta abierta.

¿Por dónde empiezo siquiera?

Un miembro del equipo de grabación ajusta el foco de los focos. Supongo que la iluminación no es la adecuada para la respuesta dramática que el equipo espera que salga de mis labios.

En cambio, aparto la mirada, sin saber muy bien por qué accedí a estar aquí en primer lugar. He evitado las entrevistas toda mi vida. Nunca me ha atraído el true crime, porque yo lo viví. ¿Para qué someterme al trauma de las terribles vidas ajenas cuando la mía ya es bastante difícil?

El presentador, Chris Harrelson, suelta un suspiro exagerado y dirige la mirada hacia la productora que tiene detrás. Casi puedo leerle el pensamiento: «Que diga algo. Lo que sea.»

La productora, una mujer empática llamada Heather que está sentada en la oscuridad junto al resto del equipo, me mira. Sus facciones se suavizan al ver lo alterada que estoy. No me había dado ni cuenta de que una lágrima me corría por la cara. Me la seco rápidamente y esbozo una sonrisa forzada.

—Lo siento —le digo a Heather—. Estoy bien. Podemos seguir.

—¿Segura? —pregunta ella.

El presentador mira bruscamente su reloj de pulsera y luego vuelve a clavar los ojos en la productora.

—Si necesitas otro descanso, Ali, puedes tomártelo —dice Heather.

—Estoy bien —digo. Me recuerdo a mí misma por qué estoy aquí. Nunca quise contar mi historia. Pero es importante. Lo que ocurrió cuando era una niña pequeña en el pequeño pueblo de Kadestill es tristemente célebre.

Lo que le sucedió a mi padre se habló en todo el mundo y en clases de criminología a lo largo y ancho del país. Llevo años recibiendo peticiones para hablar de ello, y no fue hasta ahora que acepté.

Cualquier fanático del true crime conoce el nombre de Dennis Kempmen. Su vida y su muerte se comentan hoy más que nunca, tras lo que ocurrió cuando regresé a Kadestill.

El presentador hace señas a una mujer que me maquilló para que le retoque una zona del cuello. Su cara impaciente se ilumina un instante antes de recuperar su expresión habitual de irritación contenida. No puedo evitar sonreír al ver el cambio en su actitud.

Es parte del motivo por el que estoy aquí.

Recuerdo la conversación que tuve con mi hermano Jason con tanta nitidez que es como si acabara de ocurrir. El presentador define a la perfección lo que Jason y yo hablamos.

Las máscaras que llevamos. Los verdaderos yos que ocultamos a los demás. Este presentador hace un trabajo admirable cuando las cámaras graban para proyectar de sí mismo una imagen distinta.

La productora me dedica una sonrisa irónica, y yo le transmito de nuevo que estoy lista con un tímido pulgar hacia arriba. El presentador despide a la maquilladora sin darle las gracias mientras el equipo retoma la grabación.

El rostro sombrío de Chris Harrelson se suaviza al instante, proyectando con maestría una simpatía calculada ante la cámara.

—Háblame de tu padre —repite.

De nuevo oigo la cámara que me apunta hacer zoom acercándose más. Tomando una bocanada de aire, veo a Dennis, el hombre al que llamaba padre, en mi mente. Recuerdo el día que me llevó a su casa, después de que él y mi madre, Connie, me adoptaran. Me veo a mí misma, la niña pequeña asustada preguntándose cómo sería su vida junto a esos dos desconocidos.

—¿Por dónde quiere que empiece? —le pregunto al presentador.

—Por donde quieras —dice—. Queremos conocer tu historia. ¿Cómo era vivir con Dennis Kempmen? ¿Cómo era vivir en el pueblo de Kadestill durante las Desapariciones del Lazo Rojo? ¿Cómo te sentiste cuando descubriste que tu padre era el principal sospechoso? Cuéntanos qué pasó cuando regresaste a Kadestill más de una década después. —El presentador

se aclara la garganta y da un sorbo de agua. Sus gestos me ponen nerviosa, y trato de encontrar las palabras para responder.

El presentador se inclina hacia delante, con el rostro suavizado aún más, no sé cómo. —¿Estás bien, Ali? —pregunta en voz baja. Al principio me sorprende que parezca tan humano conmigo, hasta que caigo en la cuenta de que las cámaras siguen grabando.

Asiento con la cabeza. —Sí.

El presentador se recuesta en su silla. —¿Siempre creíste que tu padre era un asesino en serie?

Capítulo 1

Antes La mujer llamada Connie Kempmen, a quien pronto llamaría madre, está sentada en el asiento delantero del coche, mientras mi nuevo padre, Dennis, conduce.

Ambos se intercambian una sonrisa cuando Connie mira hacia el asiento trasero, hacia mí, su nueva hija. Cuando miro más allá de la entrañable sonrisa de Connie, veo que Dennis me dirige una mirada similar por el retrovisor. Su sonrisa se ensancha mientras compartimos un breve instante.

Mi nuevo hermano, Jason, está sentado al otro lado del asiento trasero, mirando por la ventanilla. Lleva una gorra blanca del revés y parece más que aburrido tras el largo trayecto de Calgary a Kadestill. No hemos hablado mucho el uno con el otro, salvo cuando me dijo su nombre.

Todo parecía irreal. Dennis y Connie Kempmen iban bien vestidos. Dennis llevaba unos pantalones de color caqui con una camisa blanca de botones. Su pelo corto estaba peinado a la perfección. Iba bien afeitado, salvo por el fino bigote de lápiz que lucía. Su agua de colonia apestaba en el coche, pero yo no me habría atrevido a pedir que bajaran la ventanilla para no ahogarme con el olor. De vez en cuando, se colocaba las gafas de montura oscura sobre la nariz mientras conducía.

Connie llevaba un vaporoso vestido blanco de verano. Su sonrisa era tan contagiosa que hasta yo me sentía obligada a esbozar la mía. Había cierta incomodidad en el ambiente. Ninguno de nosotros sabía realmente qué decirle al otro todavía.

Ellos no lo sabían, pero yo estaba aterrada. Ese día tenía una nueva familia. Me habían adoptado. Pero ¿y si eran como la madre y el padre biológicos de los que me habían separado? Mi padre había vuelto a la cárcel. Nunca supe por qué, pero mamá me dijo que esta vez estaría fuera mucho tiempo. Yo ya sería adolescente cuando pudiera volver, y eso si se portaba bien.

En el fondo, me parecía bien. A papá le gustaba gritar. A papá le gustaba vociferar. A veces, cuando no le hacía caso, hacía algo más que ladrar.

Era todo lo contrario a mi nuevo padre. Dennis Kempmen no llevaba otra cosa que una gran sonrisa en la cara el día que fue a buscarme a Calgary.

Después de que mi padre ingresara en prisión, mi madre dijo que no podía cuidarme sola. Era demasiado, alegaba. Más tarde me enteré de que no era exactamente una preferencia suya. La provincia decidió separarme de ella por el «entorno inseguro», según lo definieron.

Normalmente, mamá calentaba los restos de pizza para comer, pero el día que me llevaron no había nada en la nevera. Un golpe en la puerta de nuestro apartamento cambió mi vida. Un trabajador infantil preguntó si podíamos hablar fuera mientras un agente de policía hablaba con mi madre.

Esa fue la última vez que la vi. A los once años, mi vida entera cambió.

—¿Te gustan los caballos, Allison? —me pregunta Connie. Se gira y me mira de nuevo, con la sonrisa radiante mientras espera mi respuesta.

—Más o menos —digo.

Ella asiente. —Perfecto. Qué bien. Los Draysons, unos amigos nuestros del pueblo, tienen dos en su casa. Viven en una granja a las afueras de Kadestill. Dan clases de equitación gratuitas. ¿A que sí, Jason?

Jason aparta la vista de la ventanilla y cruza la mirada con su madre. Como no responde, Connie pone los ojos en blanco. Él capta la indirecta.

—Sí, mola —dice Jason. Enseguida vuelve a mirar por la ventanilla.

Connie vuelve a sonreír mientras me mira. —Bueno, algún día pronto te llevaremos a su granja. Te encantará.

—Gracias, Connie —digo.

—Mamá —me corrige Connie. —Puedes llamarme mamá. —Mi nuevo padre, Dennis, se vuelve hacia ella y ambos se cruzan otra mirada rápida. —O como quieras, Allison. Lo que más te guste.

—Llámame Ali —le digo. —Mis amigos del colegio me llaman Ali.

Veo que Dennis me mira de nuevo por el retrovisor. Las arrugas alrededor de sus ojos hacen que su sonrisa parezca más sincera. —De acuerdo, Ali. Sé

que esto es un cambio para ti. Puedes llamarnos Dennis y Connie, si quieres. Como te sientas más cómoda. —Asiento con la cabeza, y él nos mira a mí y a su hijo. —Jason a veces me llama cabeza de chorlito, pero preferiría algo más amable.

Su hijo se ríe, y la carcajada de Dennis resuena por encima de él. Yo no puedo evitar hacer lo mismo.

Dennis sale de la autopista poco después. Minutos más tarde, pasamos junto a un cartel. «Bienvenidos a Kadestill. Población: ciento cincuenta habitantes.»

Sonríó pensando que debo de haber leído mal el cartel. ¿Cómo puede haber un pueblo con tan pocos habitantes? Las tierras de cultivo por las que llevamos un rato conduciendo se vuelven más boscosas a medida que entramos en el pequeño pueblo. Los árboles se alzan imponentes, sus ramas mecidas suavemente por el viento, proyectando largas sombras sobre la carretera asfaltada. Pasamos junto a un grupo de pequeños edificios. Uno de los más grandes es una tienda de ultramarinos. Al lado hay una heladería con forma de enorme cucurucho con helado de fresa encima.

—¿Te gusta el helado, cariño? —pregunta Connie, señalando el pequeño puesto. Hay unos cuantos niños haciendo cola fuera.

—No es un marciano, mamá —responde Jason por mí. Reprimo una sonrisa ante su broma y miro a mi nueva madre, que parece ligeramente herida. Me borro la sonrisa de la cara enseguida. Sé muy bien lo que les pasa a las niñas que se ponen impertinentes con los adultos.

—El de chocolate es mi favorito —digo de inmediato.

Su sonrisa reaparece. —El mío también —dice. —A lo mejor podemos ir pronto. —Intercambia otra mirada con Dennis y luego me mira a mí. —Te he comprado algo de ropa. Unos vestidos para empezar el colegio. Pero quizá podamos dejar a los chicos y ir de compras a la ciudad pronto. Solo tú y yo. ¿Te parecería bien, Ali?

Vuelvo a sonreír, preguntándome qué me está pasando. Cuando me sacaron de mi casa en Calgary, me dijeron que no volvería a ver a mi madre de verdad. Que necesitaría nuevos padres. Estaba nerviosa. ¿Y si mi nueva mamá y mi nuevo papá no me querían? ¿O si eran malos? Mala gente. Tendría que ir a otro hogar.

Los Kempkens parecían normales. El tipo de familias que siempre imaginé que solo existían en los dibujos animados que veía. Las que no son reales.

Jason me mira. Ha estado inusualmente callado durante todo el trayecto desde la ciudad, pero ahora esboza su propia sonrisa. —Hay un sabor buenísimo en la heladería que se llama Tiger Twist. Tienes que probarlo. Está de muerte, pero es ácido.

—A mí también me gustan los ácidos —digo.

Observo a mi nueva familia con asombro. Todos parecen felices. Todos sonríen. Creo que nunca vi a mi padre de verdad esbozar una sonrisa durante más de unos pocos segundos. Estas personas las llevan grabadas de forma permanente en el rostro, excepto Jason.

Observo cómo mi nuevo padre gira hacia un callejón sin salida. Sonríe para sus adentros mientras aparca en un camino de entrada.

Miro hacia arriba lo que parece una mansión. Tiene dos plantas, con acabado en ladrillo y revestimiento blanco. Una valla blanca se extiende a lo largo de lo que parece un gran jardín trasero. Solo hay otras seis casas en la pequeña calle. Cada una parece igual de acogedora. Entre nuestra casa y la de al lado hay un gran campo.

—Bienvenida a casa, Ali —dice Dennis mientras apaga el coche y saca la llave. Connie me abre la puerta mientras bajo al camino de entrada, todavía sin creermelo que esta sea la nueva vida que tengo. Sin embargo, aún estoy en guardia. Todo parece tan bonito. Perfecto. Demasiado bueno para ser verdad. Una realidad que una chica joven como yo no debería tener.

—Bienvenida a la familia Kempmen, cariño —dice mi nueva mamá. Me rodea con los brazos y me aprieta con demasiada fuerza. Dennis le pone una cara rara.

Se arrodilla y me mira fijamente, colocándose las gafas de montura oscura. —Te hemos preparado una habitación —dice. —Es tu dormitorio, así que puedes cambiarlo como quieras, ¿de acuerdo?

No sé qué cara se me habrá puesto, pero la sonrisa de Dennis se apaga. Me seca una lágrima de la cara que yo ni sabía que tenía y esboza una sonrisa tenue.

—¿Entramos? —pregunta Connie con entusiasmo. —¿Quieres ver tu nueva casa, cariño? —Dennis frunce los labios mientras se levanta y me da una palmadita en el hombro. —Venga —dice Connie. —Abre la puerta.

Dennis me hace un gesto con la cabeza mientras doy unos pasos por el porche de cemento. Cuando abro la puerta, la habitación está a oscuras. Veo siluetas de figuras oscuras al fondo. Estoy confundida hasta que se enciende la luz y una multitud de personas grita —¡Sorpresa! —.

Debe de haber más de veinte personas. Algunas sujetan globos. Unos cuantos niños con silbatos en la boca soplan tan fuerte como pueden.

Un hombre con una gorra plana gris en la mano se acerca a mí. — ¡Bienvenida a la familia, Allison! —dice. Una mujer con un vestido rojo está a su lado con su propia sonrisa de oreja a oreja.

—Ali —le corrige Dennis. —Llámalas Ali, George.

El hombre llamado George asiente. —Ali —repite. —Soy tu tío George. —Señala a la mujer del vestido rojo. —Esta es tu tía Sandra.

Les saludo a los dos mientras Dennis se ríe. —No te preocupes si se te olvida el nombre de mi hermano. No es tan importante. —George niega con la cabeza.

Miro alrededor de la sala llena de gente. La mayoría son vecinos. Un hombre en concreto destaca entre la multitud. Un hombre con uniforme de policía. El agente me sonríe cuando nota que me he fijado en su placa.

Dennis me pone la mano suavemente en el hombro mientras asimilo todas las expresiones amables y los cálidos saludos de lo que deben de ser la mitad de los habitantes de Kadestill.

Lo que no sabía en ese momento era que las personas de esa habitación serían las responsables de la peor noche de mi vida.

Capítulo 2

Presente

Dieciocho años después.

Estoy sentada frente a la responsable de recursos humanos, que lleva pegada una amplia sonrisa desde que llegué. —Gracias por reunirte conmigo, Ali —dice con voz suave—. ¿Qué tal el día?

—Gracias, Karen —digo, con una expresión que imita la suya. Normalmente, a nadie le haría gracia que alguien de RR. HH. le pidiese pasar por su despacho para una reunión privada nada más entrar al edificio, pero hoy es diferente. Karen Swalding solo puede querer verme por una razón.

Solicité el ascenso a directora de servicios hace un mes y tuve tres entrevistas por separado. Solo hay otra persona en la oficina que ha despertado el mismo interés para este puesto y ha pasado por el mismo número de entrevistas.

Cassandra Wilton. Es una buena mujer, pero no creo que sea la persona adecuada para dirigir una organización sin fines de lucro que trabaja con familias en dificultades. Su forma de tratar a la gente es muy mecánica. Cumple con su trabajo como se espera de ella y no es mala trabajadora, pero le falta corazón. Las personas no son métricas. Nuestra respuesta a las necesidades de las familias con las que trabajamos es de la mayor importancia en lo que hacemos. Tenemos que estar disponibles para ellas. Cassandra no responde precisamente con calidad.

Al igual que ella, me importa que devolvamos las llamadas cuando no estamos disponibles de inmediato. La diferencia entre Cassandra y yo, sin embargo, es que yo vuelvo con algo de sustancia. Les doy respuestas, a veces respuestas que quizás no les gustan, pero las doy con prontitud y con soluciones alternativas.

—Bueno —dice Karen, mirando su bloc en blanco—, quería verte respecto al puesto de directora.

No sé si es el repentino cambio de su sonrisa a una mirada apagada, o que aparta los ojos un instante, pero la energía positiva que Karen suele irradiar se transforma en cuestión de segundos. Casi se puede palpar la tensión. Siempre se me ha dado fatal disimular cuando estoy nerviosa.

Sé que esto no va a salir como quiero e intento con todas mis fuerzas que no se note. Aunque probablemente estoy fracasando de manera estrepitosa.

—Hemos decidido optar por otra candidata para el puesto —dice, posando sus ojos en los míos con ternura mientras me da la noticia devastadora.

Estoy atónita. Llevo casi diez años trabajando para Families First, una de las organizaciones sin fines de lucro más grandes que ayudan a familias en dificultades en el área de Toronto. Cassandra lleva menos de tres. Todo el mundo en Families First acude a mí con sus preguntas. No solo las familias a las que atendemos, sino todos los empleados. Cuando la actual directora tuvo que coger una baja después de un divorcio repentino, yo asumí sus funciones durante varios meses hasta que volvió al trabajo. A Cassandra no le pidieron que gestionara la organización sin fines de lucro entonces, y eso fue solo el año pasado. Cuando la directora renunció a su puesto para aceptar otro, era casi un hecho que el trabajo sería mío.

Soy la única trabajadora de recursos familiares que se reúne con sus familias en persona. La mayoría trabajamos en remoto ahora, pero yo siempre hago un esfuerzo por ir a la oficina cuando puedo, sobre todo cuando organizo reuniones con las familias. La mayoría de las otras trabajadoras, incluida Cassandra, hacen su trabajo por teléfono o por correo electrónico.

Yo voy hasta donde viven y las visito en nuestro primer encuentro. Me gusta entender sus necesidades y conocerlas como personas individuales. Puedo nombrarte a cada uno de los miembros de las más de veinte familias con las que trabajo actualmente, incluidas sus mascotas.

¿Cuántos podría nombrar Cassandra?

No es una trabajadora terrible, pero su corazón no está en el trabajo. Todo es cuestión de métricas. La evidencia cuantitativa de su trabajo, no el trabajo en sí.

De repente caigo en la cuenta de que esto es lo que importa a la organización sin fines de lucro para la que trabajo. Nuestra declaración de principios dice: «Families First. Donde las necesidades de las familias son lo primero.» Si alguien comparase los resultados de las familias con las que he trabajado frente a los de Cassandra, esta competición la ganaría yo con diferencia.

En lugar de explicárselo a Karen, de mostrarle por qué está cometiendo un error al no contratarme para el puesto más alto, asiento con la cabeza. — ¿Puedo preguntarte por qué? —digo.

La sonrisa de Karen vuelve a decaer hasta que recupera la seguridad. — Nos encanta el trabajo que haces aquí, Ali. De verdad. Se considera que Cassandra es lo que necesitamos para mejorar el perfil público.

Me muerdo el labio mientras todo va calando. Han contratado a Cassandra como directora no solo por sus métricas impecables. También queda bien sobre el papel y en persona. Siempre va con sus trajes de chaqueta y pantalón y tenía pinta de ejecutiva antes incluso de conseguir el puesto. Yo, en cambio, visto vaqueros y camiseta porque resulta más cercana con las personas con las que trabajo. Cassandra es exactamente el tipo de imagen que una organización sin fines de lucro quiere mostrar para justificar por qué necesita más financiación y seguir mejorando sus resultados.

Pero soy yo quien contribuye de manera decisiva a que esas familias estén satisfechas con nuestros servicios desde el principio.

Karen toma aire. —Además, sabemos que estás pasando por mucho ahora mismo. Probablemente sea mejor que te centres en la familia.

No puedo evitar negar con la cabeza con disgusto. ¿Porque he cogido algunos días libres últimamente para cuidar de las personas que me importan en sus momentos de necesidad, eso me convierte en una persona no apta para el puesto más alto?

De repente, otra realización me golpea. El dinero de las subvenciones que recibimos de la ciudad y la provincia está a punto de agotarse. Habrá que conseguir nuevas subvenciones y presentar propuestas a políticos, filántropos y organizaciones. Así que quieren poner a su mejor robot al frente para ayudar con eso.

«Families First. Donde las necesidades de las familias son lo primero.»

Casi me dan ganas de vomitar al pensar en lo insincera que es esa frase. Lo que más le importa a esta gente es el dinero, no tener una líder que se tome en serio el trabajo que hacemos. Que haga apasionadamente todo lo que esté en su mano para ayudar a las familias que lo necesitan.

La hipocresía de Families First, una organización sin fines de lucro a la que he dedicado una década, me golpea como una bofetada. Mirar la sonrisa falsa de Karen me pone todavía más de los nervios.

—Entiendo —digo. Me levanto, indicando que estoy lista para irme. No tiene sentido quedarse más en esta sala.

—Aunque quería ofrecerte un nuevo puesto —dice Karen—, queremos hacerte jefa de equipo de trabajadores de recursos familiares.

En los diez años que llevo aquí, nunca hemos tenido un puesto así. Todas tenemos nuestra carga de casos y respondemos directamente ante la directora.

—Es un puesto que queremos crear para ti, Ali —dice Karen.

Me vuelvo hacia ella. —¿Qué haría yo en ese puesto?

Karen asiente y sonríe. —Bueno, el resto del equipo acudiría a ti con sus preguntas o inquietudes, y tú las ayudarías según fuese necesario. También mantendrías tu propia carga de casos de familias. Seguirías reuniéndote con Cassandra junto al equipo. El puesto conlleva un aumento de sueldo de dos mil dólares.

Casi suelto una carcajada irónica, pero incluso yo me sorprendo de lo bien que consigo no reaccionar de inmediato. Básicamente, seguiría haciendo lo mismo que ahora pero con un pequeño aumento de sueldo.

—¿Puedo pensármelo? —pregunto.

Karen parece sorprendida de que no acepte la oferta de inmediato. —Por supuesto.

Le doy la mano antes de salir de su despacho y me dirijo de vuelta hacia mi cubículo. Por el camino, paso junto a algunos compañeros que charlan entre sí. Una de ellas es la propia Cassandra. La pronto a ser anunciada nueva directora de Families First. Por un momento, cruzamos las miradas antes de que yo aparte la vista.

Sé que no debería estar enfadada con ella. ¿Quién no querría un ascenso? Simplemente creo que no es la persona adecuada.

El móvil me vibra en el bolsillo de los vaqueros. Lo saco y casi vuelvo a soltar una carcajada irónica cuando veo quién es.

—¿Y bien, has conseguido el trabajo? —pregunta. No sé ni por qué he cogido el teléfono. Su voz solo consigue irritarme. Dándome cuenta de lo estúpida que soy por dedicarle un segundo de mi tiempo, cuelgo de inmediato sin decir una palabra.

Me guardo el móvil en el bolsillo. No tiene ningún derecho a preguntar. No tiene ningún derecho a seguir formando parte de mi vida. Se lo he dicho, y aun así sigue llamándome.

No, no he conseguido el trabajo. Sí, mi vida en este momento parece un desastre. Y una gran parte de eso es culpa tuya.

Y no, Karen, no quiero asumir un rol haciendo lo que ya hago. Es como si fueran a pagarme dos mil más al año creyendo que eso me va a dejar conforme.

Mi problema, sin embargo, es que me encanta lo que hago. Hay otras personas como yo que trabajan aquí y que se preocupan por los clientes a los que atendemos. Realmente marcamos la diferencia. Que contraten a Cassandra como directora significa, en mi opinión, que esta organización sin fines de lucro está yendo en la dirección equivocada.

Todo girará más en torno a las métricas. Las devoluciones de llamada. El papeleo. La burocracia. Hacer las cosas para marcar una casilla y no por el propósito para el que estamos aquí.

Es tan frustrante. El móvil vuelve a vibrarme varias veces en el bolsillo. Está llamando otra vez. Estupendo. Como si el día no hubiese sido ya bastante duro. ¡Tengo que decirle a este hombre que me deje en paz otra vez!

Saco el teléfono y me recuerdo que no debo gritar al auricular estando en la oficina. Mi estado de ánimo cambia cuando veo un nombre diferente en la pantalla del móvil. Jason Kempmen.

Una punzada de angustia me golpea. ¿Es esta la llamada que he estado temiendo? ¿Es así como me voy a enterar?

—Jason —digo, cogiendo el teléfono—. ¿Va todo bien?

Hay una pausa audible antes de que responda. —Mamá está empeorando.

Capítulo 3

Antes La fiesta sorpresa me abruma. Toda esta gente nueva que parece tan contenta de que esté aquí. La mayoría de sus nombres se escapan de mi memoria en cuanto se presentan.

Connie me presenta a cada uno individualmente. —Esta es mi hija, Ali — dice con orgullo. La gente que hay aquí parece bastante agradable. Aunque muchos de los niños son demasiado pequeños para jugar conmigo. La chica más cercana a mi edad tiene unos seis años. Juego un rato con ella a las Barbies. Es un encanto, pero espero conocer a alguna amiga nueva que se acerque más a mi edad.

Poco después de la sorpresa inicial cuando entré por la puerta, Jason salió fuera y se puso a jugar con unos chicos en el campo detrás de nuestra casa. Le digo a la niña pequeña que tengo que dejar de jugar con las muñecas y me asomo por la ventana a mirar a Jason y a sus amigos. Él y otros dos chicos se están pasando un balón.

Un chico da una patada fuerte al balón y este vuela por encima de la cabeza de Jason. Él corre hacia el interior del campo para atraparlo mientras los otros dos chicos corren detrás de él.

—¿Qué tal, cariño? —dice Connie, acercándose a mí con cuidado—. ¿Te estás divirtiendo? ¿Quieres comer o beber algo más?

—No, gracias —digo.

Connie sonríe. —¿Por qué no vas a jugar con tu hermano? Venga, no tienes por qué quedarte dentro todo el día. —Mira hacia fuera—. Bueno,

están jugando bastante lejos en el campo. —Toma aire—. Le dije a Jason que no jugara tan lejos de la casa —dice, sacudiendo levemente la cabeza y cruzando los brazos—. Salgo contigo.

Dennis aparece de repente a su lado y también mira hacia fuera. Inclina la cabeza hacia su mujer. —Están bien, Connie.

Ella arquea las cejas. —Le dije que no—

Dennis le rodea la cadera con la mano libre y da un trago de la lata de cerveza que lleva en la otra. —Está bien —repite. Me hace un gesto con la cabeza—. No te preocupes, Ali. Ve a jugar.

Observo su incómodo intercambio y empiezo a darme la vuelta. Connie le susurra algo a Dennis, y él se ríe.

—Déjalos ser niños —dice—. Es seguro. Además, el agente Anderson está aquí. Listo para lo que haga falta. —Señala al agente, que está hablando con el hombre que sostiene una gorra plana gris en la mano. El agente mira a Dennis y sonrío, levantando un dedo y fingiendo dispararle.

—Ve, no hay nada de qué preocuparse —dice Dennis, devolviéndole la sonrisa a Connie. Sé que la cerveza que lleva en la mano no es la primera del día, pero algo en la alegría de mi nuevo padre me hace preguntarme cuántas cervezas habrá tomado ya. Sé cómo pueden ponerse los adultos cuando beben demasiado.

Desde luego es un borracho mucho más alegre que mi verdadero padre. Cuantas más cervezas bebía este, peor se le ponía el humor.

El hombre con la gorra gris en la mano se ríe. —Dennis y yo nos escabullíamos de casa y dormíamos en el bosque, dejando a nuestros padres muertos de miedo.

Connie se gira hacia mí mientras pone los ojos en blanco. —Venga, cielo. Diviértete.

Esboza una sonrisa fina antes de salir de la habitación y por la puerta principal. Mientras me dirijo hacia el campo, veo a tres hombres salir al porche.

Dennis, mi nuevo padre, da un trago de su lata y mira hacia el campo que tengo delante. Su hermano, George, está a su lado y se coloca bien la gorra gris en la cabeza. Levanta su bebida, y él y Dennis brindan antes de dar otro trago. El agente Anderson se une a ellos y los tres charlan y miran hacia el campo mientras yo me alejo.

Entonces no lo sabía, pero los tres eran muy unidos. El tío George era el hermano mayor de Dennis. El mejor amigo de George desde que eran niños

era Ben Anderson, que llevaba los últimos cinco años como miembro de la Real Policía Montada del Canadá. Los tres mantenían una estrecha amistad desde que crecieron juntos en ese pequeño pueblo.

Vuelvo a mirarlos. Dennis y George se ríen juntos y dan sorbos de sus latas. Anderson, con su uniforme, tiene las manos a los costados y mira hacia el campo, en mi dirección. Cuando me doy cuenta de que me está mirando directamente a mí, aparto la vista.

Jason le pasa el balón a un chico delgado con el pelo rizado de longitud media. El chico controla el balón rápidamente con los pies y da un salto, golpeando el balón con un movimiento estiloso hacia el tercer chico, que tiene el pelo corto y pelirrojo.

No podía dejar de pensar en lo que Connie había dicho dentro. Le preocupaba que Jason jugara demasiado lejos de la casa. Lo decía como si fuera algo peligroso. Junto a Jason y sus amigos, el campo está vacío, una larga extensión de terreno en su mayor parte de tierra desnuda rodeada por los árboles frondosos del bosque cercano.

¿Habría animales peligrosos en el bosque? Viviendo en Calgary, había oído historias de pumas que se metían en la ciudad. Uno fue avistado cerca de unos arbustos junto a un hospital y tuvieron que llamar al control de animales. Tampoco era raro que los osos negros se alejaran de las montañas. Incluso los ciervos de las cercanías de Calgary podían llegar a ser agresivos a veces.

Me acerco a los tres chicos preguntándome qué decir. Pedir jugar parece algo tan de niños pequeños. Cuando estoy cerca, el chico del pelo rizado controla el balón con los pies y lo lanza al aire, agarrándolo. Me sonrío. Tiene una piel increíblemente limpia. Su pelo ondulado se mueve ligeramente con la suave brisa.

—Hola —dice.

—Hola, soy Ali —respondo. Por un momento, temo que se me haya puesto la cara roja con este chico tan guapo mirándome fijamente.

—Ya lo sé —dice—. Soy Ethan. —Señala al tercer chico, el de las pecas y el pelo pelirrojo—. Ese es Tanner Eldens. —Asiente hacia Jason—. Y, bueno, supongo que a este ya le conoces.

—¡Chuta el balón! —exige Jason en voz alta—. Venga, sigamos jugando.

—Está bien —dice Ethan. Me mira un momento y vuelve a mirar a Jason—. Vamos a separarnos más para que Ali tenga sitio.

Jason pone mala cara mientras Ethan empieza a retroceder para que yo tenga mi propio espacio para jugar.

Los cuatro nos pasamos el balón. Al principio creo que el juego consiste en dificultar al otro la recepción del balón. Se lo chuto con fuerza a Jason, que pone mala cara cuando no le llega cerca. Suspira mientras va a por él. Enseguida lo entiendo. Se supone que tenemos que cooperar. El juego parece consistir en ver cuántas veces podemos pasárnoslo sin romper la racha. Ethan empieza a contar cuando llegamos a números más altos. Todos soltamos un gemido colectivo cuando alguno falla.

—¿Vas a ir al colegio? —me pregunta Ethan.

Jason le pasa el balón al chico pelirrojo y responde por mí. —Está en tu clase.

El chico llamado Tanner se ríe y controla el balón. —Espera un momento, ¿tu hermana tiene la misma edad que tú? —Se ríe y lo chuta hacia Ethan.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunto a Jason.

—El dieciocho de septiembre —responde de inmediato.

—Pues el mío es en febrero —digo.

El chico pelirrojo vuelve a reírse. —¡Jason! ¡Tu nueva hermana es mayor que tú!

—¡Cállate! —replica Jason.

El chico pelirrojo lo capta al vuelo. —Bueno, supongo que estaremos todos en la misma clase. Salvo Jason, claro.

—¿Por qué? —pregunto, confundida.

Tanner saca la lengua. —Porque es muy listo —responde con voz de tonto.

—Creía haberte dicho que te callaras —dice Jason, sacudiendo la cabeza.

—Se saltó un curso —explica Ethan.

Le sonrío. Ethan me devuelve la sonrisa. —Qué guay. ¿Estamos en la misma clase? —le pregunto.

Ethan asiente. —Tanner también.

—Soy muy, muy listo —dice Tanner con su tono de tonto otra vez y la lengua todavía fuera. Ethan coge el balón y se lo lanza, y Tanner se aparta rápidamente, riendo. Me lo chuta suavemente a mí.

—Venga, Ali —me grita Jason, acercándose a mí—. Dale un poco más fuerte. Nada de chutar como una niña.

La sonrisilla que se le dibuja me molesta. Ya está empezando a irritarme mi hermano *menor*. Le doy al balón con toda la fuerza que puedo y siento

una punzada de dolor en el pie al hacer contacto. El balón vuela fácilmente por encima de Jason, que se queja de que no se lo he chutado cerca mientras sale corriendo a por él.

Mientras va a recogerlo, los otros dos chicos se ríen. Miro hacia mi nueva casa y ya no está mi padre ni los otros dos. Observo cómo Jason deja de correr y empieza a caminar hacia el balón.

—¡Date prisa, Jason! —grita Tanner.

—Ya voy —responde Jason con tono irritado.

Ha sido un buen chute. El balón ha llegado casi hasta el límite del bosque. Mientras se acerca, pienso en lo que dijo Connie.

—¿Ha habido algún ataque de animales o algo así por aquí? —le pregunto a Ethan.

—¿Ataque de animales? —El chico pelirrojo se ríe.

—No —responde Ethan—. ¿Por qué?

—Connie —digo, y por un momento me corrijo—. Quiero decir, mi madre está preocupada por que juguemos en el campo.

Los dos chicos se miran antes de volver a mirarme. —¿No lo sabes?

—¿Qué? —digo, confundida.

Antes de que puedan responder, la voz chillona de una mujer resuena en el aire. —¡Jason Kempmen! —grita Connie, avanzando a grandes zancadas desde la casa hacia nosotros.

Jason se gira rápidamente. —¡Mamá! —le responde a gritos—. Solo estoy cogiendo el balón.

—¡Ven aquí ahora mismo, jovencito! —Ethan y Tanner se giran hacia él y se echan a reír. Detrás de ella, veo a Dennis saliendo al porche—. Te dije que no jugaras tan lejos en el campo, ¿verdad? —grita con más fuerza que antes.

—Pero —Jason intenta suplicarle.

—¡Jason! —La voz de Dennis retumba detrás de Connie, y la voz de su padre capta la atención de todos—. ¡Haz lo que te dice tu madre, ahora mismo! —Gira la cabeza y noto que me está mirando a mí.

—Es hora de entrar —dice Connie mientras se acerca a nosotros. Me da una palmadita en el hombro—. No es culpa tuya, cariño. Entra, con tu padre. —Mira a Ethan y a Tanner—. Chicos, vosotros deberíais ir tirando para casa.

Ethan y Tanner se miran antes de volver caminando hacia la casa. Yo los sigo. Cuando miro atrás, veo a Connie junto a Jason. Los dos hablan ahora

en voz baja, pero el dedo de Connie señala a su hijo y luego hacia el bosque. Jason agacha la cabeza.

Cuando vuelvo a mirar hacia la casa, Dennis me está observando. Se pasa un dedo por el bigote fino y me dedica una sonrisa forzada.

Capítulo 4

Presente

El tío George y la tía Sandra me recogen en el aeropuerto de Calgary. Me saludan con entusiasmo cuando cruzo la puerta de llegadas. Me sorprende verlos allí con tanta alegría. Han pasado unos meses desde mi última visita, cuando le diagnosticaron lo de Connie por primera vez.

Cuando subimos a su camioneta roja brillante de cabina extendida, me recuerda a cuando era pequeña. El tío George tendrá una camioneta nueva, pero es casi idéntica a su anterior Ford. Mismo color. Mismo interior de cuero. El mismo ambientador que impregna todo el vehículo de olor a pino.

Me pregunto si abro la guantera delantera si seguirá teniendo bolsas de caramelos. Jason y yo solíamos rebuscar en ella siempre que el tío George nos llevaba al colegio. Durante años pensé que simplemente le gustaba darnos golosinas, hasta que me di cuenta de la cantidad de comida basura que él mismo consumía. Es verdaderamente asombroso que esté tan delgado teniendo en cuenta lo goloso que es.

George se ajusta su gorra gris plana en el espejo. Hasta el sombrero parece el mismo que llevaba cuando yo era más joven, hasta que me doy cuenta de que es, en realidad, el mismo sombrero. Siempre lo llevaba puesto, salvo cuando estaba en casa de alguien o en un restaurante. Alguna extraña muestra de respeto, me contó Jason.

—Jason quería venir a recogerte —dice la tía Sandra—, pero está tremendamente ocupado. Ha sido de una ayuda enorme para tu madre. —

Toma aire profundamente—. Bueno, es mucho. Nos está esperando en casa de tu madre. Ya sabes que vive allí ahora, ¿verdad?

Era algo que no sabía. Sabía que el divorcio con su exmujer se estaba poniendo feo, pero creía que todavía seguían intentando vivir juntos.

George sale del aparcamiento del aeropuerto y mira por el retrovisor. — ¿Qué tal el vuelo?

—No estuvo mal —reconozco.

No soy muy fan de volar, y es difícil no pensar en el motivo por el que he vuelto. A decir verdad, odio estar aquí. Preferiría estar lejos, de vuelta en Toronto. Un lugar donde me conocen como Allison Paquin en lugar de Kempmen. Cambié mi nombre al apellido original de mi nacimiento hace años. A veces me pregunto si debería haber escogido un apellido al azar en lugar del apellido de mis padres biológicos.

Estar de nuevo en Calgary me recuerda a mis padres biológicos. En toda la provincia de Alberta cada rincón es un vestigio de la pésima infancia que tuve.

El trayecto transcurre en silencio durante un buen rato. Mientras avanzamos hacia el norte por la autovía 2 en dirección a Kadestill, intento mantener la mente centrada en el motivo por el que he venido. Una parte de mí también piensa en cuándo podré marcharme, que ojalá sea pronto.

Quiero estar aquí por la mujer a la que llamé madre. Quiero estar cerca mientras el final puede llegar antes de lo esperado. Aunque estar aquí no es fácil.

Dado lo silencioso que está siendo el viaje, empiezo a pensar que a mi madre no le queda mucho tiempo. Si hubiera buenas noticias, las habrían compartido de inmediato. Es casi como si todos entendiéramos lo que está pasando.

El tío George rompe el silencio con la cruda realidad. —El tumor de Connie está creciendo —dice, tomando aire profundamente—. Jason te habló de su memoria. Ahora está empeorando. El tumor en su cerebro está empezando a afectar a su capacidad de recordar dónde está o quiénes son los demás.

Bajo la cabeza y miro por la ventana un grupo de reses en un prado verde. Las observo mientras siguen a la vaca delantera casi en fila, una detrás de otra.

—Me lo dijo —respondo—. Es que me sorprende. Los médicos no dijeron que fuera a empeorar tan rápido.

La tía Sandra me mira. Extiende la mano por un momento. Soy reacia a cogerla hasta que veo que se le forma una lágrima en el ojo. —Todo irá bien, Ali —dice.

—Lo sé —digo, cogiéndole la mano y apretándosela—. Gracias.

El tío George me mira de nuevo por el retrovisor. —Está empezando a llamar Dennis a Jason. Incluso a veces cree que yo soy tu padre. —Esboza una sonrisa irónica—. Nunca tuve la línea capilar de Dennis, así que no lo veo. —Sandra niega con la cabeza ante el chiste.

—¿Cómo estás en Toronto? —me pregunta—. Jason dice que eres trabajadora social y que trabajas con familias.

—Así es —digo—. Me encanta el trabajo. —Por un momento, estoy a punto de soltar lo de que perdí un ascenso. Me recuerdo a mí misma que parte del motivo que alegó Recursos Humanos fue que me he tomado unos cuantos viajes para visitar a Connie. En el fondo, sé cuál es el verdadero motivo por el que eligieron a Cassandra en lugar de a mí. Me ahorraré los detalles a mis tíos.

—Jason lleva viviendo con tu madre los últimos meses —dice George—. Ese divorcio por el que todavía está pasando le está haciendo mella. —Niega con la cabeza—. Aunque supongo que ha sido oportuno para tu madre. Ha sido de una ayuda inmensa. Sandra y yo nos turnamos durante el día. —Se gira rápidamente hacia mí y vuelve a mirar la carretera—. A lo mejor tampoco saques el tema del divorcio. Jason todavía está disgustado. No sé por qué. Esa mujer era un caso. Debería alegrarse de que ella lo dejara, de lo contrario habría malgastado más años con ella.

—Necesita terapia —dice Sandra—. Es un chico joven. Ya hace un año del divorcio. Tiene que pasar página.

Pasamos junto a un cartel. «Bienvenidos a Kadestill. Población trescientos habitantes.» Me sorprende que el número se haya duplicado desde que me fui. Una avalancha de recuerdos me golpea con fuerza ante la realidad de dónde estoy.

Que Jason y mi madre quisieran quedarse en este pueblo después de lo que pasó es algo que me supera. En cuanto cumplí dieciséis años, me emancipé de la familia y cogí un autobús hacia Toronto. Dejé atrás lo que ocurrió aquí. Ya noto el estómago hecho un nudo.

—Dulce hogar, eh, Ali —dice Sandra con una sonrisa. El tío George me mira de nuevo por el retrovisor, consciente de que estar aquí no tiene nada de dulce.

—Todo irá bien —dice George, ajustándose la gorra en la cabeza y girando por una carretera secundaria. Pasamos junto a un edificio conocido. Ultramarinos Kadestill.

El dueño de la tienda cambió mi vida para siempre en tan solo unos minutos. Todavía puedo oír los gritos. Los chillidos de Connie y Jason. Casi se me saltan las lágrimas cuando pienso en el día que cambió nuestras vidas a todos.

Más adelante, junto a una acera agrietada, está nuestro antiguo colegio. Los muros de ladrillo rojo del Colegio de Primaria de Kadestill están desgastados por décadas de meteorología albertana. Puedo ver los columpios de siempre a los que Jason y yo íbamos en bici durante el verano. Cuando no estábamos con otros amigos, él y yo nos lo pasábamos bien de todas formas. Buenos recuerdos. Todos ellos empañados por lo que ocurrió después.

George gira por una calle lateral hacia una zona residencial y aparca en la entrada de una casa antigua que ahora es de Connie. Aunque solo han pasado unos meses, la casa parece más deteriorada que antes. Muchas tejas están combadas en el tejado y trozos de ellas yacen hechos añicos en la entrada de abajo.

George baja y me abre la puerta enseguida. Le doy las gracias, pensando en cómo hay personas que nunca cambian. George sigue siendo tan caballeroso como cuando yo era una Niña pequeña. Solo que, cuando éramos más jóvenes, ya me habría ofrecido caramelos de la guantería a estas alturas.

Sandra me abraza rápidamente antes de entrar. —Sé fuerte —me susurra.

No tenía pensado ser otra cosa. Sé que está pendiente de mí, pero ya no soy la Niña pequeña a la que ella ayudó a criar.

Al entrar en la casa, me quedo de piedra ante su estado actual. La última vez que vine, la cocina estaba impecable. Ahora el fregadero está lleno de platos sucios. Cuando Connie estaba más activa, había un olor a canela de algún pastel que estaba horneando. Ahora ese maravilloso aroma ha sido reemplazado por un tufo que me exige abrir una ventana de inmediato para ventilar.

—¡Jason! —llama el tío George—. Ya estamos aquí.

—¡Con mamá en su habitación! —responde él a gritos.

Nos quitamos los zapatos y sigo al tío George hacia el fondo de la casa de una sola planta, girando por un pasillo corto. Abre la puerta despacio y

entra. Le sigo.

Al entrar en la habitación, veo a Jason sentado en una silla junto a la cama, cogiendo la mano de Connie. Me mira un momento antes de volver a clavar los ojos en su madre.

—Ya está aquí —le susurra a Connie.

Connie está tumbada en la cama con una blusa holgada, cubierta por una sábana blanca. Mira alrededor de la habitación, sin entender a qué se refiere Jason. Nuestros ojos se encuentran un instante antes de que ella continúe recorriendo la habitación con la mirada.

—Hola —digo. Verla en este estado me golpea con fuerza. Hace apenas unos meses era capaz de venir a recibirme a la puerta. Ahora, Jason me dice que está casi siempre postrada en cama. El tumor en su cabeza ha afectado a algo más que la memoria. También le ha arrebatado casi por completo la movilidad.

Jason aprieta la mano de su madre para llamar su atención. Ella le mira. —Mamá, tu hija Ali está aquí.

—Dennis —dice ella, confundida—. ¿De qué estás hablando?

Jason toma aire profundamente y frota la mano que le queda libre sobre el dorso de la mano de Connie que sostiene. —Soy tu hijo, mamá. Soy Jason.

Connie me mira de nuevo. Ve también a George y a Sandra, pero parece aún más confundida.

A mí también se me empieza a formar una lágrima. Doy un paso adelante y le toco el pie por encima de la sábana. —Tranquila, mamá. Estoy aquí.

La tía Sandra me toca la espalda. Casi puedo oír las palabras que me dijo antes de entrar. «Sé fuerte.» No estaba preparada para ver a mamá así.

Jason se levanta de la silla. Por un momento creo que va a abrazarme, pero en cambio asiente con la cabeza. —Me alegra que estés aquí.

Capítulo 5

Antes Cuando abro los ojos, estoy en una habitación extraña. Una casa extraña. Mi nuevo hogar. Connie me acompañó a mi cuarto antes de desearme buenas noches. Me preguntó si quería que se quedara un rato en la habitación antes de que me durmiera. Charlar. Me preguntó si estaba cómoda.

Le dije que ya era lo bastante mayor para acostarme sola. Y en ese momento lo creía. Ahora que me he despertado, con el rugido áspero del viento fuerte en el exterior y la lluvia golpeando el cristal de la ventana de mi cuarto, estoy más que un poco asustada. Al borde del pánico. Las sombras de las ramas de los árboles bailan sin control por las paredes cada vez que relampaguea.

¿Dónde estoy?

Se supone que este es mi nuevo hogar. Se supone que debo adaptarme a este lugar. Ya sé que estoy mejor aquí que con mis padres de verdad. Pienso en los tiempos de cuando era pequeña y cada noche parecía una película de terror en mi imaginación.

Si de niña me asustaba, papá me mandaba de vuelta a la cama a gritos con las luces apagadas. A veces acompañado de algún que otro taco. Mamá no era tan dura con las palabras, pero también exigía que me fuera a la cama, y si abría la puerta del dormitorio, habría «problemas».

Debería sentirme más segura aquí en Kadestill. Parece el tipo de pueblo donde todo el mundo sabe quién eres y todos se cuidan los unos a los otros.

A diferencia de la ciudad, donde cada uno va a lo suyo.

Pienso en cómo Connie nos gritó a Jason y a nosotros en el campo hoy. Aunque nadie explicó qué estaba pasando.

Cuando miro a mi alrededor la habitación oscura que no es mía, veo una muñeca de aspecto andrajoso sobre una mecedora de madera en el rincón de la habitación. Tiene un ojo grande de botón, y el otro le falta. Su pelo rojo está recogido con un lazo rojo. Parece vieja, y una parte de mí se pregunta si fue de Connie cuando era niña.

Dennis y Connie Kempmen no tendrían ni idea de que a su hija adoptiva no le gusta demasiado jugar con muñecas. Hoy sí jugué con algunas en la fiesta sorpresa, pero fue para entretener a la niña pequeña.

Prefiero hacer lo que estaba haciendo hoy en lugar de jugar con muñecas. Jugar al fútbol en un campo. Al baloncesto en un día de calor sofocante. Patinar al aire libre cuando hace frío.

Un destello de relámpago cruza el cristal de la ventana, iluminando la muñeca y todo lo demás en la habitación. Me fijo en que la puerta del armario está entreabierta, pero creía haberla cerrado antes de acostarme. Ahora no estoy segura.

Una sensación de miedo me invade de nuevo. ¿Por qué todo da tanto miedo? De alguna manera, sé que si llamara a la puerta de Connie y Dennis, no me tratarían como lo hacía mi padre. Entonces, ¿por qué tengo demasiado miedo para salir de la cama?

Respiro hondo y me deslizo fuera de las sábanas. En lugar de salir del dormitorio, me asomo a la ventana. Al ver las ramas del gran árbol azotando el cielo con el viento, solo consigo asustarme más.

Cuando me acerco a la puerta del dormitorio, giro el pomo despacio, como si los monstruos de mi imaginación fueran a oírme si hago demasiado ruido. Cuando la puerta se abre, enseguida escucho voces apagadas. La luz de abajo está encendida, y puedo ver a Dennis sentado a la mesa del comedor. Su cara aparece distorsionada por los barrotes de madera de la escalera.

Niega con la cabeza y sonrío.

—Era demasiado, Connie. —Hay una pausa—. No me pongas esa cara. Me pediste mi opinión sincera. —Coge el vaso alto de leche que tiene en la mesa y se lo lleva a los labios, limpiándose la espuma del bigote fino.

Escucho un suspiro audible seguido de la voz de mi madre adoptiva.

—Bueno, pero tampoco hace falta ser tan sincero —dice. Vuelve a suspirar—. Solo quería que hoy fuera perfecto.

Dennis aprieta los labios y asiente.

—Estuvo bien —dice—. Lo único que digo es que todo esto es nuevo para ella. Ali tiene un nuevo hogar, un nuevo hermano, una nueva mamá y un nuevo papá. Organizarle una fiesta sorpresa con un montón de gente que no conoce fue un poco excesivo.

—Solo quería que fuera perfecto para ella —vuelve a decir ella—. Por fin tenemos una niña pequeña, Dennis. Es lo que siempre hemos querido, y ahora está aquí. Necesitaba que hoy fuera especial.

Cuando me doy cuenta de lo que están hablando, intento quedarme quieta como una estatua. Cualquier ruido podría delatarme. Una parte de mí piensa en volver a mi cuarto, pero la otra quiere seguir escuchando. Estoy segura de que mis padres de verdad también hablaban de mí así, aunque era poco probable que fuera para decir cosas buenas.

Puedo notar de verdad cuánto les importo por el tono de su voz.

Un golpe en el suelo llama la atención de Dennis. Mira hacia arriba, pero yo agacho la cabeza. Sin embargo, no fui yo quien hizo el ruido. Cuando miro hacia el otro lado del pasillo, veo a Jason cerca de su dormitorio. Nuestros ojos se encuentran y él arquea las cejas. Se lleva un dedo a la boca como para hacerme callar, aunque fue él quien hizo el ruido.

Dennis vuelve a mirar a su mujer y da un largo sorbo de leche.

—Fue perfecto —dice, tranquilizándola—. Jugó con algunos de los niños. Se lo pasó bien con Jason. Seamos más normales a partir de ahora. Sin más grandes sorpresas. Dejemos que se acostumbre a estar aquí un tiempo. Quizás pronto podamos ir a Banff de viaje en familia. Ir al gran centro comercial de Edmonton, quizás.

—Eso sería estupendo —dice Connie.

—Pero, Connie —dice Dennis, cambiando su tono cálido—, deja que los niños jueguen. Te pusiste un poco demasiado intensa en el campo de fútbol.

—Ugh. —Connie deja escapar su frustración—. Es normal tener miedo de lo que está pasando en el pueblo. Dos niños, Dennis. ¡Dos han desaparecido! —Dennis le hace gestos para que baje la voz—. Y esos lazos que encontraron —continúa—. ¿Qué clase de monstruo secuestra a niños y deja un lazo rojo donde los cogió? Tengo todo el derecho a preocuparme. Por fin tenemos la familia perfecta. No voy a dejar que nada lo estropee.

Dennis sonríe.

—La Unidad de Delitos Graves de la RCMP lo está investigando. Hay un toque de queda. Encima, hasta tuvimos a la policía local en casa hoy.

—¿Ben? —Connie resopla—. Han pasado semanas desde que desapareció la niña pequeña de los Hendson. Imagínate lo que estará pasando su madre ahora mismo.

Dennis asiente.

—Estoy seguro de que encontrarán a esos niños. No te preocupes. Deja que nuestros hijos sean niños, Connie.

Ahora todo tiene sentido. Puedo ver lo asustada que estaba Connie cuando Jason se acercó demasiado al bosque. ¿Fue allí donde desaparecieron los niños? ¿Qué les ocurrió?

Sin darme cuenta, doy un paso atrás como si quisiera físicamente alejarme de la conversación que estoy escuchando. Al hacerlo, el tablón del suelo cruje. Dennis mira hacia arriba de inmediato y me observa fijamente. Su cara se ilumina cuando nuestros ojos se encuentran.

—¡Jason! —llama Connie. Cuando asoma la cabeza por la esquina, también ve mi cara—. Oh, Ali —dice—. ¿Tienes problemas para dormir?

Miro a Jason, que pone los ojos en blanco. Casi puedo leerle el pensamiento: «Menuda forma de fastidiarla».

Cuando miro hacia abajo, Dennis se está levantando de su silla, apurando el resto del vaso de leche, antes de volver a dejarlo en la mesa y limpiarse la cara con el puño cerrado.

—¿Estás bien? —pregunta Connie, mirándome con cara de preocupación.

—Estoy bien —digo. Cuando miro hacia el otro extremo del piso superior, Jason ya se está escabullendo de vuelta a su cuarto y cerrando la puerta en silencio.

—Ya voy yo —le dice Dennis a Connie, mientras sube las escaleras despacio.

—Buenas noches, Ali —grita Connie desde abajo.

Empiezo a volver a mi cuarto cuando Dennis llama a mi puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta con educación.

—Claro —digo. Me meto de nuevo entre las sábanas mientras él entra.

—¿No puedes dormir? —pregunta. Asiento—. El viento está bastante feo esta noche —dice. Mira la puerta del dormitorio y luego me mira a mí—. Has oído lo de los niños desaparecidos, supongo.

Asiento de nuevo.

—¿Quiénes eran?

Aprieta los labios y se sienta al pie de mi cama.

—Dos niños del pueblo. Vivían cerca de nuestro barrio.

—¿Y se los llevaron?

Asiente.

—La policía está buscando. Connie y yo íbamos a contártelo, pero pensamos que quizás era una conversación para otro día. No queríamos asustarte. —Se aclara la garganta—. No hay nada de qué preocuparse. Estás segura. —Me sonrío—. No te preocupes por nada mientras estés aquí, Ali. —Se levanta de la cama—. Estoy seguro de que esos niños van a estar bien. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —digo sin demasiada convicción.

Esboza una sonrisa fina.

—Tengo la sensación de que no estoy haciendo un buen trabajo haciéndote sentir más segura. —Respira hondo—. ¿Quieres que lleve tu colchón al cuarto de Jason?

—No, estoy bien.

—Es normal sentirse rara, Ali —dice—. Quiero decir, no nos conoces. Connie está muy contenta de que estés aquí... yo también. Jason también. ¿Seguro que estás bien esta noche?

Asiento.

—Estaré bien. Gracias.

—Por supuesto —dice, caminando hacia la puerta. Se gira hacia mí antes de salir—. Sé que todo esto es mucho para ti, Ali, pero me alegra que formes parte de esta familia.

Le devuelvo la sonrisa mientras empieza a marcharse. Un destello de relámpago ilumina de nuevo la habitación oscura y la muñeca en la mecedora. El lazo rojo de su pelo me hace pensar en los niños desaparecidos.

—Dennis —le llamo. Se gira rápidamente—. Quizás puedes llevarte la muñeca contigo.

Suelta una carcajada mientras cruza la habitación y coge la muñeca con una mano.

—Buenas noches, Ali.

—Buenas noches... —Por un momento casi quiero llamarle «papá», pero me contengo—. Dennis.

Cierra la puerta despacio tras él, y me quedo mirando la habitación oscura, intentando calmar los nervios.

Capítulo 6

Presente

No estaba preparada para lo mal que está, pienso de nuevo. Abro la puerta del dormitorio. Al hacerlo, la tía Sandra me pone una mano en la espalda y me sigue al pasillo. Jason viene también. El tío George se queda con mamá, sentado en la silla junto a su cama, dándole palmaditas en los pies.

—¿Cómo estás? —le pregunta él, pero Connie solo le devuelve una sonrisa.

Jason cierra la puerta a sus espaldas mientras los tres nos quedamos de pie en el pasillo.

—Lo siento —digo, secándome las lágrimas antes de que nadie pueda verlas. No debería sentir vergüenza. Es normal estar emocionada ahora mismo. —No me había dado cuenta de lo mal que estaba mamá hasta que la he visto.

—*Mamá* —repite Jason con un tono cargado.

Le miro. —¿Qué? —pregunto, confundida.

Niega con la cabeza. En lugar de responder, cambia de tema, aunque con el mismo tono. —¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—El tiempo que ella me necesite —digo—. Puedo pedir tiempo libre en el trabajo.

Sobre todo ahora que no tengo el ascenso, puedo tomarme todo el tiempo que necesite. Karen de Recursos Humanos ya me lo ha dicho. Con lo mal que está Connie, me pregunto cuánto tiempo le queda. Miro a Jason, y su

cara no ha cambiado. Es como si mi presencia le molestara de alguna manera. Puedo sentir el resentimiento que desprende sin necesidad de que diga una sola palabra.

—¿Qué te pasa? —pregunto, yendo directa al grano—. ¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No lo estoy —dice, pero su cara indica lo contrario.

—¡Dennis! —llama Connie desde el dormitorio—. Dennis, ¿dónde estás?

Jason niega con la cabeza. —Odio que siga creyendo que soy papá. Todo esto es demasiado.

La tía Sandra le pone una mano en el hombro y le muestra la misma empatía y cariño que me dio a mí hace un momento. —¿Qué os parece si os hago un té? —pregunta. Jason no responde y en lugar de eso vuelve a entrar en el dormitorio mientras mamá vuelve a llamarle por el nombre de nuestro padre. —¿Sigues tomándolo con un poco de leche? —le pregunta la tía Sandra a él.

—Sí. Gracias —digo.

Mientras ella se dirige hacia la cocina, yo entro en el salón sin saber qué hacer conmigo misma. Una parte de mí quiere volver al dormitorio. Si lo hago, puede que me derrumbe aún más. Es duro verla así. Necesito unos momentos más para centrarme antes de intentarlo.

Miro las paredes decoradas con tantos recuerdos. Muchas de las fotos fueron tomadas después de que me marchara del pueblo. Algunas de las más antiguas, sin embargo, las reconozco al instante. En una foto estábamos Jason, Connie y yo en la playa. Otra la hizo el tío George cuando fuimos juntos a la bolera.

Por último, me detengo en una que Connie hizo de Dennis persiguiendo a Jason y a mí. Lleva puesta una máscara de hockey como la que llevaba Jason, el icónico personaje de terror ficticio, en las películas de *Viernes 13*. A veces le gustaba perseguirnos con ella puesta como si fuera un juego. Nos escondíamos en el bosque mientras él intentaba encontrarnos. Una noche de verano, corrimos hasta el campo y nos enfrentamos a él. Dennis siempre nos dejaba ganar, pero solo si Jason y yo trabajábamos juntos.

Aquel día, Dennis agarró a Jason y lo inmovilizó en el suelo del campo, gritándome que más me valía ayudar a mi hermano antes de que se lo comiera. Hacía sonidos extraños como un cerdo hasta que yo le golpeé en la espalda con todas mis fuerzas. Estoy segura de que no fue tan fuerte, pero aun así, Dennis fingió que le había pegado como Superman y cayó al suelo.

Después de que salvé a Jason, él se levantó y los dos nos subimos encima de papá, golpeándole entre risas. Connie consiguió salir en ese momento y hizo unas cuantas fotos. En una de ellas, Dennis logró mirar a la cámara y hacer un gesto de aprobación con el pulgar mientras Jason y yo estábamos en su espalda intentando vencer al monstruo.

Todavía recuerdo lo que pasó después de que Connie hiciera la foto. Dennis se levantó enseguida, quitándose de encima a Jason y a mí con total facilidad.

—¡Los ganadores! —exclamó, haciendo sonidos de campana—. Jason y Ali. —Nos levantó las manos a los dos y emitió un triunfal sonido de trompeta. Los dos nos reímos hasta que Dennis se detuvo de golpe. — ¡Segunda ronda! ¡A pelear! —Empezó a perseguirnos de nuevo. Todavía recuerdo lo mucho que Jason se rió esa noche. Yo también. Lo pasamos muy bien creciendo en este pueblo. Eso fue así hasta aquella noche en que todo cambió.

Aparto la vista de la foto; la imagen trae de vuelta recuerdos no deseados del padre que creía conocer. ¿Puede uno llegar a conocer de verdad a alguien? Yo creía que sí.

Miro la estantería. Muchos de los libros de bolsillo gastados son las novelas románticas de Connie. En la portada de uno de ellos se ve el pezón de un hombre semidesnudo y no puedo evitar sonreír.

Una gran carpeta de cuero sobresale del estante. La cojo y la abro. Se me abren los ojos de par en par al darme cuenta de lo que es. Creía que iba a ver más fotos entrañables. Más de los buenos recuerdos que tuve aquí en Kadestill. En cambio, son titulares de periódico sobre las razones por las que me fui.

«Un tercer niño desaparecido en Kadestill. Un pueblo impotente ante el mal.»

Mi móvil vibra en el bolsillo. Dejo la carpeta sobre una mesita auxiliar del salón mientras miro. Es él otra vez. Esta vez es un mensaje de texto.

—¿Por qué no podemos simplemente hablar? —pregunta.

No tengo tiempo para más juegos suyos. No quiero saber nada de él. A pesar de eso, sigo dejándole que me mande mensajes. Que me moleste con mensajes suplicándome que vea las cosas desde su punto de vista. Gracias, pero no. Se acabaron las mentiras.

En lugar de responder, hago lo que debería haber hecho ayer. Pulso el botón de bloquear en mi móvil. Una ola de alivio me invade cuando lo

hago.

Cogiendo de nuevo la carpeta, la abro por una página al azar. No sé por qué me torturo de esta manera. Probablemente sea la misma razón por la que no le bloqueé antes. No he superado lo que ocurrió aquí.

Jason tiene razón. Puedo sentir cuánto me odia mi hermano por haber dejado este pueblo. Sin embargo, aquí no hay nada. No entiendo por qué no se marcharon conmigo, especialmente después de lo que le pasó a papá.

Bajo la vista hacia el titular de la carpeta. Siento cómo la sangre se me sube como aquel día.

«Un tercer niño desaparecido. Hallado otro lazo.»

Capítulo 7

Antes Nos sentamos juntos a desayunar en la mesa del comedor. Connie lee el periódico mientras toma café a sorbos. Jason empuja con un trozo de beicon lo que le queda de los huevos revueltos en el plato, mordisqueándolo de vez en cuando. El único que falta es mi padre adoptivo.

Estoy segura de que esto debe de ser lo normal, a juzgar por la naturalidad con que actúan Connie y Jason. Connie nos hace preguntas a Jason y a mí sobre la fiesta y cómo fue nuestra noche. Por último, me pregunta si dormí bien después de que Dennis viniera a mi habitación. Miento y le digo que sí.

¿Cómo iba a dormir? No solo pensé en los niños desaparecidos, sino en lo nueva que se ha vuelto mi vida entera. Todo parece tan perfecto, pero estoy tan en tensión. Es como si supiera que no merezco esta buena vida y estuviera esperando a que la realidad me golpee. Es casi como esperar que un yunque caiga del cielo directamente sobre mí.

Pensé en la persona que se lleva a los niños. ¿Y si yo era la siguiente? Me lo tendría bien merecido por creer que podía tener una buena vida aquí.

Mientras Connie levanta el periódico, el titular de la portada del *Calgary Herald* capta mi atención. «¿Dónde está Melissa Hendson?». La imagen de una niña joven me sonríe, una chica morena con coletas y una amplia sonrisa. Junto a la imagen de la niña hay una fotografía de unos columpios. Un lazo rojo está atado a una de las cadenas.

Un ruido fuerte procedente del exterior llama la atención de todos. Un camión rojo entra marcha atrás en el camino de entrada. Connie baja el periódico.

—El tío George ha llegado —dice, levantándose, llevando su taza de café al fregadero y vaciándola. Me mira. —George y Dennis se turnan para conducir porque trabajan en el mismo sitio.

Dennis y George trabajaban en la fábrica de ketchup local del pueblo, llamada Kadestill Ketchup. El bote que había en la mesa, el que Jason usó para sus huevos, llevaba la sencilla etiqueta blanca de la fábrica pegada alrededor del cristal. Debajo, una simple imagen de tres tomates. Más adelante supe que la fábrica da trabajo a la mayor parte del pueblo. Si no existiera, Kadestill bien podría ser un pueblo fantasma.

Connie me sonrío. —El tío George os llevará hoy al colegio.

El colegio. El otro motivo por el que no pude dormir anoche. Un pueblo nuevo, una casa nueva, una familia nueva, y ahora un colegio nuevo.

Connie mira por la ventana hacia el brillante camión rojo. —Jason, baja al despacho del sótano y dile a tu padre que el tío George ha llegado.

Jason termina lo que le queda del beicon y pone los ojos en blanco. —¡Papá! —grita con todas sus fuerzas. —¡Tío Geo...!

—¡Jason! —grita Connie a su vez. —¿Qué te pasa? No le llames a gritos. Levántate físicamente de la silla, baja las escaleras y dile a tu padre. —Se acerca a la mesa y coge su plato, tirando los huevos sin terminar a la papelera con el tenedor. Algunos caen al suelo y Connie suelta un suspiro. Mira hacia Jason y ve que no se ha movido. —¿Cuántas veces tengo que pedírtelo?

—No pasa nada —digo yo. —Voy yo a buscarlo.

—Gracias, Ali —dice ella sin dejar de mirar a su hijo, con el ceño fruncido. —Jason, prepara tus cosas para el colegio. —Sin decir una palabra, él se levanta de la silla y sube las escaleras de mala gana.

Abro la crujiente puerta del sótano desde la cocina y bajo con cuidado los estrechos escalones. El ambiente cambia de inmediato. Hace más fresco y hay un leve olor a cemento. Mis pasos resuenan hasta que llego abajo.

En el sótano no hay ventana. Solo una tenue luz bordea el marco de una puerta entornada. Camino hacia ella despacio, preocupada por si tropiezo con alguna caja o piso algo.

—Dennis —llamo, pero no hay respuesta. Me acerco más a la puerta y digo su nombre de nuevo, pero no contesta. —El tío George ha llegado. —

Pongo la mano en el marco y estoy a punto de empujar la puerta cuando oigo sonidos amortiguados al otro lado.

Tardo un momento en entender lo que son. Gritos. Más bien chillidos. Suena como la voz de una chica.

Al empujar la puerta, esta se abre un poco más y deja ver a Dennis sentado en un taburete junto a una mesa de madera. Con los auriculares puestos, no puede oírme en absoluto. El sonido de lo que creí que eran gritos cesa ahora.

Entonces me ve. —Ali —dice, sorprendido. —Se da la vuelta y apaga el reproductor de CD al que están conectados sus auriculares. —Me has dado un susto. —Se ríe. —No te he oído por culpa de la música. —Su expresión se endurece un momento. —Ahora bien, Niña pequeña, debes recordar que este es mi espacio. No debes entrar sin más. Eso es una invasión de la intimidad. ¿Lo entiendes? Antes de entrar en tu habitación anoche, llamé a la puerta. Siempre debes anunciarte antes de entrar en el espacio personal de alguien. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza, pero eso no le satisface.

—Ali, necesito que me escuches —dice, con los ojos clavados en los míos. —No entres nunca en mi despacho a menos que yo diga que está bien. ¿Lo entiendes? Esta vez necesito que me respondas.

Asiento de nuevo. —Lo siento.

Él sonríe. —No pasa nada. No lo sabías.

—¿Qué estabas escuchando? —pregunto.

—Guns N' Roses —dice, levantándose y metiéndose la camisa de franela dentro de los pantalones caqui. —En mis tiempos lo llamaban la música del diablo. —Se ríe. —¿Estás bien?

Asiento de nuevo. —Sí, bueno, el tío George ha llegado. Connie me pidió que te lo dijera. —Cuando me doy la vuelta para irme, él me llama.

—Espera, Ali. ¿Cómo te sientes con respecto a hoy? Colegio nuevo. Todo nuevo, vamos.

Inclino la cabeza. —No sé. Nerviosa, supongo.

—No pasa nada —dice Dennis. —Es perfectamente normal sentirse así. Cuando yo me pongo nervioso por algo, mi imaginación repasa todas las cosas que podrían pasar. La mayoría son terribles. —Se ríe. —¿Has tenido alguna vez una pesadilla en la que estás en el colegio y te das cuenta de que no llevas pantalones ni ropa interior? —Me río. —Pues bien —continúa—,

nos pasa a todos, ¿vale? Lo que nuestra mente se inventa nunca es tan malo como lo que va a pasar de verdad. Te lo prometo.

Le devuelvo una sonrisa débil. —Gracias. Estoy segura de que hoy irá bien.

Él asiente. —Bien —dice, colocándose las gafas de montura oscura. —Si quieres hablar de ello después del colegio, Connie y yo estamos aquí para ti. —El sonido de la puerta principal abriéndose desde arriba llama su atención. Dennis mira hacia las escaleras. —No hagamos esperar al tío George.

Me hace un gesto para que suba las escaleras. Mientras lo hago, Dennis sale de su despacho y lo cierra con llave, sacando un llavero del bolsillo y volviendo a guardarlo.

Cuando estoy de vuelta en la cocina, un hombre calvo con un sombrero gris en la mano se acerca a mí. En la otra mano lleva una bolsa de lo que parecen ser chuches.

—Hola, chiquilla —dice con una sonrisa. —¿Te acuerdas de mí de ayer? —Me acuerdo, pero antes de que pueda responder dice su nombre de todos modos. —George, pero puedes llamarme tío George si quieres. —Me tiende la mano con la bolsa de chuches. La cojo y sonrío. —Para ti, chiquilla.

Me echo a reír. —Gracias.

—George —dice Connie con un tono de reproche. —A Jason le pusieron dos empastes el año pasado. ¡Dos! Dennis ya habló contigo. Tan pocas chuches.

George me mira arqueando las cejas con cara de pícaro. —Parece que me he metido en un lío, chiquilla. Sálvate tú. —

Dennis entra en la cocina y se ríe.

—¿Y mi bolsa? —pregunta Jason con tono juguetón, colocándose la mochila al hombro.

George pone los ojos en blanco. —¿Cuántos cumpleaños y fiestas te he regalado algo? Este es un momento especial para Allison.

—Ali —le corrige Dennis.

—Bueno, ya me entiendes. Esta es su semana especial. —Jason no responde, y George vuelve a poner los ojos en blanco. —Está bien. Chaval —dice en tono de broma—, ya sabes dónde guardo las chuches en el camión.

Jason sonrío. —En la guantera delantera.

—¡Dos empastes! —grita Connie de nuevo. —Jason y George salen fuera hacia el camión. —¡Y Jason! —grita ella. —¡Nada de meterse en el bosque en el colegio. Quedaos en el patio! —Como Jason no responde, Connie mira a Dennis. No consigue disimular bien su angustia.

Dennis se acerca a ella y se besan. Él le sonríe. —Ya hablamos de esto. Deja que los niños sean niños. —Me mira. —Venga, es hora de irnos.

—¡Esperad! —dice Connie con entusiasmo. —Corre al salón y saca algo del armario. Vuelve con una mochila rosa neón. —Esto es para ti.

Odio el rosa. Odio que, por ser chica, se espere que me guste el rosa. Pero la sonrisa en el rostro de Connie me dice lo mucho que le dolerá si lo rechazo.

—Muchísimas gracias —le digo.

Mientras me marcho, Connie resplandece. —¡Que tengas un primer día genial en el colegio!

Capítulo 8

Presente

Paso la página de la carpeta de cuero y encuentro otro artículo de periódico que me duele. Las palabras saltan de la página, y casi recuerdo lo que fue vivir ese día de mi vida siendo una chica más joven.

—Sospechoso en las Desapariciones del Lazo Rojo, Dennis Kempmen, hallado muerto.

«Hallado muerto» es una expresión extraña para describir lo que ocurrió en realidad. Todo el pueblo conoce la verdad.

Jason abre la puerta de Connie y me mira, con la carpeta en la mano. Al acercarse, extiende la mano para cogerla. —Esa es mi propia investigación que he estado haciendo.

—Lo siento —digo, devolviéndosela. Él la coloca en el estante. —¿Está mejor?

—¿Mamá? —pregunta Jason, esta vez sin ningún tono en la voz. —Está intentando dormir. El tío George está con ella. —Suelta una risa nerviosa. —Ni siquiera estoy seguro de que sea consciente de que hay alguien en la habitación con ella. —Antes de que pueda decir nada, se desploma en el sofá. —¿Cómo está ese individuo?

No necesito preguntar a quién se refiere. —Bien —miento. Prefiero no entrar en detalles sobre cómo mi vida personal y mi carrera se están desmoronando a la vez. ¿Tengo siquiera derecho a quejarme ahora, con lo que está pasando Connie?

—Me sorprende que no lleves un anillo en el dedo a estas alturas —dice Jason con una sonrisa, señalando hacia mi mano. —A medias esperaba que nos dijeras que estabas prometida.

Hace unos días sí llevaba un anillo en el dedo. Eso tampoco se lo digo.

—¿Cómo te van las cosas, Jason? —pregunto, desviando la atención de mi vida. —¿Qué tal el trabajo?

Jason trabaja en la misma fábrica de ketchup en la que trabajó Dennis, aunque el lugar ha cambiado desde las desapariciones. Kadestill Ketchup se refundó como General Ketchup Mill. Su imagen de tomates frescos fue sustituida por un tomate de dibujos animados, con ojos grandes y una sonrisa exagerada. Está claramente diseñado para atraer a los niños, pero la sonrisa del tomate me resulta inquietante.

—Bien —dice Jason de forma cortante.

La tía Sandra asoma la cabeza desde la cocina. —Jason, ¿quieres té también?

—Orange pekoe —responde mientras ella vuelve a entrar en la cocina. —Solo, sin nada. ¡Gracias! —Me mira. —Bueno, nunca se me ha dado especialmente bien mentir. Mi vida es un circo. Una auténtica basura. —Respira hondo y mira hacia el dormitorio de Connie. —O sea, a mamá no le va bien. No le queda mucho tiempo. —Resopla con los labios. —Además, Jessica me está dejando sin blanca, como suele decirse.

—Lo siento —digo, arrepintiéndome de haberle preguntado.

—No, no —dice. —No pasa nada. No es tu vida. Seguro que todo es perfecto para ti en Calgary.

Su tono me molesta. No le he contado lo terribles que han sido las cosas para mí. No soy una quejica como Jason. Mientras mi hermano se lamenta, yo intento quitarme los problemas de la cabeza, no anunciarlos al mundo ni echarle la culpa a los demás.

—Sabes —dice—, Jessica está viviendo ahora mismo en nuestra preciosa casa, portándose de manera tan horrible conmigo. Cualquiera diría que fui yo quien tuvo la aventura. —Sacude la cabeza. —Y sin embargo, aquí estoy. Ella tiene la casa, y yo tengo mi antiguo dormitorio en casa de mi madre. Parece justo, ¿no?

No entro al trapo. Lo odio cuando se pone así. Sé que está sufriendo. Yo también. Pero no creo que pueda soportar otro de los discursos de Jason sobre el síndrome de vida de mierda ahora mismo.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí? —le pregunto. —Puedo tener todo el tiempo que necesite.

Jason frunce los labios. —Qué bien —dice. —Me encantaría tener ayuda. La tía Sandra y el tío George ayudan mucho, pero vendría bien tener más. El tiempo que quieras quedarte me parece perfecto. Puedes quedarte con mi habitación si quieres. Yo me quedo en el sofá.

—No —digo. —No te preocupes. Estaré bien en el sofá. —Miro de nuevo algunas fotos de la pared. Una llama mi atención: Jason, mamá y yo en la playa. Fue unos años después de que Dennis muriera. A pesar de las sonrisas en nuestros rostros, se puede ver el trauma duradero que su muerte tuvo en nosotros. Se puede ver el dolor casi, especialmente en los ojos entornados de Jason.

—Supongo que el lado positivo de todo lo que estás pasando es que puedes estar aquí con Connie —digo.

Cuando pronuncio su nombre, la cara de Jason se descompone. Levanta un dedo y me lo señala. —Ya estás otra vez —dice. —¿Connie? Ella te crió, Ali. No como esos drogadictos de tus padres biológicos. Mamá y papá hicieron todo lo posible por darte una vida mejor.

Se me cae la mandíbula cuando se levanta del sofá y se acerca. —No me hables así.

—¿O qué? —dice en tono juguetón. —¿Te irás? Bien. Lo has hecho muchas veces en tu vida. Nunca has formado parte de verdad de esta familia, ¿verdad, Allison Paquin? —Pronuncia mi nuevo nombre legal con un tono desagradable.

—Para, Jason —digo, apartándome de él. La foto de mamá, Jason y yo en la playa me devuelve la mirada.

—No eres capaz de llamarla mamá porque odiabas formar parte de esta familia —continúa. —Te fuiste del pueblo en cuanto pudiste para alejarte de nosotros. Incluso te cambiaste el apellido. Todos sabemos por qué, Ali.

Sacudo la cabeza. —Lo hice por trabajo. ¿Sabes lo difícil que era encontrar trabajo en el campo que quería con el apellido Kempmen? Todo el mundo sabe lo que pasó aquí.

—¿Y qué pasó aquí? —dice Jason con retintín. Me vuelvo hacia él y Jason me hace un gesto para que me calle. —Vaya trabajadora social tan importante que eres. Salvas familias. Tenías una, ¿sabes? Formabas parte de mi familia, Ali.

—Sigo formando parte de ella, Jason.

—No, no —dice, agitando otro dedo hacia mí. —Ahora eres Allison Paquin. A pesar de lo que papá y mamá hicieron por ti, nunca quisiste estar en esta familia. Solo quieres fingir que sí ahora que ella se está muriendo. —Sacude la cabeza. —Me das asco, Ali.

La tía Sandra irrumpe en la habitación y pone el tazón con fuerza en la mano de Jason. —Ya hablamos de esto, Jason. Dijimos que ahora no es el momento.

Jason también la hace callar con un gesto. —Díselo a Allison Paquin, tía Sandra. —Se pasea al otro lado de la habitación. —Todos sabemos por qué te cambiaste el nombre, Ali. No quieres formar parte de una familia porque crees que papá los mató. Crees que se llevó a esos niños.

No respondo. Sé que no debo. Tengo mis propias opiniones, pero no quiero decírselas. Al menos no en el estado en que se encuentra ahora.

—Sabes que hay una razón por la que la policía nunca acusó oficialmente a papá, ni siquiera después de que muriera —continúa Jason. —No lo hizo. No hay pruebas suficientes para demostrar nada. El tribunal de la opinión pública quizás haya emitido su veredicto y esté satisfecho con su Justicia de pacotilla, pero tú y yo sabemos que lo que le pasó a él no estuvo bien.

—¡Jason! —dice la tía Sandra, poniéndole una mano en la espalda en un intento de calmarlo.

Él me señala de nuevo con el dedo con firmeza. —Todos hemos puesto de nuestra parte para limpiar su nombre. Hemos hablado con periodistas. Hemos hablado con entrevistadores. Todo el mundo, menos tú.

—Solo quería tener una vida —digo, con los ojos humedecidos. Siento que Jason se ha convertido en el juez de mi carácter, destrozándome por mi decisión de irme. —Necesitaba seguir adelante.

Jason suelta una carcajada burlona. —Lo hiciste muy bien, Ali. Muy bien. Te cambiaste el nombre. Te fuiste al otro extremo del país. Solo para volver cuando te sientes obligada a hacerlo.

—¡Estoy aquí porque quiero estarlo! —le grito.

De repente el tío George sale de la habitación de mamá. Tiene la cara pálida. Le tiembla la mano. Cuando nos mira, todos nos quedamos paralizados, preocupados por lo que vaya a decir. Incluso Jason cierra la boca, con una expresión de miedo en el rostro.

El tío George se da cuenta de la atención que ha captado. —Está bien —dice con calma. Siento que una oleada de alivio nos invade a los tres. —Es que cuesta verla así. Ahora está durmiendo.

Capítulo 9

Antes
Colegio de Primaria de Kadestill.

El tío George se acerca hasta la puerta principal. La alarma del colegio suena mientras unos pocos niños empiezan a correr hacia el interior del edificio.

Genial. Primer día y llego tarde. Dennis baja del camión mientras Jason y yo salimos apretujándonos.

—Que tengáis un buen día en el colegio, chicos —grita el tío George. Se coloca el sombrero gris en la cabeza mirándose en el espejo retrovisor.

—¡Adiós, papá! —grita Jason echando a correr hacia la puerta.

Dennis nos saluda con la mano a los dos. —Jason vuelve a casa andando al salir del colegio —me dice—. Le he dicho que te espere junto a la puerta principal. Que tengas un buen primer día, Ali.

Les saludo con la mano a los dos mientras Dennis sube de nuevo al camión y el tío George hace un cambio de sentido en tres maniobras, tomando la dirección contraria, a una velocidad algo excesiva para una zona escolar.

—¡Date prisa, Ali! —me grita Jason con la mano apoyada en la puerta principal. Corro hacia él y entramos juntos al colegio.

El suelo del viejo colegio es un mosaico de baldosas desgastadas. Las taquillas, muchas de ellas abolladas, bordean los pasillos.

Jason avanza a toda prisa por el pasillo y yo le sigo como puedo. —¿Dónde está nuestra aula? —le pregunto.

—No estamos en la misma clase —dice—. ¿No te acuerdas?

—Ah, es verdad —digo, desconcertada, quedándome rezagada.

—Venga —dice—. Te enseño dónde está tu aula.

Aprieto el paso y me acomodo la mochila vacía en el hombro. —¿Dónde está mi taquilla?

—No te preocupes —dice con seguridad—, te lo dirá la señorita Caten.

—Gira de repente hacia otro pasillo y yo me apresuro detrás de él. Se detiene y señala hacia delante. —Segunda puerta a la derecha. Tengo que irme.

Sin decir nada más, se da la vuelta y se va, corriendo ya por el pasillo. Miro hacia la puerta cerrada que me ha señalado. Me acerco despacio y me doy cuenta de que no está del todo cerrada.

—Feliz lunes, clase —dice la profesora desde dentro—. ¿Qué tal el fin de semana de todos?

¿Entro sin más? ¿Me anuncio? Soy la chica nueva. Si entro sin más, no tendré ni idea de dónde sentarme. Ya odio esto. No hay nada peor que ser el centro de atención. Llamo a la puerta con suavidad, pero la profesora no me oye. Un chico sí lo hace y me mira con una sonrisa burlona. Cuando llamo más fuerte, esta vez la profesora me oye.

Abre la puerta. —¿En qué te puedo ayudar? —pregunta.

—Soy Ali —digo. Ella arquea una ceja y me doy cuenta de que probablemente debería darle algo más de información. Ni siquiera le he dicho mi apellido. ¿Cuál le doy? ¿El mío de verdad o el nuevo? —Allison Kempmen —digo. Mi nuevo apellido me sale de la lengua con tanta naturalidad que ya parece propio. Me sorprende a mí misma.

—¡Ah, sí! —exclama—. Pasa. —Abre la puerta del todo y se coloca delante de la clase, indicándome con un gesto que me ponga a su lado. Exactamente lo que no quería. Ahora estoy expuesta a la vista de todos los niños. —Clase, ella es Allison Kempmen.

Los niños no reaccionan precisamente. Una chica en la primera fila da un único aplauso, pero al ver que nadie más lo hace, para.

—Vamos a asegurarnos todos de darle la bienvenida en la Primaria de Kadestill con ese espíritu especial que tenemos, ¿de acuerdo? —dice la profesora con entusiasmo. Sin embargo, ninguno de los demás alumnos parece estar a la altura de su energía.

Cuando miro al grupo de caras nuevas, una me llama la atención. Ethan me devuelve la mirada con sus brillantes ojos marrones fijos en los míos.

Sonríó de inmediato y noto que se me pone la cara roja.

La profesora me salva. —Allison, hay un pupitre al fondo para ti. — Señala uno y yo le doy las gracias antes de dirigirme torpemente hacia él.

—Eh —dice otro chico—. Es la hermana mayor de Jason. —Es el otro chico con el que jugué en el campo, Tanner.

Cuando me siento, me quito la mochila y la meto debajo del asiento. La chica rubia del pupitre de al lado me mira fijamente. Cuando la saludo, no responde. En cambio, se inclina a través del pasillo hacia otras dos chicas sentadas al fondo de la clase y cuchichean entre ellas. Me fijo en que las tres tienen carpetas rosas sobre el pupitre y lápices rosas con los que escriben en ellas.

Me imagino intentando hacer amigos con ellas sacando a relucir mi mochila de color rosa intenso.

La señorita Caten está sentada en su mesa cuando la voz de una chica joven suena por la megafonía. —Buenos días, Primaria de Kadestill. — Mientras la alumna locutora lee algunos avisos, la mayor parte de la clase parece estar hablando entre sí. Observo al grupo de las tres chicas intentando pensar en algo que decirles. Las tres se ríen casi al unísono entre ellas.

No puedo presentarme sin más. La profesora ya lo ha hecho. Podría mencionar que soy de Calgary. Podría mencionar que soy la hermana de Jason. Aunque quizás no les cae bien mi hermano adoptivo.

Antes de que se me ocurra algo que decir, un papel pasa volando por mi lado y le da a Ethan en la nuca. Él se gira de inmediato y me mira con una sonrisa chulesca en la cara. Se agacha, coge el papel y lo abre. Al hacerlo, las tres chicas vuelven a reírse. Ahora Ethan las mira y niega con la cabeza, con la sonrisa cada vez más amplia.

—Dios mío —dice la chica rubia de al lado en voz demasiado alta—, qué guapo es. —Las tres chicas empiezan a cuchichear de nuevo.

Cuando miro hacia el frente de la clase, para mi sorpresa, Ethan no está mirando a sus grupis obsesionadas con el rosa, sino directamente a mí. Al hacerlo, noto mariposas en el estómago. La chica rubia tiene razón, es muy guapo. Y él lo sabe. Me sonrío antes de darme la vuelta.

Después de ponernos en pie para el himno nacional, suena otro timbre. —Muy bien, clase —dice la señorita Caten—. Todos, formad grupos de tres para la siguiente presentación de historia. —Me mira a mí—. Trabajaréis con este grupo durante toda la semana. Cogéis vuestros libros de historia y

elegís un acontecimiento histórico. Al final de la semana, lo presentáis juntos a la clase.

Respiro hondo. Genial. Otra forma de señalar a la chica nueva. Cuando miro a las tres chicas de al lado, ya están cuchicheando entre ellas.

—Allison —me dice la señorita Caten. Me hace señas. —Puedes unirte a Cynthia y a mí en la parte delantera de la clase. —Señala a la niña pequeña que aplaudió cuando la señorita Caten me presentó. Asiento y me levanto.

Ethan levanta la mano. —Señorita Caten, ¿puede Ali unirse a Tanner y a mí?

La señorita Caten arquea una ceja. —Tanner y yo, señor Harris —corrige—. Y sí, por supuesto.

Las mariposas en mi estómago están aún más agitadas que antes, a punto de salirse por todos lados. Ethan sonrío cuando me acerco y me siento en un pupitre vacío junto a él y Tanner.

Capítulo 10

A^{ntes} Cuando suena el timbre del almuerzo, Ethan se acerca a mí en el aula.
—Buen trabajo con la presentación —dice—. No se me habría ocurrido hacerla sobre los espartanos.

Me fijé en el libro *La Odisea* en el escritorio de la señorita Caten y deduje que le encantaría. Ya tiene un interés especial en lo que presentaremos a finales de semana.

—Sí, muy buena —dice Tanner mientras se une a nosotros—. Ahora tendrás que hacer todo el trabajo y decirnos qué decir el viernes. —Se ríe.

Ethan niega con la cabeza. —¿Qué haces a la hora del almuerzo? —dice mirándome, sus ojos claros cautivándome de nuevo. Antes de que pueda responder que nada en absoluto, me ofrece una opción mejor—. ¿Quieres venir con nosotros? Tenemos un sitio en el bosque detrás del colegio donde solemos ir.

—Aunque deberíamos darnos prisa —dice Tanner—. Incluso yendo rápido, tardamos quince minutos en encontrar el club.

Ethan se ríe. —Es porque no tienes ningún sentido de la orientación.

—¿Un club? —pregunto.

Ethan asiente. —Lo construyó mi padre. Es el dueño de la tienda de ultramarinos del pueblo. Seguramente la habrás visto, porque aquí no hay muchos negocios. Le sobran bastantes materiales y un verano quiso construir algo especial para mí y mis colegas donde poder pasar el rato.

—Venga, tío —dice Tanner, haciéndole gestos para que se apure—. Tenemos que escabullirnos antes de que los profesores salgan al patio.

—No sé si a Connie le gustaría que fuera —digo.

Ethan me mira con extrañeza. —Siempre me cuesta un momento entender de quién hablas cuando llamas Connie a tu madre.

—¡Vamos! —dice Tanner de nuevo.

—Venga ya —dice Ethan, negando con la cabeza—. ¿Qué otra cosa vas a hacer?

—¿Y qué hay de Jason? —digo.

—Yo no me preocuparía por eso —responde con una sonrisilla.

Sigo a Ethan y Tanner hasta el fondo del campo. Cerca de unos columpios viejos, hay una abertura en la valla metálica que lleva hacia el bosque. Ethan mantiene abierta la brecha mientras Tanner se cuela primero. Ethan me sonríe cuando paso yo, y él entra el último. Mira hacia atrás, seguro de que nadie nos ha visto.

—¿De dónde eres? —pregunta Ethan—. De origen, me refiero.

—De Calgary —digo.

—No, ya sabemos que las chicas son de Venus —dice Tanner, riéndose solo de su chiste estúpido.

Ethan me hace más preguntas: sobre qué tipo de música me gusta, qué películas prefiero y qué hago para divertirme. Mientras hablamos, Tanner va delante de nosotros, zigzagueando entre los arbustos. No seguimos ningún sendero, pero por lo visto en algún lugar de aquí hay un club.

—¿Qué tal te sienta ser una Kempmen? —pregunta Ethan.

Me encojo de hombros. —No sé. Bien, supongo. Es solo mi segundo día.

Él me sonríe mientras Tanner se detiene delante de nosotros.

—Tío, me he perdido —dice, rindiéndose y mirando a su alrededor.

—Ya ves —dice Ethan con un resoplido—, ningún sentido de la orientación. Seguidme. —Lo hacemos, y al cabo de unos instantes pasamos junto a un árbol enorme que ha caído. Ethan lo sorteas, y tras unos minutos más, señala hacia adelante.

—Hemos llegado —dice.

La cabaña es pequeña. El exterior está hecho de largos tablones de madera. Algunos paneles están astillados y desnivelados. El tejado se inclina hacia la izquierda. Tiene una entrada amplia sin puerta, pero con dos ventanas pequeñas a cada lado.

De repente, Jason sale. —¿Qué hace ella aquí? —pregunta—. ¿Qué parte de «nada de chicas» no entiendes?

Ethan resopla. —No seas tan soso. Además, es mi club. —Me hace un gesto—. Sígueme.

Entra en la pequeña cabaña. Paso junto a Jason mientras me fulmina con la mirada.

En un lado de la cabaña hay una roca enorme. Solo una pequeña parte tiene suelo de madera; el resto es tierra. Junto a la entrada hay un póster de Pamela Anderson desnuda. Pongo una mueca mientras Tanner se ríe.

—Por eso dijimos que nada de chicas —dice Jason.

—Tu hermana no cuenta —responde Ethan. Ethan me hace gestos para que le siga mientras se apoya en la roca grande y sonríe agachándose, metiendo la mano por debajo. Cuando la saca, sostiene un gran cuchillo de cocina. Lo coge rápidamente por el filo y me señala con el mango.

—Cógelo —dice.

—¿Para qué? —digo con una sonrisa.

—Es parte de la iniciación —dice. Cojo el cuchillo con cierta reticencia mientras Ethan se dirige al otro lado de la cabaña, junto a la ventana pequeña. Debajo hay un gran trozo de madera—. Añade tu nombre.

Miro hacia abajo y veo tres nombres tallados en la pared del club. Jason, Ethan y Tanner.

—Adelante —dice Ethan.

Le sonrío mientras clavo la hoja en la madera y grabo una A mayúscula.

Capítulo 11

Presente

La tía Sandra ha venido esta mañana a echarme una mano. Se lo agradezco enormemente. Entre llevar a Connie a las citas médicas y ayudarla con la comida y la higiene, todo ha sido muy duro. Esta ciudad no es donde quiero estar. Si soy sincera, esta casa tampoco es donde me gustaría estar. Los recuerdos son demasiado dolorosos.

Cuando me fui de Kadestill con dieciséis años, nunca quise volver. Ahora que Connie está enferma, muriéndose, quiero estar aquí para ella. Por muy poco que me guste enfrentarme a las cosas, no voy a dejar que mi madre adoptiva muera sin pasar tiempo con ella. Sin asegurarme de que sabe lo agradecida que le estoy.

Llevo casi una semana en casa de Connie. Ha habido momentos en que he querido hacer las maletas e irme. ¿Cuánto más podía hacer por ella? Aunque las cosas con Jason han ido a mejor, con menos tensión, sé que preferiría que me fuera. No disimula el rencor que me guarda por haberme marchado de Kadestill años atrás.

No puedo ocultar los motivos por los que me fui. Estoy rodeada de recuerdos. Tanto, que desde que llegué no he salido de casa a explorar mi ciudad natal.

La tía Sandra viene de la cocina con una taza de té para mí.

—¿Cuándo se ha quedado dormida? —pregunta Sandra, sentándose en el sofá a mi lado. Aparta mi manta hacia el sofá pequeño. Connie no tiene juego de sábanas de repuesto. Jason me dio su edredón y dijo que saldría a

comprarme otro juego de sábanas, pero eso no ha ocurrido todavía. Con la tensión que hay entre nosotros, he dudado si recordárselo.

—Hace cosa de media hora —digo, soplando el vapor de mi taza—. Normalmente duerme alrededor de una hora a esta hora del día.

Ella asiente. —Bueno, ¿por qué no aprovechas para descansar un poco? —dice—. Jason vuelve en unas horas. Yo me quedo con tu madre hasta que llegue.

—¿Seguro? —pregunto. La tía Sandra vino hace unos días y también me ayudó con Connie durante medio día. Creo que me está entrando claustrofobia de estar encerrada en esta casa. Salir al aire libre sería un cambio de aires muy bienvenido. La casa es demasiado pequeña. Sandra está literalmente sentada en mi cama.

—Sí —dice, haciéndome un gesto para que me vaya—. ¿Por qué no sales un rato? Date un paseo o algo así. —Se levanta y abre a medias una ventana—. El aire aquí está muy cargado. Puedes coger mi coche si quieres.

Niego con la cabeza. —No hace falta. Un paseo me apetece. Gracias.

Mientras me pongo los zapatos, Sandra vuelve a la cocina y empieza a fregar algunos de los platos que se han ido acumulando en el fregadero. Me dice que disfrute del paseo cuando salgo.

Kadestill es una ciudad pequeña, a pesar de haber doblado su población. Sé llegar a cualquier sitio. Si caminara en línea recta, llegaría al límite del pueblo en menos de una hora sin importar la dirección. La tía Sandra me ha mencionado una cafetería en la calle principal que abrió hace unos años. Harvest and Brew. Parece un plan agradable.

Mientras camino, busco en mi bolso y me doy cuenta de que el móvil no está dentro. Suspiro al caer en que está en la mesita junto al sofá. La casa queda solo a media manzana, pero me da demasiada pereza volver a por él. Si lo hago, quizá reconsidere toda esta idea de dar un paseo por Kadestill.

Al cabo de unas manzanas, veo la valla alta que rodea el colegio. Hoy no hay niños jugando porque es sábado.

Cuando doblo por otra calle, veo la calle principal delante. Un grupo de tiendas pequeñas forman la corta manzana. Ya puedo ver la cafetería.

Pensar en tomar un café caliente y en cómo podría saber me dibuja una sonrisa en la cara. Jason solo tiene café instantáneo, y es espantoso. Además, la tía Sandra ya me tiene hasta arriba de té.

La sonrisa desaparece de mi cara en cuanto veo dónde estoy. El Ultramarinos Kadestill está al otro lado de la calle. Se me encoge el

estómago al pensar en el padre de Ethan, que era el dueño de la tienda. Jason me contó que Richard Harris se marchó del pueblo hace más de un año. Es prácticamente la única buena noticia que he escuchado desde que volví.

De repente, me golpea el motivo por el que nunca quería salir de casa. Pensar en Ethan y en su padre ya me ha puesto el mundo del revés.

Si no fuera por mi empeño en tomar un café decente, me daría la vuelta y volvería a casa de Connie. Quizá también volvería al aeropuerto. Dejar atrás esta provincia de una vez.

Me apresuro como si el edificio fuera a seguirme si me quedo demasiado tiempo.

Me sorprende lo acogedora que parece la cafetería desde fuera. Para ser una ciudad pequeña, no esperaba gran cosa, pero me deja sin palabras ver las mesas de madera alrededor de una chimenea de ladrillo. No pido nada especial. Un café grande con un poco de azúcar y leche. Cuando me preguntan si lo quiero para llevar o para tomar aquí, tardo mucho más de lo que debería en responder.

Llevármelo significa volver a casa de Connie. Emocionalmente, no estoy segura de estar preparada para volver todavía. Me tomaré mi tiempo y disfrutaré de estar sola.

Me siento en una mesa cerca de la gran chimenea en el centro del pequeño café. Una patrulla pasa volando. La observo a través del escaparate mientras una segunda la sigue, y luego una tercera.

Parece un día ajetreado para Kadeštil. Me pregunto qué estará pasando, pero me siento a gusto dando sorbos a mi café. Ver las patrullas me hace pensar en el agente Ben Anderson. Me pregunto si habrá sido uno de los que acaban de pasar. Siendo un pueblo tan pequeño, supongo que uno de ellos sería él. O quizá se marchó del pueblo como Richard Harris. Me alegraría saber que fue otro vecino que hizo eso mismo.

Cuando termino en el café, me tomo con calma el camino de vuelta a casa de Connie. Esto era justo lo que necesitaba hoy. Una pequeña salida para despejarme la cabeza. Me ha ayudado a poner las cosas en perspectiva.

No puedo quedarme en el pueblo mucho más tiempo. Tengo que volver a Toronto. Estoy segura de que, si pudiera, Connie me animaría a marcharme. Siempre fue una persona muy generosa. Jason quizá no se alegre cuando se lo diga. Pero tampoco está exactamente contento de que esté aquí. Seguro que también le alegrará recuperar su edredón para la cama.

Miro hacia adelante, hacia el Ultramarinos Kadestill.

Si no deseara que el edificio ardiera hasta los cimientos, habría entrado a comprarme mis propias sábanas. Pero ya no las necesito. Buscaré vuelos en cuanto recupere el móvil.

Un cuarto coche de policía pasa por mi lado, y no puedo evitar preguntarme qué estará pasando. Durante todo el tiempo que crecí en Kadestill, no creo haber visto nunca tantos agentes en el pueblo, pero entonces pienso en las Desapariciones del Lazo Rojo y sé que eso no es del todo cierto.

Ahora ya he visto cuatro coches de policía. No he visto a Ben Anderson en ninguno de ellos, que yo haya podido distinguir. Quizá se jubiló. Las cosas cambian también en los pueblos pequeños.

Por ejemplo, mi capacidad para orientarme en Kadestill. Creía que podría volver fácilmente a casa de Connie tomando una ruta diferente, pero acabo perdiéndome durante unas manzanas. Claro que no tengo el móvil para que Google Maps me salve. Al final, después de dar vueltas y más vueltas, encuentro de algún modo la calle de Connie.

Al acercarme a la casa, una parte de mí es reacia a entrar. Cuando lo haga, me encontraré de nuevo con lo enferma que está Connie, con el rencor que Jason me guarda, y con la inevitable discusión que tendrá lugar cuando le diga que pienso marcharme pronto.

Entonces lo oigo. Un grito. Un hombre dentro de la casa chilla. No es un grito de socorro ni el de alguien asustado. Es un grito de alegría.

—¡No puede ser! —oigo gritar a Jason desde dentro.

Entro corriendo y lo veo junto al televisor, con el brazo levantado en el aire. —¿Estás viendo esto? —grita—. ¡Lo sabía!

En el sofá, la tía Sandra está viendo la tele, con los ojos muy abiertos. Incluso Connie está en la habitación. Está sentada en su silla de ruedas cerca del televisor. Un cuenco pequeño de palomitas reposa en su regazo, pero no las come.

Los ojos de Jason se clavan en mí. —¿Dónde estabas? —grita—. Llevamos una hora llamándote. —La tía Sandra se gira hacia mí, con lágrimas en los ojos.

—Me he olvidado el móvil —digo—. ¿Qué está pasando?

—¡Ha vuelto a ocurrir! —grita Jason, con una sonrisa radiante en la cara—. ¡Mira! —Señala el televisor.

En la pantalla aparece una imagen de unos columpios vacíos. En una de las cadenas metálicas, un lazo rojo ondea con la brisa. La cámara hace zoom sobre él para dar más dramatismo.

—¡Os lo dije! —dice Jason, negando con la cabeza—. Os lo dije a todos.

Me siento junto a la tía Sandra. Ella me coge la mano de inmediato y la aprieta con fuerza mientras escucho el informativo.

—Las autoridades piden que, si tienen algún dato que pueda ayudar en la búsqueda de Sophia Hughes, llamen de inmediato.

Jason da vueltas por la habitación detrás de nosotras. —Ya lo dije —se dice a sí mismo. Se acerca por detrás de mamá y le frota los hombros—. Mira, mamá. Tú y yo lo sabíamos. Siempre supimos que no fue papá quien hizo esas cosas tan terribles. Ahora mira. Teníamos razón. —Me lanza una mirada, aprieta los labios y vuelve a mirar la pantalla.

Connie no responde y, en cambio, levanta la vista hacia Jason. —Estoy cansada.

La tía Sandra se levanta. —La llevo a su habitación. No deberías haberla dejado sin dormir.

Jason ignora su comentario y, en su lugar, observa el televisor atónito. —Papá está muerto. Todo porque todo el mundo pensó que era él. —Me mira, con una lágrima asomándole—. ¿Qué te parece como Justicia? Ahora lo sabrán. Ahora sabemos que era inocente.

El televisor muestra una imagen de la niña desaparecida. Sophia Hughes. Pelo rubio. Ojos azules. Vista por última vez en un pequeño parque infantil cerca de su casa, en el norte de Kadestill.

—¿La conoces? —pregunto.

Jason se seca el ojo y parece que mi pregunta lo ha pillado desprevenido. —¿Qué?

—La niña desaparecida —digo—. Es tan pequeña. ¿Conoces a su familia? El apellido no me suena.

Vuelve a apretar los labios. —Sí. Son nuevos en el pueblo. Se mudaron hace un año. ¿Te acuerdas de mi amigo Kevin del instituto? Se mudaron a su casa. —Mira la imagen de la niña pequeña en el televisor y niega con la cabeza—. Sabes, si la policía hubiera investigado esto como era debido hace todos esos años, esto no habría pasado. Si hubieran atrapado al verdadero asesino, papá estaría vivo y esa niña no estaría desaparecida. —Niega con la cabeza—. Es una vergüenza que haya tenido que llegar a esto.

Me vuelvo hacia el televisor y observo cómo la cámara hace zoom en los oxidados columpios donde desapareció, enfocándose en el lazo rojo que aletea con la brisa.

—Eso está en el norte del pueblo, ¿verdad? —pregunto—. Aunque el parque infantil no lo reconozco.

Jason no contesta y vuelve a negar con la cabeza. —Voy a demandar a este maldito pueblo. —Se golpea el muslo—. ¡Los voy a demandar a todos por lo que hicieron!

Miro el lazo en el televisor, y empieza a calarme. Dennis Kempmen, el hombre al que llamé padre en su día, no era el monstruo que yo creía. Todos esos años que pasé evitando estar en Kandestill. Me cambié el nombre legalmente para alejarme de él. Y ahora la prueba de cuánto me equivocaba está en el televisor ante mis ojos.

Era inocente.

Estaba equivocada. El pueblo estaba equivocado. Todo el mundo pensaba que mi padre había asesinado a esos niños desaparecidos. Mientras Jason está extrañamente contento con la noticia de una niña desaparecida, yo no puedo evitar enfadarme conmigo misma. Rabia por haber dejado atrás a Jason y a Connie. Rabia por haber creído lo que otros decían sobre Dennis.

La imagen de la niña desaparecida vuelve a aparecer en pantalla. Mientras el locutor da detalles sobre lo que llevaba puesto Sophia Hughes en el momento en que se la llevaron, Jason baja la cabeza y me mira, con una lágrima rodándole por la mejilla.

—Está pasando otra vez —susurra.

Capítulo 12

Antes Cuando llegamos a casa desde el colegio, Dennis explica que es hora de terminar los deberes. Mientras Jason y yo trabajamos en la mesa del comedor, Dennis y Connie charlan sobre su día en la cocina. Connie coge una pastilla de mantequilla de la nevera, le corta un cuarto y lo añade a una sartén donde sofríe maíz con aceite de oliva.

El chisporroteo y el olor de la cena me distraen del trabajo, pero no menos que mis padres adoptivos. De vez en cuando les echo un vistazo. Connie se ríe de algo que ha dicho Dennis mientras remueve el maíz con una gran cuchara de madera.

Connie vuelve a reírse y aparta a Dennis de su lado con un empujón juguetón. Él le rodea la cintura con sus largos brazos por detrás, le da un beso en la mejilla y le susurra algo al oído. Ella sonríe ante lo que sea que le diga.

Recuerdo cómo eran mis padres de verdad. Se hablaban, pero no con cariño. Por lo general era algo sarcástico o cruel. Algo hiriente para menospreciar al otro. El amor que Connie y Dennis se tienen el uno al otro se muestra aquí sin ningún tipo de reserva.

La mayoría de las veces que mis padres de verdad interactuaban, acababa viniendo la policía a casa.

Miro a Jason, que hace sus deberes en silencio. Garabatea algo en su libreta con el lápiz. Todo esto es lo normal para él. Si supiera lo que es de verdad la disfunción, estaría tan asombrado como yo lo estoy ahora mismo.

Como si estuviera perfectamente calculado, la cena está lista justo cuando terminamos los deberes. Connie me pide que ayude a Jason a poner la mesa. Mi nuevo hermano me indica dónde está todo en la cocina.

Cuando llega el momento de sentarse, Dennis ocupa la cabecera de la mesa. Jason coge la silla inmediatamente a su izquierda. Yo rodeo la mesa despacio hasta el asiento vacío al otro lado de Dennis.

Connie trae una fuente grande con maíz frito que huele de maravilla. Se ve la mantequilla derretida acumulándose en el fondo de la fuente. Después llega un bol grande de ensalada. El olor a vinagre y aceite de oliva de la lechuga me llega a la nariz. Connie abre el horno y saca el jamón con cuidado, poniéndolo sobre la mesa delante de Dennis. Él asiente y le da las gracias, y coge un cuchillo de cocina grande y un tenedor para cortarlo.

—¿Qué tal el primer día? —me pregunta Dennis mientras empieza a cortar. Le hace un gesto a Jason para que le pase el plato y coloca en él un trozo grueso de jamón.

—Bien —digo. Por un momento estoy a punto de soltar lo mucho que nos hemos divertido en el club del bosque, pero me recuerdo a mí misma cómo reaccionaría Connie si lo hiciera. —Mi profesora parece simpática.

—¿Ms. Caten? —dice Jason—. A mí me caía fatal.

Dennis pone el plato de comida de su hijo delante de él y se vuelve hacia mí. —Te cojo el plato. Le doy una sonrisa tímida al entregárselo. Lo observo mientras me corta otro trozo grande.

—Pasad el maíz —grita Jason. Dennis lo mira con cara de pocos amigos hasta que Jason cae en la cuenta. —Por favor, pasad el maíz. Dennis lo hace y él se sirve una buena cantidad en el plato.

Connie se une a nosotros por fin y Dennis le prepara el plato. Todos colaboran pasándose la comida unos a otros y sirviéndose más. Mientras lo hacen, todo resulta tan abrumador.

Así es como se supone que debe ser una familia.

Nos sentamos juntos. Comemos. Hablamos de nuestro día. Nada de esto parece real. He visto series de televisión en las que mostraban cómo se comportaban las familias a la hora de cenar. Era exactamente así. Nada de esto tiene sentido cuando reflexiono sobre cómo fue mi infancia.

Pocas veces comíamos juntos. Generalmente tenía que calentarme yo sola las sobras, si es que había. A veces era simplemente un sándwich de mantequilla de cacahuete que me hacía yo misma. Los deberes nunca eran una prioridad.

—Tengo que hacer pis —dice Jason de repente, levantándose de la mesa.

Connie niega con la cabeza. —Lo que querías decir es: ¿me podéis disculpar? —Jason arquea las cejas en señal de protesta mientras se dirige al baño.

Connie me mira y sonrío. —¿Y en general, tu primer día de colegio ha ido bien?

No sé si es su sonrisa o el interés genuino que muestra por mi respuesta, pero noto que se me forma una lágrima en el ojo. Esto es lo que se siente cuando una familia se preocupa la una por la otra. Esto es lo que me ha faltado toda la vida.

No le contesto. Si lo hago, podría ponerme a llorar a moco tendido en la mesa. Me cuesta encontrar las palabras. Un pitido del horno me salva de tener que responder.

—Ah —dice Connie, levantándose—. Estoy horneando galletas para el postre.

Y eso es suficiente. Una lágrima me resbala por la mejilla y la intercepto de inmediato, tapándome los ojos para que no vean lo rota que me hace sentir su amor y su atención. Una mano grande me frota la espalda y, cuando abro los ojos, Dennis me dedica una sonrisa tímida.

—Está bien —dice en voz baja—. Está bien —repite. Nuestras miradas se encuentran y casi puedo leerle la mente mientras me devuelve la mirada. Ya no será como era con mis padres de verdad. Esta es mi vida ahora.

—¿Qué está bien? —dice Connie, desconcertada, sacando una bandeja de galletas del horno.

Antes de que Dennis pueda responder, unos golpes en la puerta llaman su atención. Se limpia la boca con la servilleta mientras se levanta. Abre la puerta principal lo suficiente como para que yo pueda ver.

—Hola, Mr. Kempmen —dice Ethan desde el porche delantero—. Tanner y yo vamos al campo a jugar al fútbol americano. Queríamos saber si Jason puede venir. Abre la puerta un poco más, y veo a Tanner detrás de Ethan.

—Vaya, eso suena divertido, chicos —dice Dennis—, pero estamos en mitad de la cena. Quizás después.

Ethan asiente y mira hacia dentro, y nuestras miradas se encuentran. —¿Puede venir Ali también? Las mariposas que tengo dentro empiezan a revolotear cuando dice mi nombre.

Dennis tarda un momento en responder. —Puede ser. Pero después de cenar. —Cierra la puerta y me mira con una ceja levantada. Tiene una

expresión en la cara difícil de descifrar. Es casi como si hubiera hecho algo mal.

Capítulo 13

Presente

Cuando abro los ojos, sigo tumbada en el sofá. La habitación está completamente a oscuras salvo por una pequeña luz verde del televisor. Me incorporo y miro a mi alrededor, preguntándome qué es lo que me ha despertado.

No hay nadie. Me recuerdo a mí misma que tengo demasiadas cosas en la cabeza como para que cualquiera pudiera conciliar el sueño.

De hecho, si encendiera el televisor ahora mismo, no tardaría mucho en encontrar el motivo por el que mi mente va a mil por hora.

Sophia Hughes. Seis años. Sigue desaparecida. Un lazo rojo encontrado en el columpio del que se la llevaron. Las Desapariciones del Lazo Rojo continúan.

Las palabras de Jason me persiguen incluso ahora. —Está empezando de nuevo —nos dijo cuando salió la noticia sobre la pequeña Sophia.

El grupo miraba los titulares una y otra vez. Todos sabíamos lo que cada uno estaba pensando pero nadie se atrevía a decir en voz alta. Ni siquiera Jason pronunció su nombre. Al principio, parecía casi contento de que una niña pequeña hubiera desaparecido. Era lo que había querido desde la muerte de su padre: demostrar que Dennis Kempmen no tuvo nada que ver con esos niños desaparecidos.

Al otro lado de la habitación está la estantería con su investigación, como él la llama. Ahora era su momento. Jason tenía razón. Ahora puede señalar con el dedo a todo el pueblo y decirles: ¡os lo dije!

Ahora puede señalarme a mí y decir lo mismo.

Desde que volví al pueblo, me ha inundado una oleada de recuerdos de papá. Cómo fue crecer con él. De Niña pequeña, nunca sospeché que los rumores que corrían sobre él fueran ciertos. Solo después de su asesinato pensé que quizás tenían razón.

De niña me parecía tan normal, tan cariñoso. Un hombre que me acogió en su casa con los brazos abiertos, sacándome de un hogar donde mis padres biológicos no querían saber nada de mí.

Sacudo la cabeza al pensar en él; mi memoria intenta recordar cómo era su cara y fracasa estrepitosamente. He evitado tanto pensar en el hombre que me ayudó a crecer que mi mente lo ha borrado.

¿Quién quiere recordar que su padre era un asesino de niños?

Me fui de este pueblo para alejarme de él y de lo que ocurrió. Cambié mi nombre para no tener ninguna conexión con Dennis Kempmen.

Y ahora descubro que estaba equivocada.

—¡No! —grita una voz en la oscuridad. Me levanto rápidamente, pongo los pies en el suelo y miro a mi alrededor en la habitación a oscuras. —¡No le hagáis daño! —chilla una voz de mujer.

¿Connie?

Me levanto a toda prisa y enciendo la luz del pasillo. La puerta del dormitorio de Jason sigue cerrada.

—¡Él no ha hecho nada! —grita Connie. Un golpe fuerte llega desde su habitación.

Abro la puerta de su dormitorio y la veo revolverse de un lado a otro, con los brazos moviéndose de forma torpe. —¡No le matéis! ¡Él no ha hecho nada!

Se me abren los ojos de par en par. Jason me habló de los terrores nocturnos. La oí gritar una vez hace unos días mientras dormía, pero Jason la ayudó a volver a la cama. Sin embargo, aquello no fue nada comparado con esto.

—¡Alejaos de mi marido! —grita a pleno pulmón.

Me arrodillo rápidamente junto a la cama y le froto el costado. —¡Connie! —digo, suplicándole que se calme. —Está bien. —Mi intento no parece surtir efecto; ella grita cada vez más fuerte. —¡Mamá! Estás a salvo.

Se agita un poco más, pero sus brazos empiezan a calmarse poco a poco y de momento ha dejado de gritar. Sus ojos se abren a medias y se encuentran con los míos.

—Mamá —digo de nuevo. —Soy yo, Ali. Estás a salvo, ¿de acuerdo? — Me mira confundida. De repente caigo en la cuenta. Ahora mismo no sabe quién soy. Como está más tranquila, me pongo en pie. —¿Voy a buscar a Jason? —No responde mientras salgo de la habitación.

Cuando me acerco a su cuarto, llamo a la puerta, pero no responde. Llamo de nuevo y espero unos instantes. —¡Jason! —grito. —Connie está teniendo un terror nocturno. ¿Puedes ayudarme?

Temo que en cualquier momento Connie empiece a gritar de nuevo y no haya nada que pueda hacer para ayudarla. Intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave, y vuelvo a aporrearla. Por fin, la puerta se entreabre y Jason me mira, frotándose un ojo.

—¿Qué pasa? —dice.

—Está teniendo otra pesadilla —digo. —Sobre papá. Es muy fuerte. ¿No la has oído?

—A veces duermo con auriculares —dice.

—¡Dennis! —grita Connie desde su habitación. —¡Dennis, ven aquí!

Jason baja la cabeza. —No pasa nada —me dice. —Yo la ayudo a volver a la cama. Intenta dormir un poco.

Me roza al pasar y entra en el cuarto de Connie. —Hola, mamá —dice. —¿Estás bien?

—Dennis —dice ella. —He tenido una pesadilla horrible.

—Soy Jason, mamá —responde desde su habitación. —Y ya está todo bien. —Cierra la puerta tras él.

Capítulo 14

Presente

Después de casi treinta minutos, Jason sale del dormitorio de Connie, arqueando las cejas y bostezando.

—Ya se ha vuelto a dormir —dice, moviendo la cabeza—. Esta vez ha sido especialmente fuerte.

No he podido dormir. Me he sentado en el sofá y he esperado a que Jason volviera para que me asegurara de que estaba bien. Me sentía culpable por haber salido de la habitación. Debería haberme quedado. No sabía qué hacer ni cómo manejar mis propias emociones.

No estoy segura de lo que habría hecho si Jason no hubiera estado en casa.

Él se dirige despacio al salón y se sienta en una silla frente a mí. Enciende una lámpara y baja la intensidad de la luz.

—¿Crees que ha reaccionado así por lo de la niña desaparecida? —pregunto—. Quizás le ha hecho pensar en aquella noche otra vez.

Jason se encoge de hombros.

—No estoy seguro. Es difícil saber qué pasa por su cabeza ahora mismo. —Hace una pausa—. Puede que sí. Ha sido el peor terror nocturno que he visto desde que empeoró. —Sacude la cabeza y levanta la vista—. De verdad espero que esto no sea cómo va a estar ahora. No sé si podré con ello.

Aparto la mirada de inmediato. Siento que sé lo que está insinuando. Tú con el tiempo te irás lejos de Kadestill y me dejarás solo con ella así,

¿verdad?

Hasta que Sophia Hughes desapareció, eso era justo lo que pensaba hacer. Ahora estoy tan confundida que ya no sé qué quiero.

Jason vuelve a sacudir la cabeza.

—Es cruel, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Mamá. El día que lo mataron fue el peor día de mi vida, y ahora que papá es inocente, mamá nunca lo sabrá. Y, lo que es peor, aunque llegue a saberlo, luego lo olvidará.

—Lo siento, Jason —digo, sin saber cómo responder de otra forma.

—¿Por qué te disculpas? —pregunta.

—Por todo —admito—. Por marcharme. Por pensar que había sido él. Por creerme las mentiras.

Él asiente.

—Después de lo que pasó, de lo que le hicieron, lo entiendo. Es más fácil creerse las mentiras que atravesar la fachada y ver la verdad. —Toma aire—. Papá nunca tocó a esos niños. —Suelta un resoplido—. Este pueblo hizo de nuestro padre el chivo expiatorio. Le echaron la culpa de todas las cosas terribles que cometió otra persona. ¿Y ahora qué? He estado viendo las noticias y apenas mencionan su nombre. Sin hablar de cómo lo mataron por pecados que nunca cometió.

—Tendría que haberte creído —digo en voz baja.

—Nadie lo hizo —dice—. Incluso mamá estaba empezando a creer lo que otros decían de papá. Pero ahora limpiaremos su nombre. No descansaré hasta que el mundo sepa que él no hizo daño a esos niños.

Cuando menciona a los niños desaparecidos del pasado, siento casi náuseas. Es algo que intento olvidar.

—Me siento fatal por Sophia y por sus padres.

—Otra víctima —dice Jason—. Otro niño tiene que pagar el precio porque todos culparon a nuestro padre en lugar de buscar al verdadero asesino. Me aseguraré de que todo el mundo en este pueblo sepa lo equivocados que estaban.

—¿Qué puedo hacer yo?

—No estoy seguro. —Se levanta.

—¿Te vas a la cama?

Se ríe.

—No creo que ninguno de los dos vaya a dormir después de eso. —Se estira—. Voy a ir al trabajo pronto hoy. Si tengo suerte, igual puedo echar una cabezada en el aparcamiento.

—¿Me vas a dejar aquí sola? —pregunto, asustada—. ¿Y si se despierta otra vez?

—Siéntate con ella hasta que se calme —dice—. Eso es todo lo que hago. No hago nada especial. Nada de hechizos para dormir ni nada de eso. Solo sentarme a su lado.

—Pero...

—Basta —dice, ligeramente irritado. Me mira antes de ponerse una chaqueta ligera—. Me voy. En algún momento tú podrás marcharte del pueblo y volveré a estar solo. Esta es mi vida ahora mismo. Divorciado y viviendo con mi madre, que se está muriendo. —Resopla—. ¿Sabes en qué cosa tan absurda pensé el otro día? Me siento mal incluso pensando en su muerte, pero cuando mamá muera, si me deja la casa en el testamento, ni siquiera podré disfrutar de tener mi propio hogar otra vez. Mi ex exigirá la mitad de la plusvalía de la casa y en realidad tendré que pagarle a ella para quedarme con la casa. ¿Te lo puedes creer? —Sacude la cabeza y se lleva una mano a la oreja—. Todo este maldito mundo es injusto.

Jason se marcha sin más, dejándome en la habitación débilmente iluminada. Una parte de mí teme que Connie vuelva a ponerse a gritar. Sus alaridos eran tan intensos y perturbadores. Casi puedo imaginarme cómo estaba ella el día que mataron a papá.

Los recuerdos de aquel día siguen traumatizándome.

Intento volver a dormirme, pero es un fracaso absoluto. No sé muy bien por qué, pero me levanto del sofá y me dirijo por el pasillo. Abro su puerta y veo a mi madre en la cama. Está dormida, tal como Jason dijo, de lado, respirando con dificultad. Hay un olor notable en la habitación.

Cuando se despierte para empezar el día, abriré la ventana de su dormitorio para ventilar la habitación. No quiero despertarla, pero siento esta necesidad de estar cerca. Tal como dijo Jason, quizás si estoy junto a la cama, eso la reconfortará.

O quizás soy yo quien necesita consuelo ahora mismo.

Una niña pequeña ha desaparecido. Y esa tiene que ser la noticia más triste en un pueblo pequeño. Para mí, sin embargo, desde que me enteré de que Sophia había desaparecido, lo único en lo que puedo pensar es en Dennis.

Papá.

Si pudiera, y si ella fuera capaz, me imagino metiéndome en la cama con Connie y tumbándome a su lado. No quiero nada más que que ella me diga que todo va a salir bien. Pero no será así. Papá fue asesinado. Mamá se está muriendo, y si pronto no descubren al verdadero asesino, una niña pequeña podría unirse a ellos. Si es que sigue viva.

Me siento en la silla vacía junto a su cama y tomo aire.

Capítulo 15

Antes
Nunca me dejan salir con Ethan y Tanner después de cenar. Jason también quiere ir. Podemos verlos en el campo, lanzándose una pelota el uno al otro.

Connie tiene otros planes. *Tiempo en familia*, lo llama. Después de cenar, la ayudamos a recoger la mesa. Yo friego los platos y Jason los seca. Dennis barre el suelo. Connie disfruta de una copa de vino mientras trabajamos a su alrededor. Es curioso. No solo disfrutaban pasando tiempo juntos en familia, sino que además colaboran de manera práctica.

Connie me explicó que cada uno de nosotros tenía una tarea diaria para ayudar a mantener la casa en orden. Jason se encargaba de vaciar las papeleras de la casa en el cubo de basura del exterior. Hoy, Connie me informó de que mi tarea era fregar los suelos una vez al día. Todos tenían que hacer su cama por la mañana antes de empezar el día. En eso insistía Dennis.

Una vez que la cocina está limpia, Connie hace palomitas y vemos una película juntos en el salón que se llama *The Little Rascals*. Yo no la había visto nunca y, por lo visto, existe una versión mucho más antigua. Los Kempmen deben de haberla visto antes, porque Jason es capaz de recitar los diálogos antes de que los actores los digan.

De vez en cuando, miro por la ventana y veo a Ethan en el campo. Incluso desde lejos, es increíblemente guapo.

Cuando la película está a punto de terminar, Connie le trae a Dennis un vaso grande de leche y él le da las gracias sonriendo mientras da un pequeño sorbo. Jason ayuda a su madre a recoger el salón y a llevar los cuencos vacíos de palomitas a la cocina. Cuando estoy a punto de coger mi propio cuenco, Dennis me detiene.

—¿Quieres ver algo interesante? —dice, dando otro sorbo del vaso. Se limpia rápidamente la leche del fino bigote.

—¿El qué? —pregunto.

Se levanta del sofá y se vuelve hacia las ventanas, mirando al exterior. Echa un vistazo al reloj y me mira. —De un momento a otro —dice, señalando con la cabeza hacia fuera.

Miro en la dirección que indica, pero no veo nada fuera de lo normal. Ethan y Tanner siguen en el campo. Un grupo de niños pequeños dibuja en la acera con tiza al otro lado del callejón sin salida. Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir cuando lo veo.

Una patrulla entra en la calle con las luces destellando en rojo y azul. La ausencia de la sirena hace que la escena resulte inquietantemente silenciosa. Ethan y Tanner empiezan a salir del campo cuando se dan cuenta de la presencia del vehículo. El grupo de niños se lo toma con calma hasta que uno de ellos ve al agente y señala la patrulla.

—El agente Anderson —dice Dennis—. Casi en punto. Dos de los niños pequeños corren hacia el porche de cemento de una casa. Dennis me mira —. Recorre los barrios con los niños pequeños cuando llega la hora del toque de queda. Un recordatorio amable de que es hora de entrar.

Uno de los niños parece estar llorando mientras otro intenta consolarlo. Es una escena extraña de presenciar.

—Tiempos raros —se dice Dennis a sí mismo, dando un sorbo más largo de leche.

Miro a Dennis mientras bebe otro trago. —Papá —digo, volviendo a mirar al exterior. Por un momento, me sorprende que esa palabra me haya escapado de la boca. Aunque lo cierto es que me resultó de lo más natural llamarle padre.

Dennis se vuelve hacia mí con una sonrisa leve en el rostro. Sé que ha captado cómo le he llamado. —Sé lo que ibas a decir —dice. Me da una palmadita suave en el hombro—. Mientras vivas en esta casa, no tienes nada que temer. Sé que Connie se pone muy nerviosa. Aquí estás a salvo. Yo—

—No era eso lo que iba a preguntar —digo. Le miro a él y al vaso que tiene en la mano—. ¿Por qué siempre bebes leche por la noche?

Él sonríe, da otro sorbo y se limpia el bigote de nuevo. —Es que no duermo muy bien —dice, mirando hacia fuera. El agente Anderson reduce la velocidad al pasar cerca de la casa. Le saluda con la mano a Dennis, que le corresponde. Lo observa mientras el agente sale del callejón sin salida—. Connie me calienta leche para que descanse mejor.

Sonríó mientras veo alejarse al agente. —¿Ayuda? ¿Lo de tomar leche caliente por la noche?

Dennis levanta las cejas por un momento. —La verdad es que no. —Da otro sorbo mientras vemos a los dos últimos niños correr calle abajo hacia su casa.

Pienso en las caras de los niños pequeños cuando pasó el agente Anderson. El niño estaba a punto de echarse a llorar al verlo. Me recuerdo a mí misma que en un pueblo pequeño como Kadestill, hay muchas posibilidades de que esos niños conocieran de verdad a los chavales desaparecidos.

La idea me revuelve el estómago. Bajo la cabeza al pensar en los niños desaparecidos.

Como si pudiera leerme el pensamiento, Dennis me da otra palmadita en el hombro y termina la leche. —Estás a salvo en esta casa —repite.

Aunque eso no es verdad.

Capítulo 16

Presente

El sonido del timbre me despierta. Por suerte, el ruido no ha despertado a Connie, que sigue descansando en su cama.

Me levanto y miro el móvil. Son poco más de las ocho de la mañana.

Cuando abro la puerta principal, la tía Sandra me recibe. —Buenos días, cariño —dice—. Jason me dijo que anoche fue una noche dura. Así que pensé en pasarme.

—Así fue —digo, abriéndole la puerta del todo—. Muy dura. Era casi como si, en su mente, hubiera vuelto al momento en que lo mataron.

La tía Sandra toma aire profundamente. —¿Y tú cómo estás? —pregunta—. Con todo lo de la niña pequeña desaparecida y lo de tu padre, más lo de que Connie no se encuentra bien. Debe de ser mucho.

Asiento con la cabeza. —Bueno, digamos que me alegra verte.

La tía Sandra sonríe. —Os preparo un té. —Le agradezco el ofrecimiento, pero le pido si puedo tener un poco más de tiempo para mí otra vez. —¿Fuiste a esa cafetería del pueblo que te mencioné?

—Está bien —digo—. Gracias. Solo necesito desconectar un poco.

—Autocuidado —dice con una sonrisa discreta—. Oí ese término hace poco y pensé en ti, que eres trabajadora social.

Me río. —Exacto —digo—. Autocuidado. Gracias de nuevo.

Cuando estoy a punto de irme, Connie empieza a llamar a Dennis desde su habitación. La culpa me golpea al abrir la puerta principal.

—No pasa nada. Yo me encargo. Disfruta de tu autocuidado —dice con otra sonrisa.

Mientras salgo y bajo el porche, pienso en adónde voy. No es a la cafetería, como espera la tía Sandra. Solo hay un lugar que tengo en mente.

Durante toda la noche, mientras luchaba con mi propia vergüenza y culpa por haber abandonado el pueblo de la manera en que lo hice, pensé en él. Pensé en lo que le hicieron.

La pesadilla de Connie ha traído de vuelta todos los recuerdos de aquella noche. Jason tiene razón. El pueblo lo culpó por los niños desaparecidos. Lo utilizaron sin ninguna prueba para encontrar justicia.

Al pasar por delante de Ultramarinos Kadestill, vuelvo a encogerme. Quiero coger una piedra del espeso bosque que rodea el pueblo, volver y romper el mayor número posible de ventanas de la tienda. Me imagino topándome con todos los vecinos que conocía, los responsables de haberme arruinado la vida, y gritándoles lo equivocados que estaban.

Un hombre inocente fue asesinado. A mi padre lo mataron. Mi vida entera podría haber sido diferente si aquella terrible noche no hubiera ocurrido.

Mientras me abro paso por el pueblo, veo mi antigua calle delante. El callejón sin salida donde pasé años de mi vida. Donde mi vida cambió para siempre.

Como si el universo quisiera complicarme aún más la vida, veo una patrulla salir del callejón sin salida y venir hacia mí. Me asomo por la ventanilla del copiloto y lo veo.

El agente Ben Anderson. Parece mucho más mayor. El pelo se le ha retirado drásticamente respecto a lo que recuerdo.

También conducía por mi antigua calle. ¿Por qué? Quizá esté haciendo su propio autocuidado, igual que yo. Quizá esté dándose cuenta de que es responsable de la muerte de mi padre.

El coche reduce la velocidad al acercarse a mí, y por un momento temo que me reconozca. Me preocupa que detenga la patrulla e intente hablar conmigo. De eso no saldría nada bueno. Me imagino gritándole e insultándolo por lo que hizo.

Por suerte, no lo hace. Pasa de largo, aunque sí mira en mi dirección. Nuestros ojos se encuentran solo un instante, pero sé de inmediato que me ha reconocido.

Sigo caminando mientras él se aleja por la carretera, y solo giro la cabeza para asegurarme de que realmente se marcha.

Espero que Jason lleve a cabo las amenazas que hizo sobre demandar a este pueblo. Ahora que la verdad ha salido a la luz, que mi padre no era el asesino, quienes fueron responsables de su muerte merecen que se les pida cuentas. Pero ¿entregará el pueblo a los suyos?

La mayoría de las casas de mi antiguo callejón sin salida tienen el mismo aspecto, aunque han envejecido sin duda. El revestimiento blanco de la gran casa de la esquina es ahora más bien de color beige. Otra necesita reparaciones urgentes en el tejado. Miro a mi alrededor por el barrio, haciendo todo lo posible por no ver la razón por la que vine.

Mi casa. Aún no estoy preparada para enfrentarme a ella.

En cambio, miro hacia el campo cerca de nuestra casa. Tampoco estoy preparada para eso. Demasiados recuerdos. Demasiados pensamientos dolorosos también.

Cuando llego al centro del callejón sin salida, por fin reúno las fuerzas para mirar. Me sorprende que no hayan derribado del todo la casa. Sigue en pie, a pesar de todos los daños del incendio. El tejado se hunde donde las llamas lo atravesaron. Quizá sea mi mente jugándome una mala pasada, pero huele levemente a humo.

Al igual que Connie hizo anoche, pienso en cómo empezó el incendio. Pienso en los gritos y las llamadas de auxilio reales que hizo Connie. Casi puedo oír los alaridos desgarradores de Dennis. Veo, como si fuera ayer, la cara de Jason cuando vio lo que le habían hecho a nuestro padre.

Suelto un suspiro profundo y bajo la cabeza, luchando contra las lágrimas que quieren correr por mi cara. Cuando vuelvo a mirar la casa, solo siento la rabia y la tristeza de aquella noche.

—Lo siento —digo, secándome una lágrima—. Lo siento, papá. No debería haberles creído.

Capítulo 17

Pasado

Jason levanta las manos para pedirle a Ethan que le pase el balón. En vez de eso, me lo lanza a mí. Tengo que correr un poco torpemente por el campo, pero lo atrapo entre los aplausos de Ethan y Tanner. Jason baja las manos un momento hasta que cruza su mirada con la mía.

—Aquí, Ali —grita. Empieza a acercarse hacia mí.

Odio cuando hace eso.

No sé si es por llevarle la contraria o simplemente para demostrarle que puedo lanzar más lejos que él, pero arrojo el balón con todas mis fuerzas. Jason corre hacia atrás, a punto de tropezar con sus propios pies. Da un traspiés e intenta saltar, estirando las yemas de los dedos para alcanzar el balón, pero lo falla por completo.

El balón sale disparado y se adentra en la zona arbolada que hay detrás de él.

—¡Ali! —llama Jason con irritación—. ¿Qué significa para ti «aquí»? —Sacude la cabeza mientras se agacha bajo una rama para intentar encontrar el balón.

—No dejes que te vea tu madre ahí dentro —bromea Tanner.

Han pasado semanas desde que se llevaron al segundo niño de Kadestill. Ninguno de los dos ha aparecido. Casi se puede palpar la tensión en todo el pueblo, con el miedo a que puedan llevarse a otro niño en cualquier momento.

—¡Cállate! —grita Jason mientras desaparece entre la maleza.

Miro hacia nuestra casa. Que Connie no esté en casa no significa que Dennis no se vaya a enfadar con su hijo si lo ve en el bosque, a pesar de las severas advertencias que le ha dado.

Ethan se aparta el rizado pelo castaño de la cara. Me quedo mirando sus ojos de color marrón claro, pero cuando me nota, aparto rápidamente la vista hacia Tanner.

—¿Los conocíais? —pregunto—. ¿A los niños que se llevaron?

Tanner asiente. —Mi hermana pequeña va a la misma guardería a la que iba Johnathon. Tiene cuatro años.

—Qué horror —digo.

—A la otra niña que se llevaron, Melissa Hendson, la veía a menudo en la tienda de mi padre —dice Ethan—. Venía con su padre casi todos los fines de semana.

Mientras Tanner y Ethan me cuentan cosas sobre los niños desaparecidos, de repente caigo en la cuenta de que hace un buen rato que Jason entró en el bosque. —¡Eh, Jason! —llamo. Para que Ethan y Tanner no se burlen de mí por estar angustiada como Connie, añado—: ¿Has perdido el balón?

Espero una respuesta impertinente, pero no contesta.

Tanner se ríe y Ethan sacude la cabeza. Pero al cabo de unos momentos, me sorprende que sea Ethan quien grite a continuación.

—¡Pringado! —grita hacia el bosque—. Deja de hacer el tonto. Coge el balón. El toque de queda es en una hora.

De nuevo, nada. Sin respuesta.

Tanner mira a Ethan y luego a mí. —Voy a buscarlo —dice, avanzando hacia los árboles que nos rodean.

—¡Ayuda! —se oye un grito fuerte—. ¡No!

—¡Jason! —grito, corriendo hacia el bosque y casi derribando a Tanner—. ¡Jason! —Me agacho bajo una rama y lo veo.

Jason está doblado sobre sí mismo, muerto de risa, señalándome. —Tía, eres igualita que mamá. Cualquiera diría que sois familia de verdad.

—¡No tiene ninguna gracia! —le grito.

—Bueno, algo de gracia sí tiene —dice Tanner poniéndose a mi lado y soltando una carcajada.

Ethan se une a nosotros sacudiendo la cabeza. —¿Dónde está el balón, imbécil?

—Ni idea —dice Jason, encogiéndose de hombros—. No lo encuentro. —Vuelve a mirar a su alrededor y me mira a mí—. Ali, esto es culpa tuya. A

ver si dejas de hacerte la quarterback y me lo lanzas a mí la próxima vez.

—Solo está luciendo esos brazos de cañón que tiene —se ríe Ethan—. Menuda distancia le sacó a ese lanzamiento.

Conforme seguimos buscando, queda claro que no vamos a encontrarlo.

—Cojamos otro balón —dice Jason.

—Era el único que tenía —dice Ethan con frustración—. Tengo que encontrarlo. Mi padre siempre se pone de los nervios con estas cosas.

—¿No es de su tienda el balón? —pregunta Jason, extrañado.

—Sí —dice Ethan, con la frustración cada vez más visible—. Pero siempre se queja de que no valoro nada.

—¿Vamos al club? —pregunta Tanner—. Total, para lo que podemos hacer. No tenemos más balones.

Jason sacude la cabeza. —Mi madre me mata. Además, ya casi es el toque de queda.

—¿Y qué más da? —dice Tanner.

—Tus padres pasan de todo —dice Jason—. Ya sabes cómo es mi madre.

—Me mira—. Tenemos otro balón en el sótano. Ve a buscarlo.

—¿Yo? —digo.

Él asiente y me imita. —¿Yo? ¡Pues claro, tú! Fuiste tú quien perdió el balón. Ve a buscar el otro.

—No es culpa suya que corras como una tortuga —bromea Ethan.

—Y que atrapas como si tuvieras las manos de espagueti —añade Tanner.

—¡Callaos! —dice Jason a la defensiva.

—Tranquilos —digo, calmando al grupo de chicos—. Voy yo. No es para tanto.

Mientras me dirijo a casa, los tres siguen buscando. La verdad es que menos mal que Connie no está en casa. A estas alturas ya se habría dado cuenta de que estábamos en el bosque y no nos habría dado un momento de paz.

Cuando entro en casa, voy directamente al sótano. Está muy oscuro, salvo por la tenue luz que sale del despacho de Dennis. Intento encontrar el balón, pero es casi imposible. Deslizo la mano por la estantería con la esperanza de tocarlo. La bombilla del sótano se fundió la semana pasada y Connie lleva días riñendo a Jason para que la cambie.

Esa es otra de las tareas de mantenimiento que tiene en casa. Para la mayoría necesita que se lo recuerden amablemente, y a menudo.

Sabiendo que no voy a encontrar nada sin más luz, llamo a Dennis, pero no responde.

—¿Papá? —digo en su lugar. He empezado a llamarle así con más frecuencia. Incluso he empezado a llamar a Connie «mamá». La primera vez que la llamé así, se le iluminó la cara. Podía sentir lo feliz que era.

Me acerco a la puerta entreabierta del despacho de Dennis y vuelvo a llamarle, pero no responde. Llamo a la puerta, sabiendo lo mucho que le gusta la intimidad cuando está en su despacho. De nuevo, nada.

Sé que está dentro. Puedo oír el sonido amortiguado de su música rock a todo volumen. Tiene los auriculares puestos otra vez. Abro un poco más la puerta y lo veo sentado a su escritorio con un lápiz en la mano.

Tardo un momento en comprender lo que está haciendo. El mapa está desplegado sobre su escritorio y sigue un camino con el dedo. Al cabo de un momento, se detiene en un círculo trazado a lápiz. Marca el círculo con una X encima y escribe algo más arriba con el lápiz, con una sonrisa en los labios. En la parte superior del mapa hay un gran sol de dibujo animado con ojos y unas gafas de sol bajadas sobre la nariz.

«Kananaskis Trail Map», se lee.

Le hago señas intentando llamar su atención, pero está tan concentrado que ni siquiera me ve. —Papá —digo de nuevo. Por fin, me estiro y le tiro de la camiseta.

Da un salto y se levanta de la silla; los auriculares caen al suelo junto con el reproductor de CD. Al caer, se golpea con fuerza y se rompe. Lo recoge rápidamente y refunfuña ante su aparato estropeado.

—Lo siento —digo. Frunce el ceño y aprieta los labios mientras lo coloca con cuidado sobre el escritorio. Me mira y por un momento me asusta. Aquí es donde me gritarían. Si fuera mi padre biológico, escucharía algo más que palabrotas.

Pero Dennis no. —No te oí —dice, y su expresión se suaviza. Me indica con un gesto que salga de su despacho y me sigue hasta la puerta. Bajo la vista hacia el mapa y veo lo que escribió encima del círculo y la X. Una sola W.

—Llamé a la puerta —digo, anticipando lo que podría decir—. Intenté llamar tu atención.

Asiente. —Connie dice que me voy a reventar un tímpano de lo alto que lo pongo. —Miro por encima de su hombro hacia su escritorio y el mapa.

Vuelvo a fijarme en las marcas del mapa mientras él cierra un poco la puerta detrás de él, dejando la habitación casi a oscuras.

—Jason tiene que poner una bombilla nueva —dice con un tono significativo. Me mira desde arriba en la oscuridad, pero no dice nada. Luego sonrío. Sus dientes blancos son lo único que distingo. —¿Qué pasa? —Incluso en la oscuridad puedo ver que se coloca las gafas de montura oscura en la cara.

—Jason dice que hay un balón de fútbol americano en el sótano, pero no lo encuentro.

Levanta un dedo. —Entendido. —Sin abrir la puerta, cruza la habitación a oscuras hasta una estantería y lo saca rápidamente. Creía haberlo buscado allí. Me lo lanza por debajo pero, en la oscuridad, lo fallo fácilmente. Lo encuentro enseguida cerca de mis pies y me incorporo.

—Gracias, papá —digo.

Vuelve a la puerta de su despacho y la abre ligeramente, dejando ver su amplia sonrisa. —Y no te preocupes. No diré nada.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

La luz de la habitación a su espalda dibuja su silueta oscura. Vuelven a asomar sus dientes blancos mientras se ríe. —No le diré a mamá que habéis estado jugando en el bosque.

Capítulo 18

Presente

La tía Sandra niega con la cabeza mientras seguimos viendo las noticias. Sophia Hughes sigue desaparecida. El presentador explica cómo puede participar la gente en la búsqueda mientras aparecen imágenes de una partida de búsqueda en el bosque dirigida por la policía.

Sandra da un sorbo a su té y me mira. —Una vecina mía forma parte de una de esas partidas de búsqueda —dice—. Me pidió que me uniera. No sé. Sería raro después de todo lo que ha sufrido esta familia. —Toma aire despacio—. Se lo conté a George y se disgustó mucho.

Asiento en señal de acuerdo. Después de lo que le pasó a su hermano, a mi padre, ¿quién puede culparle?

—Lo mataron por ser el sospechoso, gritó George —continúa—, ¿y ahora creen que deberíamos ayudar a encontrar al verdadero asesino? —Sacude la cabeza—. Y ya sabes cómo es tu tío. ¿Cuándo no está sonriendo o con buen humor? Pero estaba furioso, casi tanto como Jason. —Toma otro respiro hondo—. ¿Cómo está él?

Observo la televisión mientras muestra a un hombre y una mujer de la partida de búsqueda, caminando despacio por una zona arbolada, hurgando entre los arbustos y en el suelo. Al principio me pregunto por qué hacen eso, hasta que caigo en que están buscando un cuerpo o tierra removida. La sola idea casi me revuelve el estómago.

Es aterrador pensar que esto vuelve a ocurrir en este pequeño pueblo y tan cerca de donde estoy sentada ahora.

La tía Sandra se repite, y su voz casi me sobresalta al arrancarme de mis pensamientos. —Perdona —digo—. Jason no está bien. Parece que no lleva bien muchas cosas.

—El divorcio lo ha destrozado de verdad —coincide ella—. Estoy preocupada por él. Tiene unas ojeras muy oscuras últimamente. —Mira la tele—. Seguro que esto tampoco ayuda.

Un boletín de última hora acapara la atención de las dos. El presentador mira a cámara con gesto serio. Lo seguimos con expectación. ¿Han encontrado a la niña? ¿Está viva? ¿O algo peor? No podría soportar que mostraran en las noticias una imagen de una bolsa para cadáveres pequeña. ¿Serían los medios tan desquiciados como para emitir algo así? Suelto el aire cuando compruebo que no es lo que temía.

—El pueblo de Kadehill y todo Kananaskis County tienen ahora un toque de queda a las siete de la tarde. Cualquier persona que se encuentre fuera de su domicilio después del toque de queda podría enfrentarse a fuertes multas.

Aquí vamos, pienso. Igual que cuando éramos niños, el toque de queda ha vuelto también. ¿Cuánto tardará en desaparecer un segundo niño? El toque de queda que estaba en vigor cuando era pequeña no impidió que el asesino se llevara a otro.

Solo de pensarlo casi se me saltan las lágrimas. Es algo que intento no recordar. Fui yo quien encontró el lazo.

—Dios mío —suelta Sandra—. O sea, tiene sentido, pero da mucho miedo.

Asiento mientras seguimos viendo en silencio, pendientes de cada palabra que dice el presentador. Viendo cada imagen que emite el programa. Alterna entre fotos de Sophia, la partida de búsqueda y el boletín de última hora sobre el nuevo toque de queda en vigor.

De pronto se abre la puerta principal y un golpe metálico asusta a Sandra, que se lleva la mano al pecho de inmediato.

—Hola —dice Jason, con su fiambarrera metálica golpeando contra la puerta—. ¿Os habéis enterado de la noticia?

—¿El toque de queda? —pregunto, y él asiente.

—Igual que la última vez. Me pregunto a quién culpará ahora el pueblo.

Jason entra en la cocina y deja caer la fiambarrera con otro golpe seco. Lo sigo. Cuando se vuelve hacia mí, su cara lo dice todo. Parece que su cuerpo lleva todo el día funcionando con las últimas reservas.

—¿Has conseguido dormir algo antes del trabajo? —le pregunto.

Resopla. —Qué va. A lo mejor intento echar una cabezada ya que estáis las dos aquí.

No puedo superar lo destrozado que parece. Tiene un aspecto tan agotado que si lo empujara no solo se caería al suelo, sino que se quedaría dormido al instante.

—Duerme un poco —lo animo—. El tío George viene luego, así que no tienes que preocuparte por nada. Aquí lo tenemos todo controlado.

Me sonrío. —Gracias. Una cabezada rápida, quizá.

—Tómate el tiempo que necesites.

La sonrisa de Jason desaparece con unos golpes en la puerta principal. La abre rápidamente y su cara se tensa. —Vaya, mira quién está aquí —dice, levantando la mano. El agente Anderson da un paso hacia dentro.

—Jason —dice en voz baja. Mira a Sandra y la saluda con la mano. Ella no responde ni con palabras ni con un gesto. Ben me mira y se toca la visera de la gorra de policía. —Ali —dice—, sabía que eras tú antes.

Le devuelvo el gesto con la cabeza, pero tampoco digo nada.

—Me pregunto qué te habrá traído hasta aquí —dice Jason en tono jocoso.

—Solo quería ver cómo estabais —dice Ben—. Está pasando mucho en este momento, y sé que tenéis preguntas. Yo también las tengo.

—Ah, no solo tenemos preguntas —dice Jason, negando con la cabeza—. Estamos hasta las narices. —Le clava un dedo al policía—. ¿Cuántas veces te lo dijimos? ¿Cuántas? ¡Pues mira ahora! —Señala la imagen de Sophia en la pantalla—. ¡Otra niña ha desaparecido y eso es culpa tuya!

—Había muy poco que pudiera hacer —dice—. Nosotros también intentamos entender lo que está pasando. La Unidad de Delitos Graves está en el pueblo. Esto no será como antes. Averiguaremos lo que ocurrió. Nosotros—

—¿Cuándo vas a decirle a todo el mundo, tú o alguien de tu departamento, que mi padre era inocente? —grita Jason—. ¿Cuándo? Ya lleva un día entero desaparecida esa niña pequeña y aún no se ha dicho nada público sobre papá.

—Nunca fue acusado de nada, Jason —dice Anderson—. Esto—

—¡No! —grita Jason—. No es suficiente. Claro, nunca fue acusado, pero este pueblo lo condenó, y eso te incluye a ti. Su supuesto amigo. —Jason baja la cabeza y cuando la vuelve a levantar para mirar al agente, jamás he visto tanta rabia en alguien como ahora—. Papá fue asesinado. Matado. Y

todo mientras tú mirabas sin hacer nada. Seguramente aplaudiste lo que pasó. Lo hicisteis todos. —Esta vez Jason da un paso al frente y le clava el dedo en el abdomen al policía.

Ben da un paso atrás de inmediato. —Ya está bien, Jason. No vuelvas a tocarme así. Yo también recuerdo esa noche. Recuerdo cómo os ayudé. A ti, a tu hermana y a tu madre.

Jason se ríe. —Yo no tengo tan buena memoria, Anderson. Me cuesta pensar en cualquier otra cosa que no sea lo que dejaste que le hicieran a mi padre. —Vuelve a la cocina y coge su chaqueta, poniéndosela mientras pasa rozando al agente—. Apártate, madero.

—¡Jason! —grita la tía Sandra con su tono más maternal.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Al bar —dice mientras se dirige a su coche.

El agente Anderson lo observa mientras sale marcha atrás del camino de entrada y se aleja por la calle. —¿Va a estar bien? —pregunta.

Buena pregunta.

Capítulo 19

Antes tardaron meses en levantar definitivamente el toque de queda. Cuando no desapareció ningún niño más y la angustia de los padres comenzó a remitir, los habitantes de Kadestill exigieron recuperar una vida normal. La RCMP no quería levantar el toque de queda; al menos eso fue lo que papá dijo que Ben Anderson le había contado. Fue un grupo de padres indignados que querían que sus hijos volvieran a tener una vida normal quienes presionaron al alcalde del pueblo para que hiciera algo.

Yo ni siquiera sabía que Kadestill tenía alcalde hasta el día en que el toque de queda se levantó oficialmente.

Es raro, sin embargo. Nada ha cambiado. Los dos niños que se llevaron siguen desaparecidos. Sus padres siguen de duelo. Pero otros querían seguir adelante. Papá me dijo que los padres, incluido él, no querían que el pueblo viviera con miedo. ¿Cuánto tiempo podía todo el mundo quedarse encerrado en casa en cuanto oscurecía un poco?

En cuanto se levantó, Jason y yo salíamos mucho más tiempo de lo habitual. Dennis le dijo a Connie que tenía que gestionar su propia ansiedad respecto a dejarnos entrar en el bosque. —¿No es precisamente por eso por lo que vivimos en un pueblo como Kadestill? —le decía a mamá. Cada vez que Connie expresaba sus preocupaciones, Dennis le recordaba que se habían quedado en un pueblo pequeño como ese para estar en contacto con la naturaleza. Para disfrutar de la vida en un lugar así.

Eso no impide que Connie se ponga nerviosa cuando le pregunta a Jason adónde vamos después de cenar hoy.

Él pone los ojos en blanco, casi esperando tener que discutir con ella otra vez. —Solo vamos a quedar con Tanner y Ethan, mamá.

Papá se acerca a Connie y le pone una mano en el hombro mientras mira a su hijo y me echa un vistazo a mí. —Suenas divertido —dice—. Volved antes de las ocho.

—¡Las ocho! —exclama Connie—. Ya sabes que van a irse al bosque otra vez, Dennis. Ya sabes lo oscuro que puede ponerse ese bosque.

Él se ríe. —Estos chicos conocen el bosque mejor de lo que nosotros lo conocíamos a su edad. —Nos mira—. Será mejor que os vayáis antes de que yo no pueda pararla. —Se ríe, y Connie le da un manotazo en el pecho en broma.

—Las ocho es muy tarde —dice ella.

Él suspira y nos mira de nuevo. —Las siete y media —dice con firmeza—. Ni un minuto más. Venga, id a pasarlo bien, chicos.

Mientras mamá y papá cuchichean entre ellos, Jason tira de mi jersey. —Vamos.

Salimos a toda prisa de casa y bajamos por la calle. Una parte de mí está esperando que mamá venga corriendo calle abajo, gritándonos frenéticamente que paremos y volvamos a casa.

Aunque el toque de queda ha terminado, el miedo persiste en muchos vecinos del pueblo. Yo me siento normal, sin embargo. El bosque no da tanto miedo cuando pasas en él casi todos los días. Jason, Tanner, Ethan y yo tenemos nuestro club especial.

Cruzamos el campo de la escuela y nos dirigimos hacia la abertura en la valla trasera que da al bosque. Recuerdo cuando llegué por primera vez a Kadestill y Ethan me enseñó el camino al club. Parecía una serie de giros aleatorios, pero ahora podría orientarme por el bosque mejor que Jason para llegar hasta allí.

—¡Tenéis que derribarlo! —dice una voz severa delante de nosotros.

—¿Quién es ese? —pregunto.

Jason agacha la cabeza de inmediato y yo hago lo mismo. Nos escabullimos rodeando un árbol hasta que podemos ver el club más adelante. Ethan y Tanner están en la entrada, pero no están solos. El agente Anderson está cerca de ellos, anotando algo en su libreta.

—No es la primera vez que os lo digo, chicos —dice.

—Habla con mi padre —dice Ethan—. Él lo construyó para mí.

Él asiente y resopla. —Ya he hablado con él, muchas veces. No se puede construir una cabaña en el bosque sin más.

—Es nuestro club —dice Ethan, intentando convencerle—. Vamos, agente. Cuando usted era niño, le habría encantado tener algo así.

Él sonríe. —Claro que sí. Alguien llamó a la comisaría y se quejó. Solo estoy haciendo mi trabajo, chicos. No matéis al mensajero.

—¿Quién nos ha chivado? —pregunta Tanner con tono brusco.

—Eso no viene al caso, chaval —dice el agente Anderson, señalándole con un lápiz—. Tienen razón. No se puede construir una estructura así en el bosque sin más. Cuando seáis mayores, os enteraréis de todo lo que hay que saber sobre permisos y estatutos y leyes.

—¡Venga ya, tío! —grita Tanner.

Él suelta un bufido. —Hablaré con tu padre otra vez, Ethan. No es precisamente una persona fácil de tratar, como bien sabes.

Ethan se ríe. —Supongo que la primera vez le mandó a la mierda.

—Un hombre muy elocuente, tu padre —bromea. Anota algo más en su libreta antes de cerrarla y guardársela en el bolsillo—. No os quedéis aquí hasta muy tarde, chicos. —Con esas palabras de despedida, el agente se marcha en dirección a nosotros. Jason y yo hacemos todo lo posible por ocultarnos mientras el agente Anderson pasa junto a los arbustos.

Cuando ya no se le ve, Jason y yo nos dirigimos al club. Tanner nos saluda con la mano mientras Ethan me sonríe.

—¿He oído bien a ese poli? —dice Jason—. ¿En serio vamos a tener que derribar el club?

Ethan suelta un suspiro. —Tío, quién sabe. Si habla con mi padre, no va a salir bien. Le dirá que se vaya a la mierda y que nos deje en paz, como siempre.

—Tu padre tiene unos huevos muy grandes, tío —bromea Tanner—. Mi padre se cagaría de miedo si apareciera un poli.

—Tu padre casi no sale de casa —se ríe Ethan—. Mi padre dice que es un ermitaño.

—¿Un qué? —dice Tanner, confundido.

—Un fracasado como tú —vuelve a reírse Ethan.

Tanner le agarra la cabeza con una mano e intenta cogerle el bajo de la camiseta para tirársela por encima. Lo he visto muchas veces. Los tres se

pelean en broma entre ellos cada vez. Conmigo no. Ninguno me toca porque soy una chica, dicen. Es raro, me dijo Tanner una vez.

—Para ya, idiota —bromea Ethan, empujándole. Sacude la cabeza—. Yo no me preocuparía por el club. Mi padre nunca lo va a derribar. Y tampoco veo al poli haciéndolo.

Nos quedamos un rato más en el club, pero a medida que se hace más tarde, veo que Jason se pone más nervioso.

—Papá dice que tenemos que volver antes de las siete y media —dice, sacudiendo la cabeza—. Tío, antes del toque de queda nos quedábamos aquí hasta las nueve pasadas a veces. A mamá y a papá nunca les importaba.

Tanner asiente. —Están muy preocupados por nosotros, pero podríamos apañárnoslas si hiciera falta. No somos críos como los otros que... —No termina la frase—. O sea, si algún secuestrador se me acerca... —Lanza una patada enorme al aire—. Directo a los huevos. Fin de la partida. La policía detiene al malo. Va a la cárcel. Fin de la partida.

—¡No, no! —grita Ethan—. Esa es la manera más segura de que te maten a ti. No puedes darle una patada en los huevos a un adulto sin más. Esperan que la gente más débil vaya a por ellos.

Tanner intenta darle una patada a Ethan en broma y él se aparta de un salto. —¿Ves? Estás telegrafando el ataque.

—¿Qué? —dice Tanner.

Jason le responde por él. —Significa que el malo puede ver venir tu estúpida patada a kilómetros.

Tanner sacude la cabeza. —Entonces, si el malo va a por ti, ¿qué haces?

Ethan me mira. —Tú haz de secuestrador.

Me río sin saber muy bien qué hacer. Levanto las manos para parecer más alta. —Eh, dadme a vuestros niños —digo con la voz más grave que puedo. Tanner se ríe y Jason sacude la cabeza.

—¡No! —dice Ethan con su propia voz de tonto. Levanta la pierna y, tal como dijo, yo anticipo la patada y le cojo el pie. De repente, hace un golpe de kárate hacia mi cabeza y se detiene a unos centímetros de mi cuello. — ¡Boom! Golpe en la garganta —grita—. El malo cae. Apenas puede respirar. Un ataque que no vio venir.

Jason se ríe. —Eso es una tontería.

—Pues yo no lo vi venir —digo—. Golpe en la garganta —bromeo, lanzando mi propia mano hacia Ethan. Él no se inmuta mientras me acerco a él. Se queda quieto y me sonrío mientras mi cuerpo se aproxima al suyo.

—Déjame probar —dice Tanner, empujando a Jason para llamar su atención—. Hazlo conmigo.

—El truco —dice Ethan mirándome— es no cargar el puño. Solo dejas que el brazo salga disparado desde el costado. —Acerca su mano hacia mí, pero como estamos tan cerca el uno del otro, apenas queda espacio entre nosotros.

—¡Toma esa! —dice Jason, lanzando un puño al aire hacia Tanner.

Tanner se aparta fácilmente. —Se supone que no tienes que anunciarlo, memo.

Mientras los dos siguen practicando sus golpes de kárate, no puedo dejar de mirar a Ethan. Sus ojos castaño claro se fijan en los míos. Sigue mirándome fijamente, y me doy cuenta de que tiene el mismo pensamiento que yo.

Da un paso más y me besa rápidamente en los labios. Retrocede como si él mismo estuviera en shock por lo que ha hecho. Le sonrío, incapaz de disimular cuánto me ha gustado. Siento que mi cerebro se cortocircuita y que el corazón me da un vuelco. Me imagino que me derrito bajo su mirada ahora que me está mirando. Lo único que quiero es que dé otro paso hacia mí y vuelva a besarme.

—¡Tío! —grita Jason—. ¿Qué demonios?

Capítulo 20

Presente

¿Cuántas horas de noticias puede ver una persona al día? La respuesta es una cantidad vergonzosa. Durante todo el día, el televisor permanece encendido. Las imágenes de Sophia Hughes aparecen constantemente en la pantalla. Ahora, con la noticia de última hora sobre el toque de queda, los grandes medios de comunicación se hacen eco de la historia. Todo el país, e incluso el mundo entero, conoce las Desapariciones del Lazo Rojo, pasadas y presentes.

De vez en cuando apago el televisor, solo para que la tía Sandra lo vuelva a encender y ver qué está pasando. Cuando ella, harta de las noticias, lo apaga por su cuenta, el tío George viene y lo vuelve a encender.

Se sienta en el sofá, se quita la gorra plana gris y la deja en la mesita de noche que tiene al lado. —¿Dónde está Jason? —pregunta.

La tía Sandra y yo nos miramos. —Ben Anderson ha venido a ver cómo estábamos —responde ella—. Ese encuentro no salió muy bien.

—Está en un bar —digo yo.

—¿En cuál? —pregunta George. Ni Sandra ni yo lo sabemos, pero ¿cuántos bares puede haber en un pueblo tan pequeño? Cuando pregunto, me sorprende bastante que haya tres cerca. ¿Tres bares para dar servicio a los trescientos habitantes de Kadestill?

—A lo mejor debería ir a buscarlo —dice George, levantándose del sofá—. No creo que sea buena idea que esté bebiendo ahora mismo. —Mira a Sandra—. Ya sabes cómo se pone.

Sandra asiente. —No dejes que sea demasiado obvio por qué estás allí. Solo conseguirás enfadarlo más.

George toma aire profundamente. —Creo que yo también necesito unas cervezas.

Sandra resopla. —Pues llama a un taxi si lo necesitas.

—¡Dennis! —llama Connie desde su habitación.

—Dios mío —dice George con tono abatido—. Qué tiempos tan duros.

Antes de que llegara George, pasé un rato con Connie mientras Sandra ayudaba a ordenar la casa. —Voy yo —dice Sandra, caminando a paso rápido por el pasillo hacia la habitación.

George me lanza una mirada y compartimos un momento de silencio. Casi puedo leerle el pensamiento. Tiempos duros, desde luego.

—Empezaré por los bares del pueblo —dice George, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta—. También podría haber ido a alguno de los pueblos de alrededor.

—Espera —le digo, al fijarme en que su gorra ha quedado sobre la mesita de noche. Se la tiendo, y él se la encasqueta con fuerza en la cabeza.

—Gracias.

—Yo también necesito una cerveza —digo, sacudiendo la cabeza.

—¿Quieres venir? Seguro que a Jason no le importa la compañía... si es que lo encontramos.

—No, tranquilo —digo—. Para otra vez.

George asiente con la cabeza mientras sale de la casa.

Entro en la habitación de Connie. Sandra está sentada en la silla junto a su cama mientras las dos mantienen una conversación.

—Ali —me dice Connie—. Ay, hace tanto que no te veo. Ven, dame un abrazo. —Extiende los brazos hacia mí.

Le sonrío a Sandra, y ella se ríe. —Está muy lúcida ahora mismo —dice—. Me ha saludado por mi nombre. —Su sonrisa lo dice todo. Es casi como si la mujer que conocí hubiera vuelto.

De inmediato la rodeo con los brazos y ella me aprieta con toda la fuerza que puede, que es asombrosamente poca.

—¿Qué tal Toronto? —pregunta Connie, soltándome—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo con nosotros?

Durante unos minutos charlamos. Le cuento las novedades de mi vida. Incluso recuerda que soy trabajadora social. Cuando miro a Sandra, una lágrima le corre por la mejilla mientras nos observa hablar.

No tarda mucho en cambiar.

—¿Dónde está Dennis? —pregunta Connie de repente—. ¿Está en su despacho de abajo?

Sandra y yo nos miramos. Ella agacha la cabeza, vencida. Yo tomo aire profundamente.

—No está aquí —respondo en voz suave.

Connie suelta una carcajada. —Baja al sótano, Ali. Llama a la puerta de su despacho.

Miro a Sandra. —Necesito un descanso. —Sandra asiente y yo me vuelvo hacia Connie—. Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

Ella sonríe de oreja a oreja y asiente.

He pasado días con ella y ni una sola vez fue capaz de reconocerm , y cuando lo hace, no sabe bien en qué momento ni dónde está. Sigue creyendo que Dennis est  vivo.

Salgo a dar otro paseo. Esta vez sin ningún destino en mente. Solo necesito despejarme. Quizá otra visita a la cafetería del pueblo viene al caso.

Al acercarme a la calle principal, distingo un grupo de personas con chalecos amarillos más adelante. Una de ellas tiene un mapa en la mano, sealando a la gente y dándoles instrucciones que no alcanzo a escuchar. Otra mujer con chaleco amarillo est  en la esquina de la calle, pegando un cartel en el poste de la farola.

Desde lejos, puedo distinguir las letras en negrita. SOPHIA HUGHES. DESAPARECIDA. Debajo aparece la misma imagen de la niña pequeña que ha inundado todas las noticias.

Veo que el grupo empieza a caminar calle abajo. Parte de mí quiere unirse a ellos. Me pregunto si se dirigirán hacia la zona boscosa que hay cerca. Me pregunto a cuántos de ellos conozco. La mayoría de la gente no se va del pueblo. Una vez que te instalas aquí, te quedas atrapado. Incluso después de lo que pasó con Dennis, Jason y Connie no pudieron marcharse. Me sorprendió de verdad enterarme de que el padre de Ethan se había ido del pueblo.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Al mirar la pantalla, es un número desconocido que no tengo guardado. Lo cojo rápidamente. — Diga? —Hay una pausa al otro lado y nadie responde, solo una respiración pesada. — Diga? —repito, algo irritada. Miro el número en la pantalla antes de escuchar su voz.

—Hola, Ali —dice.

Tomo aire profundamente. —Te bloqueé el número por algo. ¿Y ahora llamas desde otro? ¿No captaste la indirecta? ¡Déjame en paz!

—Sé que estás enfadada —dice—. Pero he visto las noticias. Sé que es duro volver a Kadestill, y encima con todo lo que está pasando. Debería estar contigo.

—No quiero que estés conmigo —digo—. No quiero saber nada de ti.

Suelta un suspiro de frustración. —No puedes ignorarme sin más, Ali. Lo nuestro es especial. Lo sabes. Podemos superar esto.

—Supéralo con tu nueva novia —le digo mientras cuelgo. Bloqueo rápidamente el nuevo número desde el que ha llamado y meto el móvil de malas formas en el bolsillo trasero de los vaqueros. Frustrada por cómo cree que puede seguir molestándome, observo al grupo de personas al final de la calle encaminándose hacia el bosque.

Hay que encontrar a esa niña pequeña. No puedo irme de Kadestill hasta que aparezca. No puedo irme hasta que mi propia conciencia me perdone. No puedo huir de este pueblo como hice antes. Hay que hacer algo, antes de que se lleven a otro niño.

Capítulo 21

A^{ntes} Pasan tres años. En un pueblo pequeño, pensé que el tiempo transcurriría despacio, pero no cuando estoy con Ethan. Todo parece mágico con él. Puedo estar con él durante horas y me parece que son segundos.

Cuando llegué por primera vez a KadeStill, me ponía nerviosa la idea de formar parte de una nueva familia. Un pueblo nuevo. Un colegio nuevo. Con las Desapariciones del Lazo Rojo, pasé una temporada con miedo de verdad. La mayoría de los niños también lo tenían, incluso los que fingían ser duros.

Nunca pensé que fuera a encontrar mucha felicidad en la vida antes de que me adoptaran. Una parte de mí sentía que no me la merecía. Que no merecía formar parte de mi nueva familia. Que no merecía llevar una vida tan despreocupada.

No puedo evitar pensar en lo feliz que soy, en lo feliz que he sido, mientras Ethan sigue besándome. Está empezando a oscurecer. Hace mucho tiempo que no hay toque de queda, pero les dije a mis padres que volvería antes de que anoheciera. En el club no hay iluminación, claro está, pero Ethan ha traído unas cuantas linternas.

Mientras me acaricia la cara, noto que mete la lengua en mi boca. Casi la escupo de la risa.

—¿Qué es eso?

Él se ríe y se aparta el pelo rizado hacia un lado. Se ha dejado el pelo más largo y, aunque a mí me gusta más corto en él, me encanta notar sus rizos

entre los dedos.

—Se llama beso francés. No sé —dice—. Lo había oído y pensé que sería divertido probarlo.

Le sonrío y le doy un beso rápido en los labios.

—Bueno, supongo que no está mal. La próxima vez avísame antes.

Cuando sus labios se acercan a los míos, me fijo en la hora en su reloj.

—Ah —digo resignada—. Tengo que volver a casa. Tiempo en familia.

—Mi tono es burlón.

Por mucho que me burle de ello, hubo un tiempo en que me parecía raro pasar tiempo con la familia.

—Te acompaño —dice él.

—Pero no demasiado cerca de mi casa —digo. Le recuerdo lo poco que faltó para que nos pillaran la última vez.

Por mucho que me encante pasar tiempo con mi familia, ojalá pudiera quedarme aquí más tiempo con Ethan. Sé que mañana por la noche volveremos, y la noche siguiente, pero cada momento con él es especial.

Ya no hacemos gran cosa juntos en el club. Tanner viene de vez en cuando. Jason tampoco se pasa casi nunca ya. Se saltó otro curso y pronto se va a graduar en el instituto. Él ya tiene el futuro universitario planeado, mientras que a mí eso me trae sin cuidado.

Jason no se imagina quedándose en Kadestill. Lo único que quiero yo es que el tiempo se congele para poder estar con Ethan para siempre. Ese sería mi paraíso.

Ethan me besa de nuevo antes de que nos levantemos del banco que él y su padre hicieron hace años cuando construyeron el club juntos.

Sería feliz si nunca tuviese que irme de este pueblo. Si pudiera quedarme en este momento para siempre, sería feliz.

Jason ya no es realmente amigo de Ethan ni de Tanner. A veces me pregunto si es por mi culpa. Quizás sea porque está empezando a hacer nuevos amigos en segundo de bachillerato. Cuando le pregunté a Ethan qué pensaba, me dijo que Jason siempre había sido de los que van a su aire. Que él también echaba de menos pasar el rato con él y que quizás en algún momento volvieran a hacerlo.

Como Tanner apenas viene ya al club, es casi como si Ethan y yo tuviéramos nuestra propia casa en mitad del bosque.

Incluso conseguí que Ethan accediera a quitar el póster de Pamela Anderson.

Después del colegio, pasamos horas aquí. A veces nos tumbamos a contemplar el cielo nocturno y a buscar constelaciones. Yo señalo distintas constelaciones. Ethan se inventa las suyas, como una agrupación de estrellas que, según él, tenía forma de pene.

Aunque Ethan es de una belleza impresionante, también tiene sus momentos de torpeza. Intento centrarme en lo positivo.

Lo compensó trayendo hoy unas cervezas al club. Cogió unas cuantas botellas calientes de la reserva de su padre. No es la primera vez que se sale con la suya.

Volvemos cogidos de la mano por el bosque, abriéndonos paso hasta el patio del colegio. Como siempre que estoy con Ethan, el tiempo se acaba antes de lo que esperaba. En un abrir y cerrar de ojos, estamos a unas pocas manzanas de mi casa.

Ethan me aprieta la mano y me besa de nuevo antes de soltarme.

—¿Nos vemos mañana en nuestro sitio? —dice. No es exactamente una pregunta. Quedar con él en el borde del campo junto al bosque es una actividad tan cotidiana como lavarme los dientes o respirar.

Le doy un beso rápido antes de que se vaya.

—Por supuesto.

Él sonríe.

—Buenas noches. —Me observa mientras camino hacia el callejón sin salida. Le hago un gesto rápido con la mano al doblar por mi calle. Llego a casa con la cabeza en las nubes.

—¿Dónde estabas? —dice papá con tono severo—. Sabes que es tiempo en familia. —Me mira con el ceño fruncido, pero enseguida su expresión se suaviza—. Y hoy te toca a ti elegir la película.

Suelto una carcajada.

—Perdón por llegar tarde. —Jason se nos acerca—. Estaba con Stacey —miento. Stacey es una amiga íntima que hice hace poco. Si no estoy con ella, estoy con Ethan.

Jason me dedica una sonrisilla socarrona, descifra mi mentira y niega con la cabeza.

—¿Y qué vemos esta noche? —pregunta.

Me llega el olor a palomitas. Veo a mamá en la cocina preparando aperitivos para la película.

Dennis me mira fijamente. Su mirada me inquieta cuando no dice nada.

—Voy a ayudar a mamá con los aperitivos —digo. Al salir, me vuelvo para mirar y Dennis sigue con los ojos clavados en mi dirección.

Capítulo 22

Presente

La tía Sandra me trae otro té mientras estamos sentadas juntas en el salón. El presentador sigue hablando del nuevo toque de queda en vigor. Después de aguantar todo lo que puedo con las noticias repetidas, por fin apago la televisión y miro el móvil.

Jason no ha respondido a mis mensajes preguntándole si está bien.

—¿Te ha escrito el tío George? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza mientras sopla el vapor de su taza. —Nunca escribe mensajes. Seguro que están bien. Probablemente se encontraron en el bar y están desahogándose. Es que hay mucho que procesar aquí.

Asiento en señal de acuerdo. —¿Qué posibilidades hay de que Jason o George cojan un taxi de vuelta? —Sandra frunce los labios ante la idea.

Tras unos momentos en silencio, se levanta. —Quizá sería mejor que saliera a buscarlos. Me has puesto nerviosa.

Niego con la cabeza. —Busquemos los bares en Google y llamemos. Seguro que así los encontramos mucho más rápido.

Sandra sonrío. —En esas cosas no caigo yo. —Saca el móvil y empieza a buscar. Llama a uno de los bares y espera a que alguien conteste. —Sí, hola. Quería saber si está ahí mi marido, George Kempmen. —Espera un momento. —¿No? Bueno, gracias. —Me mira. —Pues en ese no está.

Me sorprende que quien ha cogido el teléfono conozca a George por su nombre.

Intento llamar a Jason de nuevo, preocupada de que se haya metido en algún lío. El alcohol combinado con el estado de ánimo en que lleva estos días probablemente no sea la mejor mezcla. Por un momento, pienso en llamar a la policía para casos no urgentes para ver si han retenido a Jason. No sé por qué me ha invadido esta sensación de angustia, pero algo parece ir mal.

Al fin y al cabo, en las últimas veinticuatro horas, todos en esta familia, yo incluida, hemos pasado por mucho. Es probable que sea natural sentirse alerta y preocupada.

Miro la estantería cercana y me fijo en la carpeta de recortes de prensa de Jason. La cojo y sigo leyendo donde lo dejé. «¿Cuándo aparecerán los niños?», dice uno. Otro es un artículo de una página web de true crime. «¿No pueden las autoridades encontrar al responsable de Las Desapariciones del Lazo Rojo porque el asesino es un policía?». Dejo la carpeta mientras mi mente echa a correr.

Respiro hondo y miro a Sandra. —¿Crees que está en la casa antigua? —pregunto. Un coche pasa por fuera, sus brillantes faros iluminan la habitación un momento mientras se detiene y hace una maniobra de tres puntos para irse en dirección contraria. Me tapo la cara un instante hasta que se va.

—¿Te refieres a la del callejón sin salida? —pregunta Sandra. —¿Crees que Jason y George están allí? ¿Por qué?

Me encojo de hombros. —No sé. Es que no me ha gustado cómo se fue Jason. Han pasado unas horas y no ha respondido. Solo estoy preocupada.

—Yo también —dice Sandra.

—¿Te importaría pasar por la casa antigua antes de ir a los bares a buscarlos?

—Supongo —dice. Se dirige a su bolso en la cocina y empieza a rebuscar dentro.

Vuelvo a colocar la carpeta en la estantería. Al darme la vuelta, algo fuera llama mi atención y me para en seco. Un hombre está de pie frente a la ventana, mirando hacia dentro. Al percatarse de que lo he visto, sus ojos se abren de par en par. Saco el móvil y corro hacia la puerta.

—¡Llama a la policía! —le grito a Sandra.

—¿Qué pasa? —dice ella frenéticamente.

—Hay alguien fuera de la casa —digo, agarrando la puerta principal y abriéndola.

—¡Pues no abras la puerta! —chilla Sandra.

Me asomo fuera y veo la silueta de un hombre corriendo calle abajo. —
¡Eh, tú! —grito. —¿Qué estabas haciendo?

El hombre se detiene y me mira. Con la tenue luz de las farolas, no consigo distinguir mucho salvo el pelo anaranjado del hombre. De repente caigo en quién es.

—¡Tanner! —grito. —¿Qué demonios estás haciendo? —El hombre deja de correr y agacha la cabeza. Suelto una carcajada, sabiendo que tenía razón. —Tanner Eldens —grito—, vuelve aquí ahora mismo y explícate.

Se gira hacia mí, derrotado, y camina lentamente hacia la casa. Sandra se une a mí en el porche, haciéndome saber que tiene a la policía al teléfono, y me pregunta qué decirles.

—Bueno, Tanner —digo—, ¿qué les decimos a la policía?

—Ali —dice en voz baja—, no sabía que estabas aquí. Pensé que solo estaba Jason. No pretendía asustarte.

—¿Qué pretendías entonces? —pregunto. Me vuelvo hacia Sandra. —
Dile al 911 que estamos bien. Es un viejo amigo.

—¿Segura? —pregunta Sandra, confundida.

—Segura —digo—. ¿No te acuerdas de Tanner Eldens?

Sandra suelta un suspiro profundo. —Señor Eldens, casi nos da usted un susto de muerte. —Se lleva el teléfono de nuevo a la oreja y empieza a hablar con el operador mientras vuelve a entrar.

—Bueno, Tanner —repito—, ¿qué estabas haciendo?

—Solo estamos todos buscando a esa niña pequeña, Ali —dice—. Solo estoy poniendo de mi parte.

—¿Merodeando fuera de la casa de mi madre? —digo, confundida. Como no responde, me frustró. —Entiendes que con todo esto ocurriendo de nuevo, quizá mi padre nunca estuvo implicado, ¿verdad?

—Lo que tú digas —masculla mientras empieza a alejarse.

—¿Lo que yo diga? —le grito—. No. Es que no puedes asumir lo que le hiciste a mi padre. ¡Lo que hizo tu padre! —Al gritar, veo que se enciende una luz en el porche de un vecino. Me doy cuenta de que estoy empezando a armar una escena. —Ninguno de vosotros es capaz de asumir la responsabilidad de lo que habéis hecho.

Capítulo 23

Antes Jason empieza a tirar con fuerza de su caña de pescar, doblándola tanto que papá grita que se romperá si no afloja.

—He pillado un pez —dice Jason, emocionado.

—Son algas, hijo —dice Dennis, acercándose por detrás y cogiendo la caña. —Mira —dice, moviendo la caña en círculos sin que el sedal se mueva. —Si fuera un pez, se movería, no se quedaría quieto así. Toma. —Le devuelve la caña a Jason. —Intenta desengancharla de las algas. Requiere algo de maña, pero puedes sacarla sin perder el señuelo.

—De acuerdo —dice Jason, moviendo la caña en distintos ángulos, tratando de sacar el señuelo hacia arriba.

Dennis me mira mientras recojo el sedal despacio. —¿Alguna picada? —pregunta.

Esbozo una sonrisa leve y niego con la cabeza. —Ni una picada, papá.

Mira su reloj y vuelve a mirarnos. —Le daremos otra hora. Ni un solo pez hoy —dice, decepcionado ante la nevera vacía que hay junto a su silla.

—¡Mierda! —exclama Jason, dando un paso atrás. Recoge el sedal roto; el señuelo ha quedado atrapado en el fondo del lago.

Dennis se ríe. —No te preocupes. Coge otro señuelo de la caja. Prueba con una de las cucharillas.

Últimamente, Dennis ha vuelto a aficionarse a la pesca. Dice que no lo hacía mucho desde que era niño, pero que ya era hora de que aprendiéramos ahora que somos mayores. Es nuestro segundo fin de semana

acompañándole al embarcadero del lago. El fin de semana pasado, cada uno de nosotros pescó un pez, y el mío fue el más grande.

—¿Cuál es la cucharilla? —pregunta Jason.

Dennis lanza el sedal bien adentro del lago y se ríe. —La que tiene la paleta que puedes hacer girar con el dedo, ¿recuerdas?

—Ya la cojo yo —le digo. El equipo de pesca está cerca de mí de todas formas. Por mucho que a Dennis le guste pensar que soy nueva en esto desde que me lo enseñó, no le digo que Ethan me llevó a pescar muchas veces el verano pasado. Jason estaba invitado a venir con nosotros, pero se negó.

Es difícil no darse cuenta de que, desde que Ethan y yo nos volvimos más serios, Jason se ha distanciado de sus amigos. Ya ni siquiera le llama Ethan cuando habla de él. Se ha convertido en «mi novio». O peor aún, me pregunta simplemente cómo le va a «ese tío» como si hubiera olvidado su nombre.

Abro la caja de pesca pero no encuentro ninguna cucharilla. Rebusco más por la caja y se me abren los ojos como platos cuando veo lo que hay dentro. Un carrete de lazo rojo con varios señuelos encima. Se me abre la boca de incredulidad, preguntándome qué pinta un lazo en su caja de pesca.

Dennis me mira con los ojos más abiertos que los míos. —¿Has encontrado las cucharillas? —pregunta.

—¿Para qué es esto? —pregunto, levantando el lazo en la mano.

Jason lo mira con extrañeza y le echa un vistazo a su padre mientras esperamos su respuesta.

Dennis sonríe. —Esa caja me la dio mi padre cuando era niño —dice. —Tenía más o menos vuestra edad cuando me la regaló. Es prácticamente lo único bueno que me dio. —Niega con la cabeza y hace girar el carrete, recogiendo el sedal. Cuando lo saca del agua, apoya la caña en una barandilla cerca del embarcadero. Se acerca a mí con la sonrisa plantada en la cara y coge el lazo. —Mi padre viajaba mucho por trabajo. Bueno, muchísimo, la verdad. Pasó una temporada en Asia, y me contó que cuando pescaba allí, los hombres cortaban un trozo de lazo rojo y lo ataban a la caña para tener buena suerte.

—¿Funcionó? —pregunta Jason. —¿Pescaste muchos peces?

Dennis arquea las cejas. —¿Y si lo intentamos? —Saca el lazo y unas tijeras oxidadas del interior de su caja de pesca y corta tres trozos de lazo.

Se toma su tiempo para atar un trozo a cada una de nuestras cañas antes de que volvamos a pescar.

Todos lanzamos los sedales de nuevo. Después de diez minutos sin que pase nada, es Jason quien señala lo obvio.

—Parece que no trae mucha suerte —dice. —Una pena. Si el lazo rojo fuera un amuleto de la suerte, lo ataría a mi taquilla del colegio.

Lo miro con extrañeza. —No necesitas suerte en el colegio. Ya sacas buenas notas.

Se ríe. —Es verdad, pero necesito suerte con Jessica Mercer. —Hace un chasquido con la lengua y arquea las cejas mirándome.

—Uf —digo, sin poder disimular mi desdén por esa chica. —Es tan falsa.

Papá niega con la cabeza. —Sois demasiado jóvenes para eso —dice. —Con lo listo que eres, tienes que seguir centrándote en las notas, Jason. Podrás entrar en la universidad dos años antes que los demás de tu edad. No puedes echarlo a perder. —Lanza el sedal de nuevo al agua. —Las relaciones lo complican todo a vuestra edad. Centraos en el colegio. Tendréis muchos años por delante para correr detrás de las chicas. —Me mira de reojo. —Eso va por ti también, Ali.

Jason me mira con una sonrisa de oreja a oreja y yo intento no hacerle caso.

Por lo menos mi novio es una buena persona. ¿Jessica Mercer? En serio, Jason. Esa chica está muy por encima de su liga en cuanto al físico. Es del equipo de animadoras. Aparte de su aspecto, no hay mucho más en ella. Es el tipo de chica que practica su sonrisa para todas las fotos en las que sale. Cuando miramos el anuario del año pasado, había varias fotos de Jessica y en absolutamente todas lucía exactamente la misma sonrisa y la misma expresión.

Habría pensado que Jason se sentiría atraído por alguien tan inteligente como él o más auténtica.

—¡Oh! —grita Jason, moviendo la caña. —He pillado algo. ¡No son algas!

Dennis deja su caña en el suelo y se acerca a Jason. —Recógelo.

Mientras lo intenta, la caña se dobla hasta que de repente se endereza. —¡Mierda! —vuelve a gritar Jason. —Creo que se ha escapado.

—Pasa, hijo —dice Dennis.

De repente, noto que mi sedal tira. Empiezo a girar el carrete y la caña se dobla. —He pillado uno —digo. Dennis se acerca a mí, pero le digo que ya

puedo sola. —Coge la red —le digo, y él me sonríe antes de ir a buscarla. Mientras recojo el pez, su cabeza asoma del agua dando coletazos frenéticos.

Una perca americana de boca pequeña. Vi a Ethan pescar una el verano pasado. Sonrío cuando se acerca a mí.

Dennis la recoge con la red y saca el señuelo. —Muy bien hecho —me dice.

—Era mi pez primero —señala Jason.

Dennis pone una cara rara. —Lástima que no podamos qued rnosla. Perca americana de boca pequeña. Si no la devolvemos, podría caernos una buena multa.

No puedo evitar torcer el gesto. Cuando Ethan pescó la suya, la fre mos en una pequeña hoguera en el bosque cerca del club.

—Nadie va a venir a multarnos —dice Jason.

—No es eso lo que importa, hijo —dice Dennis, mostrándome el pez. — Buena captura, Ali, pero hay que devolverla. —Se agacha para meter el pez de nuevo en el agua. Lo observo mientras nada hacia el fondo y desaparece de la vista un momento después.

Capítulo 24

A^{ntes} Ethan me da un beso cuando salimos por las puertas del colegio. Me rodea con el brazo mientras Tanner se acerca a nosotros.

—¿Qué vais a hacer esta noche? —pregunta.

—El club —dice Ethan—. ¿Te apuntas?

—Claro, tío —dice Tanner—. ¿Vas a coger más cervezas?

Ethan pone mala cara. —Si puedo sin que el viejo me pille. No sé cuánto más puedo sacar de su reserva sin que se dé cuenta.

Tanner se ríe. —Puedo coger algo del vino de mi padre. Tiene un botellero entero en el sótano.

Ethan se ríe. —Tu padre es demasiado fino para nosotros.

—A mí no me importaría nada de vino —digo. La verdad es que la cerveza tampoco es que me entusiasme. Solo he probado el vino una vez, cuando Dennis me ofreció un sorbo. Connie le cayó encima enseguida por eso.

Ethan suspira. —Coge una botella. —Jason pasa por nuestro lado—. A lo mejor tu hermano puede traer las galletas y el queso —bromea Ethan. Jason no responde. —Eh, tío —le llama—. ¿Quieres venir al club esta noche?

—No sé —dice.

—¿Qué tienes que hacer si no? —pregunta Ethan.

—Cosas —dice Jason, sin mirar atrás.

—Para —le susurro a Ethan—. Déjale que haga lo suyo.

Ethan asiente.

Tanner, Ethan y yo caminamos juntos mientras Jason va delante. Todos nos dirigimos hacia nuestra casa, pero Jason se empeña en no caminar con nosotros. Ethan y Tanner viven a unas manzanas de nuestra calle, pero eso no impide que Jason haga el camino incómodo.

—He oído que hoy le ha pedido una cita a Jessica Mercer en el comedor —dice Tanner.

Ethan le mira con extrañeza. —¿Qué? ¿En serio?

No me sorprende del todo. Me había dicho que le gustaba.

—Ella lo rechazó, claro —dice Tanner. Sonríe—. Ya sé que es listo, pero ¿por qué tirarse a por una de las tías más buenas del colegio? Además, es mayor que él.

—Siempre he admirado eso de Jason —dice Ethan—. Le gusta ir de perdedor.

—Pero ¿qué le pasa? —continúa Tanner—. Desde que se saltó otro curso, se cree mejor que todos.

Ethan no responde, y yo tampoco. ¿Estará Jason resentido porque Ethan y yo hemos empezado a salir oficialmente? Llevamos juntos unos cuantos años, pero ahora le hemos puesto nombre. ¿Le habrá sentado mal a Jason?

Al acercarnos al callejón sin salida, Ethan se vuelve hacia mí. —¿Nos vemos esta noche? —pregunta Ethan.

—No puedo esperar —digo—. ¿Quedamos en el campo después de cenar?

—Por supuesto —dice con su sonrisa tan guapa. Me da un beso suave.

—¡Eh! —grita Tanner—. Esta noche no pienso hacer de sujetavelas otra vez —dice—. El club no es para sesiones de morreo mientras me aburro con vosotros.

—Bueno, las cosas cambian —dice Ethan, mirándome con una sonrisa—. Pero vale, tío. Hay que buscarte una chica a ti también.

Arqueo una ceja. —Mi amiga Stacey me ha dicho lo guapo que eres.

Los ojos de Tanner se iluminan. —¿En serio? —dice, sin poder disimular la sonrisa—. Llámala para que venga al club esta noche.

—Lo intentaré —digo.

Ethan me saluda con la mano mientras se va con Tanner hacia sus casas. Jason me lleva media manzana de ventaja.

—¡Espera! —le llamo. No lo hace, pero le alcanzo. Cuando llego a su altura, no puedo disimular mi frustración. —¿Qué te pasa? ¿Por qué no

quieres salir con nosotros esta noche? ¿Qué, tienes una cita con Jessica Mercer en vez de eso?

—Cállate —dice rápidamente—. Vete con tu *novio*.

—Tanner también viene.

—Me alegro por él —dice.

—¿Por qué ya no sois amigos? ¿Qué te han hecho?

—Nada —dice.

Antes de que podamos decir nada más, la puerta principal de nuestra casa se abre y papá sale con una cerveza en la mano. Deja la botella en el porche y baja las escaleras a toda prisa, lanzándose hacia nosotros. La expresión furiosa de su cara deja a Jason paralizado mientras yo intento entender qué está pasando.

—Ya os lo dije —dice, señalándonos. Jason y yo nos miramos el uno al otro, confundidos—. Dije que nada de salir con chicos. ¿Es que no me has oído, niña pequeña?

Cuando caigo en la cuenta de que me está señalando a mí, se me cae la boca al suelo y me quedo paralizada en el sitio.

—Está claro que no me estabas escuchando —dice—. Eres demasiado joven para esas cosas.

Mientras se acerca, me pregunto qué hará o dirá, pero nos pasa por delante y se apresura calle abajo, girando en la dirección de Ethan y Tanner.

—¡Papá! —grito, pero no le frena mientras dobla la esquina y desaparece de mi vista. Miro a Jason, confundida—. ¿Se lo has dicho tú?

Niega con la cabeza. —No es que lo escondáis mucho. Mamá os vio en el campo el otro día por la noche. Siempre estáis besándoos. Es un pueblo pequeño. Todo se sabe.

Aparto la mirada de él con disgusto. —¡Papá! —le llamo. Echo a correr calle abajo y, al doblar la esquina, veo que papá ha acorralado a Tanner y a Ethan.

—¡Aléjate de ella! —le grita a mi novio, clavándole un dedo grueso en el pecho—. Los dos sois demasiado jóvenes para salir juntos.

—No estamos haciendo nada malo, señor Kempmen —dice Ethan.

—Tonterías —le grita papá—. Su madre le olió el aliento a cerveza anoche. Los dos estáis yendo al bosque a beber. Ya sé que a tu padre eso le da igual, pero a mí no. ¡Aléjate de ella! —Le vuelve a clavar el dedo en el pecho a Ethan. Ethan aparta la vista, incapaz de sostener la furiosa mirada de mi padre.

—Bien —dice—. Lo que usted diga.

—Nada de *lo que usted diga* —grita Dennis—. ¡Aléjate, o ya verás!

Sin decir una palabra más, se da la vuelta y se marcha furioso, fulminándome con la mirada.

—Papá, por favor —digo—. No tienes por qué...

—Entra en casa, niña pequeña —dice con firmeza—. Ahora mismo.

Para alguien que se ha puesto así porque yo bebí una cerveza, al pasar a mi lado le noto el olor a alcohol. Miro a Ethan, que también parece sorprendido. Tanner me mira negando con la cabeza.

—¡Ya! —me grita Dennis cuando no le sigo—. ¡Haz lo que se te dice!

Capítulo 25

Presente

Aquella noche en que mataron a mi padre, me quedé en estado de shock. Triste. Asustada. Furiosa. Al igual que Jason, quería venganza. Eso fue hasta que dejé que las opiniones de los demás se impusieran a las mías.

La gente decía que mi padre era un asesino. Un asesino de niños. Un monstruo.

Así no lo recordaba yo. Nunca vieron los buenos momentos que vivimos juntos. Claro que perdía los nervios, como mucha gente. Sí, tenía sus manías que lo hacían único.

Pero no era un monstruo. Los monstruos son la gente de este pueblo —lo eran, lo son.

La tía Sandra recorre el salón de un lado a otro. —Es demasiado —dice—. Y ahora la gente viene a tu casa. Es igual que la última vez. —Me mira con los ojos desorbitados—. Deberíamos irnos de aquí. Coger a tu madre y marcharnos.

Suelto el aire que sin darme cuenta estaba conteniendo. La tensión va en aumento. —¿Tienes el número del agente Anderson? —pregunto—. Él nos ayudará.

Suelta una risotada nerviosa. —George sí lo tiene. Yo no. Y no sabemos dónde están ni él ni Jason. —Mira por la ventana, y yo vuelvo la cabeza rápidamente.

—¿Y si viene más gente? —pregunta—. Ay, tenemos que irnos. Vamos a mi casa.

Al darme cuenta de que tiene razón, estoy de acuerdo. Nos preparamos y recogemos lo que necesitamos para Connie antes de ir a su habitación.

—¿Adónde vamos? —pregunta mientras la ayudamos a sentarse en la silla de ruedas.

—Solo a pasar un rato a mi casa —dice Sandra—. Hace tiempo que no vienes. A George y a mí nos encantará tenerte.

La llevo en la silla hasta afuera, y la tía Sandra le abre la puerta del coche. Entre las dos conseguimos acomodar a Connie en el asiento delantero. Hay un problema, sin embargo. La silla de ruedas no cabe ni en el maletero ni en el asiento trasero. Este modelo no se pliega.

—Tu casa no está lejos —le digo a Sandra—. Yo la llevo andando.

Sandra asiente y se monta en el coche; me dice que me dé prisa en ir a su casa y me recuerda la dirección antes de salir marcha atrás por el camino de entrada. Una vez en la calle, no se va de inmediato.

—Tengo muy mala espina —dice—. No deberíamos quedarnos aquí esta noche.

—Todo va a ir bien —le digo, y ella asiente y sube la ventanilla. La observo mientras se aleja por la calle. El sol empieza a ponerse y, aunque la casa de la tía Sandra no está lejos en coche, a pie son al menos veinte minutos.

Miro las calles vacías. Ya se ha pasado el toque de queda. Lo que me faltaba, meterme en líos con la policía mientras intento encontrar un lugar más seguro donde Connie pueda pasar la noche.

La tía Sandra tiene razón. Después de lo que pasó con Dennis, no es seguro quedarse en casa de Connie. Ver a Tanner, ya tan mayor, escabulléndose por fuera de la casa lo dejó claro.

Este pueblo no ha terminado de culpar a mi familia por lo que ocurrió. Incluso ahora, con Dennis Kempmen muerto, la gente de aquí encontrará la forma de echarnos la culpa.

Intento llamar a Jason otra vez, pero salta directamente al buzón de voz. —Esta noche vamos a casa de la tía Sandra —digo, dejando un mensaje. Enseguida le mando un mensaje al tío George diciéndole que vamos de camino a su casa, olvidando, después de enviarlo, que la tía Sandra me comentó que él nunca contesta los mensajes. Aunque Sandra probablemente ya le habrá llamado o lo hará en breve.

Comienzo a empujar la silla de ruedas por la calle en dirección a casa de la tía Sandra. De camino, la mente me va a mil con todo lo que ha pasado.

Sophia Hughes desaparece y mi mundo entero se pone patas arriba.

Al pasar por la calle principal, veo otro grupo de personas con chalecos amarillos y linternas en la mano. Me fijo en un grupo que se dirige en sentido contrario por un sendero que se adentra en el bosque. Está oscureciendo, pero eso no frena a los grupos de voluntarios en su búsqueda.

Es la segunda noche que Sophia lleva desaparecida. Todo el mundo sabe que las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales en un caso de persona desaparecida. Que esa persona desaparecida sea una niña pequeña, y que pueda ser una nueva víctima de las Desapariciones del Lazo Rojo, hace que mucha gente de este pueblo, y de fuera de él, esté haciendo todo lo que puede, toque de queda o no.

Y yo intento por todos los medios mantener a salvo a mi familia. Giro por la calle. La silla de ruedas, tan aparatosa, hace ruido y se queda atascada en un bache enorme. Voy hacia atrás y hacia delante aprovechando el impulso hasta que por fin consigo sacar una rueda. No estoy prestando atención a por dónde voy. Tengo la cabeza demasiado ocupada.

Más adelante está mi antiguo colegio. La hierba del largo campo que hay detrás parece casi azul bajo la luz de la luna. Al fondo está la apertura hacia el bosque, cerca del viejo columpio. El columpio ya estaba oxidado y deteriorado cuando yo era pequeña. Me pregunto si seguirá ahí.

Me pregunto si el club seguirá en el bosque. Recuerdo que el agente Anderson exigió que lo demolieran. ¿Llegó a pasar? Yo sabía moverme por el bosque hasta el club, de noche y de día.

El pueblo de Kadestill está lleno de senderos. El bosque lo rodea casi por completo. Mucha gente se está concentrando en buscar en las zonas donde se llevaron a Sophia. ¿Ha mirado alguien en el bosque de por aquí?, me pregunto.

Sé que la tía Sandra necesita la silla de mamá. Con lo menuda que está mamá ahora, Sandra podría meterla en casa con relativa facilidad. ¿Y si aprovecho un momento para ayudar en la búsqueda? Iría sola, pero conozco bien esta zona. Un vistazo rápido no puede hacer daño.

Las farolas se encienden, recordándome lo oscuro que se está poniendo. Hay suficiente luz para que pueda adentrarme un poco en el bosque y volver sin problema. Sin pensármelo demasiado, aparco la silla de ruedas en el aparcamiento del colegio, en la plaza reservada para personas con movilidad reducida.

Atravieso el campo del colegio hacia la apertura del fondo de la valla. Mientras lo hago, pienso en visitar el club, aunque sea por nostalgia. Pero hace años que no voy por allí. Con lo rápido que está oscureciendo, sé que no es buena idea.

Cuando veo movimiento delante de mí, me doy cuenta de que estar sola aquí tampoco es buena idea. Me detengo en seco al reparar en algo que se balancea en el aire. Tardo un momento en darme cuenta de que es un pie. Supongo que ni siquiera los niños se están tomando el toque de queda muy en serio.

Al dar otro paso, veo una silueta mucho más grande en el columpio. Un adulto está en el viejo columpio, junto a la apertura de la valla.

Me quedo paralizada. No hay nadie más aquí excepto esa persona y yo. Quienquiera que sea, parece que aún no me ha visto, pues sigue columpiándose en el aire. Por suerte, llevo ropa oscura.

El hombre del columpio se detiene de repente y se levanta. No logro distinguirlo la cara, y entonces entiendo por qué. Lleva un pasamontañas negro. El hombre y yo nos miramos; entonces él empieza a moverse. Coge algo largo y negro que estaba apoyado contra el armazón del columpio.

Paralizada, lo único que puedo hacer es observar cómo el hombre del pasamontañas negro da un paso hacia mí, con el palo largo y grueso moviéndose en su mano.

Pero no es un palo. Lleva una escopeta.

Sin decir una palabra, da otro paso hacia mí.

De inmediato, reacciono. No grito ni chilló. En cambio, me doy la vuelta y echo a correr tan rápido como puedo en dirección contraria. Sin darme casi cuenta, paso volando por el aparcamiento del colegio, dejando la silla de ruedas atrás. No pienso realmente. Solo corro con un destino en mente.

El centro está a solo unas manzanas. Tengo la sensación de que, una vez allí, habrá demasiada gente para que el desconocido enmascarado me siga. Puedo llegar hasta el grupo de búsqueda que vi adentrarse en el bosque. Solo tengo que llegar.

Eso si todavía viene detrás de mí. Me imagino que si me vuelvo, veré al hombre del pasamontañas negro persiguiéndome, cada vez más cerca.

No puedo mirar atrás. Solo puedo mirar hacia delante mientras me apresuro hasta la calle principal. Cuando estoy a punto de cruzar una calle, una camioneta roja casi me atropella.

—¡Ali! —grita una voz conocida—. ¿Pero qué demonios estás haciendo?
—George está en el asiento del conductor de su camioneta, mirándome con cara de extrañeza.

Tiro de la puerta intentando abrirla, pero está cerrada con llave. —¡Abre la puerta! —grito. Parece que tarda una eternidad en hacerlo. Sintiéndome a salvo por fin, miro hacia atrás.

El desconocido no está. Recorro con la mirada las calles poco iluminadas, pero no hay nadie.

Cierro la puerta de golpe en cuanto estoy dentro. —¡Arranca! —le grito a George—. ¡Deprisa! —Saco el móvil del bolsillo y empiezo a marcar.

—¿Qué está pasando? —dice George, desconcertado—. ¿A quién llamas?
—A la policía.

Capítulo 26

A^{ntes} —Eso ha sido un poco excesivo, Dennis —le susurra Connie a su marido en la cocina.

Jason y yo estamos sentados a la mesa de la cocina haciendo los deberes. Los dos fingimos que no les oímos hablar y los dos fingimos que no sabemos de qué hablan.

—Ha estado bebiendo, Connie —le susurra Dennis a su vez—. Se lo notaste en el aliento el otro día. Sabes que eso es lo que hacen en el bosque, y quién sabe qué más. Sabes cómo es el padre de ese chico. Un borracho.

Connie lo hace callar. —No es más que un crío —le dice—. Quizá debería hablar con su madre.

—¡No! —exclamo yo, volviéndome hacia ellos—. No me avergoncéis así.

—¡Acaba los deberes! —dice Dennis con firmeza—. Ya está bien por tu parte.

Connie le da una palmadita en el pecho y me mira. —Nada de beber alcohol —dice—. ¿Me has entendido?

—Lo siento —les digo—. No lo haré. Hablaré con Ethan.

—¡Tampoco quiero que sigas hablando con ese chico! —grita Dennis. Connie lo mira y su expresión se suaviza. —¿Qué? Ya lo hablamos. Es demasiado joven.

Antes de que podamos decir nada más, un golpe en la puerta principal me sobresalta. Dennis mira a Connie antes de dirigirse hacia la puerta.

—¡Abre la puerta ahora, Kempmen! —dice desde fuera una voz grave—. ¡Tú y yo tenemos que hablar!

Me levanto de la silla, sabiendo de inmediato quién es. El padre de Ethan, Richard, es un hombre imponente: mide más de metro ochenta, tiene una barba descuidada y una mirada capaz de asustar a cualquiera. Resulta sorprendente saber que es el dueño de una de las pocas tiendas del pueblo. Mucha gente aguanta a Richard Harris por necesidad, porque es preferible a tener que conducir hasta la ciudad para comprar cosas.

Dennis abre la puerta. Richard le devuelve la mirada con el ceño fruncido, pero no viene solo. Tardo un momento en reconocer quién es. Nunca lo había visto en persona, pero el pelo rojo lo delata. El padre de Tanner, ese que, según Ethan, casi no sale de casa, también está frente a nuestra puerta.

—¡Cómo te atreves a amenazar a mi hijo, Kempmen! —grita el padre de Ethan, señalándole con el dedo.

Connie corre y se aferra al costado de Dennis. —Entra en casa, Dennis —le suplica.

Dennis no la escucha. —Tu chico ha estado dándole alcohol a mi hija —le grita—. Además, hoy los he visto besarse.

—¿Y qué? —grita Richard.

—No finjas que tú no besabas chicas a su edad, Dennis —dice el padre de Tanner—. Siempre ibas detrás de las chicas, incluso de niño. Deja de hacerte el indignado.

Richard se ríe. —Tu hermano George fue quien me dio mi primer porro en su día. Ahora te has hecho mayor y eres un hipócrita de primera. Se te olvida en qué clase de líos te metías a su edad.

Dennis aprieta la mano formando un puño. —Así no es como estoy criando a mis hijos.

El padre de Ethan vuelve a señalarle. —No, claro, tú eres el padre perfecto. El padre más santo que los santos. La clase de hombre que amenaza a un crío. —Sacude la cabeza—. ¡Como le pongas la mano encima a mi hijo, te mato! ¿Me oyes, Kempmen?

Dennis da un paso hacia el porche, pero Connie le agarra por la cintura y lo detiene. En cambio, no puede detenerle la boca. Antes de pronunciar las palabras, me lanza una mirada. —Como tu hijo le ponga la mano encima a mi hija, se arrepentirá, te lo prometo. ¡Y tú también te arrepentirás!

Capítulo 27

Presente

—Estaba ahí sentado sin más —le digo al agente Anderson. Señalo hacia los columpios en el campo, que ahora están vacíos.

—¿Qué hacías aquí, Ali? —pregunta.

—Iba a mi casa con la silla de ruedas de Connie —responde el tío George por mí.

—Eso es —digo, mirando la silla de ruedas que, por suerte, sigue en el aparcamiento. Cuando llamamos a la policía, el agente Anderson tardó una eternidad en llegar, pero pidió que nos reuniéramos con él junto al colegio para tomar declaración completa. Le acompañaba un segundo agente, un hombre al que no conocía.

—¿No pudo distinguir nada del hombre que vio? —pregunta el segundo agente.

—Llevaba una máscara —digo—. Ropa negra. Un pasamontañas negro. No pude distinguir nada.

—¿Ningún símbolo llamativo en la ropa, los zapatos o en cualquier otra cosa? —pregunta Ben Anderson.

—No —confirmo—. Nada que pudiera ver, al menos. —No les recuerdo que en ese momento estaba huyendo para salvar la vida.

—¿Está segura de que era una escopeta? —pregunta el otro agente.

Me encojo de hombros. —No del todo. A mí me lo pareció, pero supongo que podría haber sido un rifle o algo así.

Los dos agentes se cruzan una mirada cuando un vehículo conocido entra en el aparcamiento.

—¿Estáis bien? —dice Jason, abalanzándose hacia los cuatro. —He visto vuestros mensajes.

Vaya, ahora sí los ve.

No monto una escena delante de los agentes, pero Sandra y yo llevábamos una eternidad intentando localizarle. Miro a George. Nosotros también estábamos intentando contactar con él.

—Estoy bien —digo.

—¿Quién fue? —pregunta Jason—. ¿Tanner? Sandra me dijo que te estaba acosando.

—No estoy segura —digo.

—¿Te refieres a Tanner Eldens? —pregunta Anderson, y Jason asiente—. ¿Te estuvo acosando hoy? —Se dirige a mí—. ¿Cuándo y qué hizo?

—Estaba merodeando fuera de la casa de Connie —digo—. Por eso decidimos ir a casa de Sandra a pasar la noche.

Jason mira fijamente a los agentes. —No queríamos que volviera a pasar lo que le pasó a mi padre, ¿verdad? —dice con retintín—. Es mejor que mamá esté allí. Pero quizás no estamos a salvo en ningún rincón de este pueblo.

El agente Anderson baja la cabeza. —Tenéis razón en estar preocupados, chicos. No os lo voy a negar. Lo estamos resolviendo.

—Esta es la segunda noche que la Niña pequeña lleva desaparecida —dice George—. Si no hacéis algo, ya sabemos lo que pasa.

—Si creéis que debéis marcharos del pueblo, podéis hacerlo —dice el agente Anderson.

—Puedo pasar por vuestro barrio esta noche mientras estoy de guardia para garantizar vuestra seguridad —dice el segundo agente—. Dadme la dirección de vuestra tía. —George se acerca a él y le da la información mientras Jason y yo trazamos nuestros propios planes.

—¿Quieres que te lleve a un motel o a un hotel o algo así? —pregunta Jason—. El piso de la tía Sandra no es muy grande. Hasta el sofá es un poco pequeño.

Niego con la cabeza. —Me quedaré en el sofá de casa de Connie.

Frunce los labios. —No tienes que preocuparte por mamá. Me aseguraré de que esté a salvo.

El tío George se acerca a nosotros. —Meteré la silla de ruedas en la parte de atrás de la camioneta y la llevaré a mi casa. ¿Cuáles son vuestros planes?

Miro a Jason. —Volver a casa de mamá.

—Conduzco yo —dice Jason.

Los agentes toman unas cuantas notas más mientras empezamos a marcharnos. George me da un abrazo, preocupado de que el hombre enmascarado con la escopeta me haya afectado demasiado. Cuando le aseguro que estaré bien, nos despedimos. Dejamos a los dos policías en el aparcamiento del colegio mientras George empieza a meter la silla de ruedas en la parte de atrás de su camioneta.

Jason me hace un gesto para que me acerque a su coche. Observo cómo George ata algo a la silla de ruedas en la parte trasera de su camioneta mientras nos vamos.

—Bueno, ¿dónde estuviste esta noche? —le pregunto a Jason—. Sandra y yo nos quedamos muy preocupadas. No parábamos de llamar.

—En el bar —dice Jason. Aunque no parece borracho, se percibe un leve olor a cerveza en su aliento.

—¿En cuál?

Se ríe. —En el del pueblo. The Wilson House. ¿Lo recuerdas? Lleva en el pueblo una eternidad. Solo hay unos pocos en el pueblo.

—¿Te encontró el tío George? —pregunto—. Dijo que iba a tomarse una cerveza contigo.

Jason niega con la cabeza. —No, no me encontró. —Me mira de reojo mientras nos acercamos a la casa—. ¿Sigues asustada?

Asiento y miro por la ventana. —Ese tío con la máscara estaba ahí plantado sin más. —Entonces caigo en la cuenta—. Tendría que haberle dicho algo a Ben Anderson. Hay que registrar el bosque junto al colegio. Si ese secuestrador estaba por los columpios, puede que la Niña pequeña esté por esa zona. Están buscando en los senderos equivocados.

Jason respira hondo. —Quizás descanses esta noche.

Le miro. Tiene la piel apagada, casi pálida. El blanco de los ojos teñido de rojo.

—Tú también tienes pinta de necesitar descanso —le digo.

Suelta una risa nerviosa. —Es demasiado todo, ¿verdad? Y ahora Tanner también rondando nuestra casa. —Me mira—. Es casi como la noche en que mataron a papá.

Capítulo 28

Antes Papá salió primero de casa para su salida habitual del viernes por la noche con los vecinos. Debería ser interesante, dado lo que ha pasado hoy.

Dennis exageró. Lo sé, y él también lo sabe. Connie no ha parado de reprocharle la forma en que le habló al padre de Ethan desde que se fue.

Incluso dijo que si el padre de Ethan aparece en la partida de póquer en casa del tío George, los dos hombres deberían hablar y hacer las paces. Las emociones se apoderaron de todos hoy.

Papá estuvo de acuerdo, pero no sé qué pasará. Al parecer, el padre de Ethan no suele salir en las noches de póquer, pero su mujer sí. Es en parte la razón por la que Connie quería que se disculpara. La madre de Ethan es una persona encantadora. Lo sé por haberla conocido muchas veces. Por muy desagradable que pueda ser el padre de Ethan, su madre tiene una reputación completamente opuesta.

Connie y ella se llevan bien. Normalmente en estos eventos, mientras los hombres juegan al póquer, las mujeres hacen lo suyo. Sobre todo beber vino y pasar el rato juntas, contando cotilleos. Estoy segura de que uno de los temas de conversación de hoy será Dennis y Richard.

Antes de que se fuera por la noche, Connie hizo que Dennis confirmara que esta noche no habría más malos comportamientos, a lo que papá accedió. Connie se quedó en casa para limpiar un poco. Le pregunté si Stacey podía venir esta noche y dijo que sí.

Aunque eso era una tapadera. Ya tenía planes con Ethan. Pronto vendría a buscarme al campo con la intención de ir al club.

Antes de que Connie se vaya, Jason y yo también tenemos que confirmar que no habrá ninguna travesura en casa. Que no traigamos chicos, nos dice, mirándome a mí. Y que no haya cerveza, nos dice a los dos.

Técnicamente no miento cuando le prometo cumplir sus condiciones. No voy a traer a Ethan a casa. Estaremos en el club. No beberé, aunque Tanner traiga vino. No vale la pena que nos pillen, especialmente con las tensiones tan altas.

En cuanto ella se va y oímos el motor arrancar en el camino de entrada, Jason se vuelve hacia mí. —Por si acaso preguntan, esta noche vimos *Solo en casa*. Me gusta la ironía de la elección de la película.

—De acuerdo —digo, sonriendo ante lo bien que ha planeado todo mi hermano—. ¿Seguro que no quieres venir?

Niega con la cabeza. —No. Tú a lo tuyo. Yo también tengo planes.

—¿Qué vas a hacer?

Me mira un momento antes de responder. —Jessica Mercer. Tenemos una cita. Quedamos cerca de Bearpaw Trail esta noche. Iba a hacer una hoguera para pasar el rato juntos.

Abro los ojos de par en par. —Oí que te rechazó cuando la invitaste a salir.

—Sí —confirma—. En público, al menos. Pero quiere quedar. —Hace un chasquido con la comisura de la boca y arquea una ceja.

Niego con la cabeza. —¿De verdad quieres salir con una chica que tiene miedo de que la gente sepa en público que le gustas?

Sonríe. —¿Has visto lo buena que está? Venga, ya.

—Te mereces a alguien que no sea tan superficial.

—Mira —dice, frotándose la cabeza—. Ya sabes cómo funciona esto. Yo te cubro a ti. Tú me cubres a mí. ¿De acuerdo?

—Trato hecho —confirmo—. Me voy ya. Llevo un retraso por esperar a que mamá y papá se fueran. Ethan me está esperando.

Resopla. —Claro —dice—. Después de lo que pasó con su padre hoy, ¿de verdad crees que te estará esperando?

No respondo. —Que te diviertas en tu cita con Barbie. —Me voy antes de que pueda soltar otro comentario con sorna. Me dirijo hacia el campo donde Ethan y yo solemos quedar junto a una roca grande.

No lo veo de inmediato, pero probablemente es lo más sensato por su parte. No querría que mi padre o mi madre lo vieran junto al bosque cerca de la casa. Eso complicaría mucho las cosas.

Necesito ver a Ethan después de lo que ha pasado. Necesito hacerle saber que mi padre exageró. Nunca había perdido los nervios así. El padre de Ethan es mucho más irascible en comparación. Me preocupa lo que pasó entre su padre y Ethan después.

¿Por qué le contó Ethan a su padre que Dennis lo había confrontado para empezar? ¿Por qué iba a querer contarle nada a su padre, sabiendo cómo reaccionaría probablemente Richard?

Tengo tantas preguntas mientras me acerco a nuestro sitio en el borde del campo.

—¡Ethan! —llamo, pero no responde—. ¡Ethan! —Me quedo fuera del bosque, esperando a que aparezca como suele hacer. Hoy no lo hace.

—¡Ethan! —lo intento de nuevo, dándome cuenta de que simplemente no está aquí.

Quizás Jason tiene razón. Aunque podría haber muchos motivos por los que Ethan no está aquí. Quizás no pudo salir de casa después de lo que pasó hoy. Quizás su padre se niega a dejar que su hijo me vea, como mi padre intenta hacer conmigo.

Mi mente empieza a desbocarse. ¿Y si nuestros padres consiguen separarnos? Me imagino a Ethan apareciendo en el bosque solo para decirme que ya no puede estar conmigo. No podría quedarme en un pueblo pequeño como Kadestill si Ethan rompiera conmigo.

Quizás Ethan me ha dado plantón. Quizás ya quiere romper conmigo. Después de cómo lo trató mi padre hoy, puede que Ethan haya perdido todo el interés por mí.

Me apoyo en una roca cerca del árbol donde Ethan suele quedar conmigo, preguntándome cuánto tiempo debería esperar. No puedo llamar a su casa sin más. ¿Y si contesta su padre? ¿Qué le diría siquiera?

Cuando me incorporo, todos los pensamientos que me rondaban la cabeza se detienen en seco al verlo. Ondeando con el viento hay un lazo rojo atado a una rama justo encima de mí.

Capítulo 29

A ntes —¿Que no apareció? —me pregunta el agente Anderson mientras anota rápidamente en su libreta. Un segundo agente llega al campo y empieza a fotografiar la escena y varios de los lazos atados a la rama.

Ya le expliqué todo esto al agente. Le conté los planes que habíamos hecho Ethan y yo. Le hablé de la pelea entre el padre de Ethan y Dennis.

No entiendo por qué me hace de nuevo una pregunta tan estúpida, sobre todo cuando Ethan ha desaparecido.

Estaba temblando cuando encontré el lazo. Sin saber qué hacer, pedí ayuda a gritos. Lo suficientemente fuerte para que Jason saliera al porche delantero y mirara hacia donde yo estaba. Le grité que llamara a la policía. Como no se movió, le dije por qué.

—¡Hay un lazo! —grité—. ¡Se ha llevado a Ethan!

Casi treinta minutos después de que Jason llamara a la policía, llegó Ben Anderson. Papá me dice que normalmente juega al póquer con los vecinos. Me pregunto si papá ya sabe lo que está pasando.

Ya se ha congregado un pequeño grupo de personas del callejón sin salida cerca de nosotros. Con el lazo a la vista de todos, todo el mundo sabe lo que ha ocurrido.

Otro niño ha desaparecido. Se ha encontrado un nuevo lazo. Va a volver a ocurrir, y empieza por Ethan.

Mi Ethan.

¿Qué le está haciendo? ¿Por qué él?

—Ali —dice el agente Anderson—, ¿me has oído?

Jason habla en mi nombre. —Ya la has oído —dice, rodeándome con el brazo—. Habían quedado para salir a encontrarse en el bosque. Cuando él no apareció, ella vio el lazo. Yo fui quien os llamó.

El agente Anderson frunce los labios y asiente. —Gracias por aclararlo. —Me mira—. ¿Cómo estás, chiquilla?

Suelto un suspiro pesado. —¡Tenemos que dejar de hablar de lo que ha pasado y hacer algo!

—La Unidad de Delitos Graves está de camino —dice el agente Anderson—. Llegarán más agentes pronto. La búsqueda comenzará en cuanto sea posible.

Niego con la cabeza. —No —digo—. Tenemos que buscar ahora. —Miro hacia atrás—. Debe de estar en el bosque por algún lado. No lo recogieron desde la carretera. Eso lo sabemos, porque si no el lazo estaría más cerca de la calle.

—No te preocupes, Ali —responde—. Nos estamos ocupando. Tu padre y tu madre vienen de camino, ¿de acuerdo? Todo va a salir bien.

En lo más hondo del estómago, sé que eso no es verdad. Las cosas están muy lejos de ir bien. El monstruo que se llevó a esos dos niños, y que probablemente los mató, se ha llevado a Ethan. Seguramente ya sea demasiado tarde. De algún modo, sé que ya está muerto.

Me doblo sobre las rodillas y noto cómo todo se me revuelve en el estómago. No tarda mucho en volverse la cena a la boca. Jason se aparta de inmediato. Le puse algo en la bota al agente.

—Lo siento —digo, limpiándome la boca.

—¿Dónde está? —grita una voz potente desde el campo. Cuando me vuelvo, veo al padre de Ethan, Richard, acercarse a nosotros a grandes zancadas—. ¿Dónde está Ethan? —La madre de Ethan no va muy por detrás, con una mano en la boca mientras sin duda ve el lazo rojo.

—¡Oh, no! —dice en voz alta—. ¡No!

El agente Anderson se acerca a él. —Lo siento mucho, habéis llegado antes de que pudiera hablar con vosotros —dice—. Nosotros también acabamos de llegar.

Richard se planta delante de él con el dedo extendido. —Tienes que meterte en ese bosque y encontrar a mi hijo. ¿Qué estáis haciendo exactamente?

El agente Anderson le explica el plan que acaba de contarme.

—Eso no es suficiente, Ben —grita Richard—. Vamos. —Se vuelve hacia su mujer—. ¡Empezamos la búsqueda ahora! —Mira al pequeño grupo de personas—. ¿Quién viene conmigo? —Varios hombres y una mujer se acercan a él—. Bien. ¡Hay que salir ya! No paramos hasta que lo encontremos.

El agente Anderson le mira. —Yo también voy, pero tenemos que tener cuidado. No podemos alterar la escena del crimen.

—¿La escena del crimen? —repite la madre de Ethan—. Oh, no. —Se lleva una mano a la cabeza.

—¡No hay tiempo para eso! —le grita Richard a su mujer, cogiéndola de la mano con brusquedad—. Para. Contrólate. —Empieza a zarandearla con fuerza.

—Tranquilo, Richard —dice Ben.

Richard le mira, con el ceño cada vez más fruncido. —¡No me digas lo que tengo que pensar o hacer! Necesitamos actuar. ¡Hay que buscar a Ethan ahora mismo!

Estoy de acuerdo con él. Tenemos que ponernos en marcha. Empezar a buscar. Ethan debe de estar ahí fuera.

—¡Ali! —Me vuelvo y veo a papá corriendo hacia mí. Se arrodilla de inmediato delante de mí y me coge las manos—. ¿Estás herida?

Richard responde por mí. —No, no está herida, Kempmen. ¡El que ha desaparecido es mi hijo!

Dennis se levanta y le mira, desconcertado. Señalo hacia la rama y el lazo atado a ella.

Dennis se vuelve hacia mí de nuevo. —Tenemos que ir a casa. —Le lanza una mirada al agente Anderson—. ¿Ya has terminado de hablar con mi hija?

Cuando el agente asiente, me coge de las manos y empieza a llevarme a rastras hacia nuestra casa. —Papá —digo frenéticamente—. Tengo que ayudarles a encontrar a Ethan. ¡Está ahí fuera!

Dennis no se detiene ni responde. En el porche, Connie mira hacia nosotros y hacia el grupo, con una mano sobre los ojos como si intentara ver mejor lo que está pasando.

—¿Dónde está mi hijo, Kempmen? —nos llama Richard. Eso hace que papá se detenga en seco, pero no responde—. ¿Amenazas a mi hijo y luego desaparece? ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

Dennis mira a Richard con una rabia en los ojos que nunca antes había visto hasta hoy. Es exactamente la misma mirada que tenía cuando le dijo a

Ethan que no me viera más. La misma expresión que puso cuando Richard le encaró más temprano hoy.

—No respondas —dice Dennis. Parece que me lo esté diciendo a mí, pero da la sensación de que se lo está diciendo a sí mismo.

—¡Asesino de niños! —grita Richard.

—No mires atrás —susurra Dennis mientras seguimos hacia la casa—. No digas ni una palabra. Entra en casa.

Richard sigue gritándonos mientras nos marchamos. —¡Asesino! ¿Dónde está mi hijo, Kempmen? ¡Monstruo! ¡Asesino!

Capítulo 30

Presente

Son casi las diez de la noche y estoy intentando dormir en el sofá. Jason está frito en su habitación. Durante un rato he podido oír sus ronquidos desde aquí, hasta que, por suerte, han parado. Doy vueltas sin encontrar la paz suficiente en mi cabeza para descansar.

No puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado desde que volví a Kadestill. No puedo dejar de pensar en todo lo que ocurrió antes de que me marchara de este pueblo siendo una niña.

Es demasiado. Demasiado para que una sola persona lo soporte.

Una niña pequeña ha desaparecido. Hay un nuevo toque de queda en vigor. Sé lo que viene a partir de aquí. Pronto se llevarán a otro niño.

A menos que descubran al asesino, no parará. Nunca parará. Me seguirá como una pesadilla.

Y lo peor es que no puedo hacer nada.

Giro la cabeza y miro por la ventana del salón. Examino con atención las ramas que se mueven al viento fuera. Por un momento, un arbusto al otro lado de la calle casi parece una persona. Pero es solo que mi mente me está jugando malas pasadas.

Tengo todo el derecho a estar asustada. Esta noche alguien merodeaba fuera de esta casa. Un viejo amigo, Tanner. Alguien a quien yo consideraba inofensivo.

Luego estaba el hombre enmascarado junto a los columpios. Hay algo en ese pasamontañas negro que me inquieta. Me recuerda a la última noche

que pasamos en nuestra casa. El día que cambió mi vida.

Primero se llevaron a Ethan. Luego a mi padre.

Respiro hondo, recordándome que se supone que debería estar durmiendo. Pero cuando miro hacia fuera, ese maldito arbusto parece haberse movido. No es una persona. Es solo el viento. Y para que mi cerebro no le dé más vueltas, me levanto y corro las cortinas.

Se acabaron las trampas. Ojos que no ven, corazón que no siente.

A Ethan nunca lo encontraron. Las partidas de búsqueda continuaron durante meses. Como los demás niños, Ethan desapareció.

Una puerta detrás de mí cruje al abrirse y me sobresalta.

—Perdona —dice Jason, tranquilizándome de inmediato.

—Creía que estabas durmiendo —digo.

—Yo también —responde con un bostezo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Estoy más preocupado por ti... y por mi estómago. Iba a hacerme un sándwich de jamón. ¿Quieres uno?

Niego con la cabeza. —Estoy bien. Bueno, no tengo hambre. Y en realidad no estoy bien. —Suelto una risa nerviosa—. Es que es demasiado. Ese hombre junto a los columpios. El asesino estaba ahí. Delante de mí. Esta noche podría haberlo resuelto todo. Ese hombre fue quien se llevó a esa niña pequeña. Lo sé. Lo noto en las tripas. ¿Quién si no estaría en un columpio de noche con una escopeta? —Respiro hondo—. Hay gente fuera haciendo caso omiso del toque de queda, voluntarios con chalecos amarillos buscando a Sophia. Debería estar con ellos.

—Tranquilízate —suplica Jason—. Ya has pasado bastante esta noche. —Echa un vistazo por la habitación a oscuras—. Si quieres volver a Toronto, no pasa nada. No te sientas obligada a quedarte aquí por mí. Después de lo de esta noche, te entendería. De hecho, podría llevarte al aeropuerto mañana.

—No puedo —digo—. Necesito ver esto hasta el final. Necesito quedarme por mamá. Necesito quedarme hasta que encuentren a esa niña pequeña. Necesito descubrir quién está haciendo esto. —Miro a Jason y niego con la cabeza—. Lo necesitamos por papá.

Él asiente. —No sabes lo contento que me pone oírte decir eso. Aunque si esto se parece a la última vez, podrían pasar semanas antes de que ocurra algo. Años, incluso. —Se recuesta en el sillón—. ¿De verdad quieres

volvete a hacer esto? Tienes toda una vida esperándote. No tienes que quedarte atrapada aquí como yo.

—Para —le digo—. Primero me regañas por no haber estado aquí, ¿y ahora quieres que me vaya?

Me dedica una sonrisa débil. —Solo quiero que todo esto acabe. — Respira hondo. Jason tiene un aspecto aún más agotado.

—No te lo había contado —le digo mientras él me mira—. No conseguí ese ascenso en el trabajo. Me quedé bastante mal. Contrataron a otra mujer que lleva una fracción del tiempo que llevo yo.

—Lo siento, Ali —dice—. Con suerte, el próximo ascenso será tuyo.

—Es simpática y todo lo demás, pero su obsesión son las métricas y el dinero de las subvenciones, no el trabajo en sí. Me parece una hipocresía, contratarla para el puesto más alto.

Jason niega con la cabeza en respuesta.

—Hay más —digo, abriéndome al fin con él—. Andrew me pidió que me casara con él.

Sonríe y suelta una carcajada. —Qué alegría. ¡Ali! Me alegro mucho por ti. ¿Por qué no lo habías dicho antes?

Tardo un momento en encontrar las palabras exactas, hasta que las suelto sin rodeos. —Me fue infiel. Una semana después de pedirme matrimonio, descubrí que me había engañado.

Jason resopla. —Drew te hizo eso. ¿Qué pasó?

—Leí un mensaje en su móvil que no debería haber visto.

—Cerdo. Qué cabrón.

—Cuando le enfrenté, al principio lo negó. Pero al cabo de un rato lo reconoció. Dijo que había sido solo una vez con una ex. Que quería asegurarse de que estaba haciendo lo correcto después de pedirme matrimonio. Dijo que acostarse con su ex fue una prueba para confirmar que de verdad me quería. —Niego con la cabeza.

—Lo siento, Ali —dice Jason.

—Todavía tengo el anillo que me dio —digo, mirando hacia abajo—. No sé qué hacer con él.

—Tíralo —dice Jason con una sonrisilla—. Eso es lo que hice yo con el mío. Fui al muelle al que papá nos llevaba de pequeños y lo lancé tan lejos como pude. Fue genial. —Se ríe, pero al ver que yo no reacciono, para.

—No sé qué hacer con mi vida —digo.

Jason suspira mientras me observa. —Estos infieles. ¿Quiénes se creen que son? ¿Piensan que somos tontos? O sea, ya sabes cómo me enteré yo de la aventura de Jessica. Se dejó el diario encima una noche. Tenía mis sospechas de que se estaba acostando con alguien, pero ella lo negaba. Se lo pregunté a las claras, y me dijo qué marido tan terrible era yo por siquiera insinuar que ella sería capaz de algo así. Pues bien, su diario lo confirmó, y mucho más. Hablaba del sexo que habían tenido. De las fotos de polla que él le mandaba. De todas las guarradas que hacían a mis espaldas. —Me mira—. Qué estupidez tan grande, dejarse el diario personal encima confirmándolo todo. Es casi como si Jessica quisiera que la pillaran. —Niega con la cabeza—. Y aquí estás tú, pasando por algo igual de asqueroso. Pensaba que Drew era un tío decente. Pensaba que habías encontrado a un buen hombre. Hasta me daba envidia. Mi matrimonio se estaba desmoronando mientras tu relación florecía.

—Bueno —continúa—, considérate afortunada. Podrías haberte casado con ese imbécil y estar donde estoy yo años después. Crees que conoces a alguien y luego...

Miro a través de la penumbra de la habitación hacia la pared junto a la estantería. Incluso en la oscuridad, puedo ver a papá jugando con nosotros con la máscara de hockey puesta.

—Se quitan la máscara —termino la frase—. Te muestran quiénes son de verdad. O quizá siempre fueron así y nosotros simplemente no lo sabíamos.

—No te echas la culpa, Ali —dice Jason—. Lo que él hizo no tiene nada que ver contigo.

Es irónico que lo diga él, dado hasta qué punto le ha afectado su divorcio y la traición de su ex mujer.

—Bueno, voy a hacerme un sándwich y me voy a la cama —dice Jason, poniéndose en pie. Empieza a caminar hacia la cocina, pero se detiene y mira atrás—. ¿Piensas mucho en él? ¿En Ethan?

Hago una pausa antes de responder. —A menudo.

Asiente y baja la cabeza. —¿Y en aquella noche? ¿Con papá?

Respiro hondo. —Todavía tengo pesadillas. Todavía oigo los gritos.

Jason asiente y se pasa la mano por la cara. —Yo también —susurra.

Capítulo 31

Pasado

—Tenemos que irnos del pueblo —dice Connie—. Al menos unos días.

—Todo irá bien —dice Dennis—. Además, ¿qué parecerá si nos vamos? No tenemos nada que ocultar.

Mientras mis padres discuten en la cocina, me quedo mirando por la ventana delantera hacia el campo donde se congrega un nuevo grupo de personas. Va oscureciendo, pero consigo distinguir a un puñado de ellas, algunas ya con las linternas encendidas, apuntando sin rumbo fijo hacia el bosque que rodea el campo vacío. Han pasado casi dos días desde que se llevaron a Ethan. Desde que encontré el lazo rojo atado al árbol donde habíamos quedado en vernos.

Desde la noche en que se lo llevaron, el padre de Ethan ha ido culpando a mi padre cada vez más. Las acusaciones empezaron esa misma noche y se propagaron rápido en un pueblo pequeño como Kadestill. No ayudó que el agente Anderson llevara a papá a la comisaría para interrogarle durante horas. No volvió a casa hasta bien entrada la noche.

—Además —le dice Dennis a Connie—, no podemos irnos: mañana hay colegio.

Connie niega con la cabeza. —No les viene bien a los niños estar en el colegio ahora mismo —dice—. Mira lo que le han hecho a nuestro hijo. —Recorre con la mirada la planta baja—. ¿Dónde está ese chico? —Me mira—. ¿Dónde está Jason?

No respondo. Estoy demasiado ocupada mirando afuera mientras se congrega más gente en el campo.

—Jason está bien —dice Dennis—. Solo es un ojo morado.

—Le ha hecho daño su propio amigo —dice Connie—. ¿Cómo se llama?

—Tanner —dice Dennis—. Cuando todo esto pase, hablaré con su padre.

Connie levanta un dedo. —Nada de hablar, Dennis. Por eso estamos en este lío. —Deja escapar un suspiro nervioso—. ¿Sabes lo que están diciendo de ti ahora mismo?

—¿Qué? —pregunta Dennis.

—¿Tengo que deletreártelo, Dennis? Creen que tú te has llevado a estos niños. —Connie mira por la ventana de la cocina. Me vuelvo hacia ella mientras atisba el bosque que rodea nuestra casa.

Ethan está ahí fuera. En algún lugar. Lo sé de alguna manera. Pienso en su larga melena rizada. En sus dulces besos. En todos los recuerdos en el club.

Tengo que encontrarle.

—Mamá —digo.

Dennis me interrumpe. —No es buen momento, Ali.

—Necesito entrar en el bosque —digo, sin importarme lo que piense mi padre—. Necesito ayudarles a encontrar a Ethan.

Connie me mira, y su gesto se suaviza. —Ay, Ali. Lo siento mucho. Ahora mismo no podemos hacer eso. Ve a preparar una bolsa.

—No nos vamos —dice Dennis con firmeza—. No hay ninguna razón para ello. —Baja la cabeza y se coloca las gafas de montura oscura sobre la nariz—. ¿Qué dicen de mí? —pregunta—. En el pueblo, ¿qué dicen?

Jason entra en casa con el ceño fruncido. No tardo mucho en darme cuenta de que tiene un nuevo moratón en la cara.

—¿Qué ha pasado? —exige saber Connie, acercándose a él e intentando tocar con delicadeza la marca que tiene en un lado de la cara.

Jason la aparta de un encogimiento de hombros. —Nada. —Pasa rozándome—. Me voy a mi cuarto.

—¡Vuelve aquí, jovencito! —grita Connie—. ¡Ahora mismo! Pero Jason no hace el menor caso de lo que dice.

Dennis le pone la mano en el costado. —Todo va a ir bien —susurra.

Ella le aparta. —Creen que has matado a esos niños, Dennis. —Él la mira de forma extraña. De repente, tienen toda mi atención. Miro a mamá casi tan desconcertada como papá.

—Solo estaba enfadado —dice Dennis en su defensa—. No iba a hacerle daño al chico ni a su padre. Solo quería que Ali dejara de beber alcohol. De salir con chicos. Ya lo hablamos. Nuestros hijos no están preparados para eso.

Ella niega con la cabeza. —Y el lazo.

—¿Qué pasa con él? —pregunta.

Connie cruza los brazos. —Richard Harris va por ahí contándole a todo el mundo que fuiste a su tienda y compraste lazo antes de que empezaran las desapariciones.

Dennis espera a que ella continúe, pero como no lo hace, suspira. —¿Y qué si compré un lazo en su tienda? ¿Cómo puede alguien pasar de eso a asesinar niños?

Connie vuelve a mirar por la ventana. —Pues eso es lo que está pasando.

Dennis me mira. —¿Qué tal si hacemos una noche en familia? Vemos una película. Palomitas. —Abraza a Connie por detrás—. Calientame un poco de leche. Necesito dormir bien esta noche.

Ahora es Connie quien suspira. —No podemos fingir que no está pasando nada cuando está ocurriendo justo delante de nuestra puerta. Ese pobre chico ha desaparecido. —Se vuelve hacia él—. Su padre dice que eres tú quien lo hizo desaparecer, igual que a los otros niños. No podemos quedarnos aquí. Nada de noches de película con palomitas, Dennis. Tenemos que irnos. Ahora.

Dennis la mira y, en lugar de discutir, asiente. —De acuerdo. A lo mejor podríamos ir a Lacombe de escapada a la playa, como el verano pasado.

Connie aprieta los labios. —A algún sitio más lejos, creo. A algún sitio donde podamos quedarnos más tiempo.

Dennis niega con la cabeza. —¿Cuánto tiempo?

—Hasta que encuentren a ese chico —dice Connie con desesperación.

Cuando lo menciona, vuelvo a mirar por la ventana. Ahora está mucho más oscuro; las linternas oscilan y barren el límite del bosque que tenemos delante.

Debería estar ahí fuera con ellos. Tengo que encontrar a Ethan.

Y entonces los veo. Cuatro personas de pie en el campo, lejos del bosque y de los demás. Tardo un momento en darme cuenta de que se están moviendo, solo que no se dirigen hacia el bosque. Se dirigen hacia nuestra casa. El corazón me late más deprisa y me siento paralizada mientras los veo acercarse.

—Mamá —susurro, pero no me responde.

—Vamos a preparar las bolsas —dice Connie—. Podemos decidir adónde vamos por el camino.

—De acuerdo —dice Dennis—. Llamaré a George y a Sandra. A lo mejor podemos organizar unas vacaciones familiares de última hora. —Sonríe, pero Connie no—. Nos vamos por la mañana.

—No —dice Connie—. Tenemos que irnos ahora.

El corazón se me detiene cuando las cuatro siluetas de los hombres se aproximan a la casa. No consigo distinguir quiénes son y me doy cuenta de que es imposible. Todos llevan pasamontañas negros. Uno de ellos lleva algo grande en las manos.

—Mamá —digo de nuevo.

—Tenemos que irnos ahora —le suplica Connie a Dennis.

—Es muy tarde —dice él.

—¡Papá! —grito.

Dennis se vuelve hacia mí. —Ali, ve a preparar una bolsa. Vamos a hacer un pequeño viaje.

—Hay hombres fuera de la casa —digo. Para mi horror, los cuatro hombres enmascarados se convierten en seis cuando dos más procedentes de la calle se unen a ellos. El pequeño grupo camina hacia nuestro jardín—. Llevan máscaras.

—¿Qué? —dice Dennis, desconcertado. Se asoma por la ventana delantera. Mira a los seis hombres y se le desencaja el gesto—. Subid arriba —dice. Como nadie dice nada, se vuelve hacia Connie—. Tienes que subir arriba con Ali. Coge a Jason.

Pero ella no responde. En cambio, se queda a su lado y mira afuera a los hombres. —¿Qué están haciendo? —dice, asustada.

—Papá —digo, acercándome a su otro lado.

Jason baja hasta la mitad de las escaleras. —¿Qué estáis haciendo?

El grupo de hombres enmascarados sube lentamente los peldaños del porche uno a uno. Un golpe fuerte en la puerta nos sobresalta.

—Abre esta puerta, Kempmen —grita uno de los hombres—. ¡Es tu único aviso! ¡Abre o quemaremos a tu familia contigo dentro!

—Subid arriba —dice Dennis, cogiendo la mano de Connie.

—¡No! —grita ella—. Tú—

—Yo no subo —dice Dennis. Un golpe fuerte en la puerta nos hace pegar un bote a Connie y a mí. Jason está paralizado mientras nos observa. Dennis

mira a Connie fijamente, agarrándola del hombro, con los ojos muy abiertos —. ¡Subid arriba ahora! —grita—. ¡Llevad a los niños! No han venido a por vosotros.

—Dennis —suplica Connie.

—¡Ahora! —vuelve a gritar, furioso.

Connie me coge de la mano y me arrastra hacia las escaleras mientras los golpes fuertes continúan.

—¡Daos prisa! —grita Dennis.

La puerta cede de una patada, se abre de golpe sobre sus bisagras y choca contra la pared, apenas agarrada al marco. Veo cómo dos hombres entran en nuestra casa. Dennis le da un puñetazo a uno y logra empujarle hacia atrás. El otro hombre enmascarado agarra a Dennis. Dos hombres más irrumpen en la casa y rodean a mi padre.

Connie nos empuja frenéticamente escaleras arriba, mirando solo una vez a su marido antes de gritarnos que vayamos más deprisa. Jason no obedece y se suelta de Connie mientras contempla horrorizado lo que están haciendo los hombres.

—¡Papá! —grita Jason. Pero Dennis no responde con palabras. Sus gritos se convierten en alaridos de terror—. ¡No! —llora Jason.

Connie le agarra mientras subimos las escaleras juntos. —¡A nuestro dormitorio! —ordena Connie, abriendo la puerta y empujándonos hacia dentro. Connie nos envuelve con los brazos. Nos baja al suelo y los tres nos sentamos en el suelo. Connie se mece a sí misma mientras su marido pide ayuda a gritos desde abajo. Intenta taparme el oído derecho, pero eso no impide los horribles sonidos de lo que le están haciendo los hombres a mi padre.

Luego se detiene. Los sonidos de los intrusos. Los gritos de papá. Vuelve el silencio. Pero es Jason quien lo huele primero.

—¿Es humo? —dice, desconcertado.

Los ojos de Connie se abren de par en par. —Dios mío, están quemando la casa.

—Mamá —grita Jason—. Tenemos que salir de aquí.

Ella niega con la cabeza. —Podrían seguir en la casa. No podemos bajar.

—¡Mamá! —grita Jason—. Noto el calor a través del suelo.

Unos pasos al otro lado de la puerta del dormitorio nos dejan a todos paralizados. Se acercan hasta que hay un golpe en la puerta. Jason se pone de pie, interponiéndose entre Connie y yo y la puerta cerrada.

—¡Dejadnos en paz! —grita con valentía.

Cuando se abre de golpe, el agente Anderson nos mira con los ojos muy abiertos, con la pistola en la mano. —¡Tenemos que salir de aquí, ahora! —grita.

Jason da un paso adelante. —Tenemos que ir a buscar a papá también.

Anderson le mira. —Tenemos que salir de aquí, chico. Y cuando bajemos las escaleras, no mires hacia la cocina. Confía en mí. —Coge la mano de Connie y la levanta del suelo a la fuerza—. ¡Daos prisa!

Capítulo 32

Presente

Un golpe en la puerta me despierta. Me incorporo en el sofá y miro a mi alrededor en la habitación oscura. Al principio, creo que es mi mente jugándome una mala pasada. Asustada por lo que está ocurriendo en el pueblo y por lo que podría pasar después.

Entonces la persona que está fuera llama con más fuerza.

La puerta de Jason está cerrada. Pienso en despertarle, pero en cambio salgo en silencio de debajo de las mantas y cruzo el suelo del salón. Abro la cortina un poco, intentando distinguir quién es.

El agente Anderson está de pie frente a la puerta principal, golpeando su libreta contra la otra mano. Pienso en no abrir. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Hay algo en esta noche que se siente extraño. Un pavor horrible que ha ido apoderándose de mí poco a poco. Lo sentí cuando estaba en el campo de la escuela antes incluso de ver al hombre enmascarado.

Después de ver al desconocido en el columpio con una pistola, lo único que podía hacer era pensar en aquella terrible noche y en los hombres que fueron a por mi padre.

¿Era el hombre del columpio uno de los que estuvieron en mi casa años atrás, uno de los que participaron en el asesinato de Dennis Kempmen? Ahora ese hombre ha vuelto, sembrando el terror en nuestro pequeño pueblo.

El agente Anderson llama por tercera vez. Está a punto de marcharse cuando abro la puerta delantera de golpe.

—Hola, Ali —dice en voz baja—. Quería ver cómo estabas después de lo que ha pasado. ¿Estás bien?

Me apoyo en la puerta. —Todo lo bien que puedo estar.

—¿Está Jason despierto? —pregunta—. Esperaba hablar con él también.

—¿Para ver cómo está? —pregunto.

—Algo así. Tengo que hablar con él.

—¿De qué? —pregunto.

Hace una pausa antes de responder. —Después de lo que pasó en el campo de la escuela, empecé a buscar a todas las personas que tienen una escopeta registrada en la zona —dice el agente, aclarándose la garganta—. Jason es una de ellas. Solo quería hablar un momento con él.

—¿Crees que ha hecho algo malo? —pregunto, desconcertada—. ¿Crees que secuestró a esa niña pequeña?

Suelta un suspiro pesado. —Solo estoy siguiendo una pista, Ali. Nada más. Hay muchas otras personas por aquí que tienen armas. Jason es solo una de ellas.

—Y aun así estás en nuestro porche esta noche —digo, con el tono cada vez más duro—. Mi padre era inocente, y dejaste que esos brutos le matasen. Nunca presentaste cargos contra los hombres que le mataron. No hiciste absolutamente nada.

—Ali, yo...

—¡Nada! —grito—. Tú y Dennis erais amigos. Me dijo que tú y George erais íntimos.

—Lo éramos —dice en voz baja—. Yo...

—Y aun así no hiciste nada por defender a mi padre —digo, sacudiendo la cabeza—. No hiciste nada. Cuando el padre de Ethan acusó a mi padre de estar involucrado en los secuestros, podrías haber dicho algo. El día en que Ethan fue secuestrado, estabas con mi padre, incluso. Estabais jugando al póquer juntos.

—No llegué a la partida hasta más tarde —dice—. Mira, no se mereció lo que le pasó, pero hice todo lo que pude por ti y por tu familia. Esa noche fui yo quien entró en un edificio en llamas para salvarte. Esos hombres no subían las escaleras para hacerte daño, pero tampoco iban a hacer nada por ayudarte. Fui yo quien los obligó a marcharse.

—¡Después de haberle matado! —grito—. ¿De qué sirvió eso? ¿Por qué no hiciste nada antes?

—Solo recibí la llamada más tarde. Lo avisó un vecino. Ya era demasiado tarde cuando llegué. Se estaba muriendo. No pude salvar a Dennis, pero sí pude ayudarte a ti, a tu hermano y a Connie.

—¿Y después? —grito, con las lágrimas corriéndome por la cara—. Nada, otra vez. No presentaste cargos contra nadie por su asesinato.

—¿Cómo podía hacerlo, Ali? Llevaban máscaras. Interrogué a todo el que pude. Nadie estaba dispuesto a hablar. Y los que podían hacerlo recibieron una advertencia para que mantuviesen la boca cerrada.

—¿Una advertencia de quién? —digo, sabiendo ya la respuesta—. Richard Harris. El padre de Ethan. Sabemos que fue uno de los hombres que mató a mi padre. El padre de Tanner también. Él estaba allí. Vi su pelo rojo asomando por debajo de la máscara.

—Lo sé, Ali —dice, guardándose la libreta en el bolsillo—. Una cosa es saber la verdad. Otra muy distinta es demostrarla.

Sacudo la cabeza. —¿Y qué, ahora estás aquí en nuestra puerta para interrogar a mi hermano? ¿Cuándo volverán los vecinos del pueblo a nuestra puerta con antorchas y horcas?

—No voy a dejar que eso vuelva a pasar —dice, sacudiendo la cabeza.

—Antes no pudiste evitar nada. No pudiste encontrar al verdadero asesino. Al responsable de esos niños desaparecidos. A la persona que se llevó a Ethan.

Me mira pero no responde. —De acuerdo, Ali. Cuando Jason se despierte, dile que me llame. Da igual la hora que sea. Seguramente estaré despierto toda la noche. ¿De acuerdo?

Respiro hondo y asiento. —Bien. —Pienso en el hombre enmascarado junto al columpio. —¿Alguien está buscando en el bosque cerca de la escuela? —pregunto.

Niega con la cabeza. —No. Están principalmente en el norte del pueblo, donde secuestraron a Sophia Hughes.

Asiento. —Pues creo que deberían hacerlo. Si el hombre de la máscara es realmente el responsable de todo esto, quizá la niña esté cerca.

—Es un buen punto —dice—. Buenas noches.

A lo lejos, veo un grupo de personas con chalecos amarillos caminando juntas por la calle. —Hay mucha gente fuera después del toque de queda —digo.

—Todos voluntarios —responde—. No creo que nadie en el pueblo vaya a pegar ojo hasta que encuentren a esa niña pequeña.

Pienso en Ethan. Pienso en los recortes de periódico en la carpeta de Jason sobre los otros dos niños que desaparecieron cuando yo era niña pequeña.

—¿Y si quisiera unirme a la búsqueda? —pregunto.

El agente asiente, sacando el teléfono. —Apunta este número —dice, y lo escribo mientras me lo dicta—. Es el número de Heather Swandon. Es una de las vecinas de los padres de Sophia. Ha sido de gran ayuda para organizar las búsquedas en el pueblo. Llámala si quieres unirme.

—Gracias.

—¿Sabes cuándo podría despertarse Jason? —pregunta el agente, poniendo a prueba mi paciencia.

Niego con la cabeza. —Está muy agotado. Entre los turnos tan largos en la fábrica y cuidar de Connie, está hecho polvo. Espero que duerma hasta tarde. A ver si le convengo de tomarse un día libre en el trabajo.

Mientras hablo, Anderson me mira con cara de extrañeza. —Bueno, me alegra saber que Jason ha vuelto al trabajo. Estaba muy preocupado por él. Llevaba tanto tiempo trabajando en esa fábrica. Suponía que le readmitirían.

Ahora soy yo quien pone cara de perplejidad. —¿Le habían despedido?

Anderson niega con la cabeza. —Tuve que acompañarle a salir de las instalaciones. —Baja la vista—. Es tarde. No estoy pensando con claridad. No debería haberte dicho eso. Creía que lo sabías. Creo que yo también necesito dormir.

—¿Por qué le despidieron? —pregunto.

Anderson me dedica una sonrisa forzada. —Dile a Jason que me llame cuando se despierte.

Capítulo 33

Antes Mientras un camión de bomberos entra en el callejón sin salida y se coloca frente a nuestra casa, mamá, Jason y yo observamos horrorizados cómo arde, con el fuego extendiéndose con rapidez. Aunque los responsables de las llamas y de la muerte de mi padre ya no están, más vecinos del barrio y de las calles cercanas se van congregando.

Juntos, vemos a los bomberos apagar el incendio.

Una ambulancia se suma pronto a la colección de servicios de emergencia, junto con otra patrulla. —¿Estáis heridos? —pregunta una voz.

No respondo. Lo único que puedo hacer es contemplar la explosión de agua que sale de la manguera sofocando el fuego de nuestra casa. Lo único que puedo hacer es pensar en lo que le ha pasado a papá. Miro a Jason, cuyos ojos están más abiertos que los míos. Connie se tapa la boca y el pecho mientras las lágrimas le corren por la cara.

Le han matado.

Los hombres con máscaras negras han asesinado a nuestro padre. Han prendido fuego a nuestra casa.

—¿Estás herida? —me pregunta el agente Anderson de nuevo, posándome la mano en el hombro. Le miro aturdida. —Ali —dice. Se rinde y su suave contacto se convierte en medio abrazo mientras contemplamos cómo los bomberos apagan el incendio. —Todo irá bien.

—¡Dennis! —grita Connie a la casa en llamas. Jason rompe a llorar y Connie lo estrecha contra ella. Las lágrimas me caen también libremente.

—Ali —me llama Connie—. Ven aquí —dice con suavidad.

—Le han matado —digo, incapaz de entender cómo algo tan terrible puede haber ocurrido tan deprisa.

—Ven aquí —repite. Intento limpiarme las lágrimas de la cara, pero es inútil. Nuevas lágrimas me bajan fácilmente por las mejillas.

Por el rabillo del ojo veo un camión rojo brillante aparcar en mitad de la calle, a punto de arrollar a varios de los curiosos. El tío George sale corriendo de su vehículo y corre hacia nosotros con los ojos muy abiertos mientras observa las llamas.

—¿Dónde está Dennis? —dice frenético.

—Dentro —susurra Connie—. Le han matado.

—¿Quién? —grita George, intentando entenderlo. Pero Connie no responde. George se vuelve hacia nuestra casa en llamas con la boca abierta, musitando para sí. Poco a poco se saca la gorra plana gris de la mano y la aprieta con fuerza contra el pecho.

El agente Anderson se dirige a la multitud que no para de crecer. —Se acabó —grita—. ¡Todo el mundo fuera de aquí, ahora! —Pone un brazo junto al arma reglamentaria y hace gestos a todos para que se marchen. Al principio, el grupo no obedece. Están tan hipnotizados como nosotros. — ¡Moverse! —grita más fuerte—. ¡Ahora!

Un hombre de los primeros se da la vuelta y se va, y tras unas cuantas órdenes más de Ben Anderson, los demás empiezan a hacer caso.

Un bombero se acerca al agente. —Ya podéis entrar —dice—. Está a salvo. No hay daños estructurales.

El agente Anderson asiente, pero está demasiado pendiente de la multitud, que no se dispersa al ritmo adecuado. —¡He dicho que os marchéis, o empezaré a hacer detenciones!

Eso parece surtir efecto. Los pocos vecinos que quedan empiezan a regresar a sus casas. Me vuelvo para mirar a Connie, que niega con la cabeza ante la gente de Kadestill que se aleja sin prisa.

En una sola noche, en unos pocos minutos, nuestra vida entera ha cambiado.

Miro a mi familia y solo veo a Connie y al tío George. Se me abren los ojos al darme cuenta de que ha desaparecido. —Mamá, ¿dónde está Jason?

Connie frunce el ceño mientras mira a su alrededor. —¡Jason! —grita—. ¿Dónde estás?

El agente Anderson y George también le buscan y le llaman. Los cuatro escudriñamos la oscuridad de la noche, con las luces de emergencia de todos los vehículos iluminando la calle entera.

—¡Está dentro! —grito, segura de que debe de ser ahí donde está—. ¡Con papá!

Los ojos de Connie se abren de par en par. Corro hacia la puerta principal y casi me derriba un bombero que sale en ese mismo momento. Lo rodeo y veo a Jason de inmediato. Está arrodillado sobre una sábana blanca, asomándose por debajo para ver a su padre.

Capítulo 34

Presente

—¡Jason! —grito, aporreando su puerta—. Quítate los auriculares. ¡Despierta!

Después de que el agente se marchara, llamé con delicadeza a la puerta del dormitorio de Jason. Como no respondió, llamé con más fuerza, casi a gritos. Preocupada por que si seguía así algún vecino llamara al agente Anderson para que volviera a la casa, se me ocurrió otra idea.

Salgo por la puerta principal y miro la calle apenas iluminada. No hay vecinos cotillas fuera mirando mi casa. Lo último que quiero ahora mismo es llamar más la atención sobre mi familia. Pero necesito respuestas.

El agente Anderson quería hablar con Jason sobre su escopeta registrada. ¿Desde cuándo tenía una? Luego estaba ese supuesto trabajo del que lo habían despedido. Si no estaba trabajando, ¿dónde había estado todas esas veces que yo estaba con Connie?

¿Acaso no me dijo que iba a trabajar? Sé con certeza que no me mencionó que lo habían despedido. Y no solo despedido, además. Fue algo lo bastante grave como para que llamaran al agente Anderson.

¿Qué está pasando? Una oleada de náuseas me invade cuando pienso en Jason. ¿Por qué me está mintiendo?

Podría estar buscando trabajo durante el día. Sería propio de él sentir demasiada vergüenza para hablar de que lo despidieron de manera tan escandalosa.

Jason ha estado muy tenso desde el divorcio. Si soy honesta, siempre tuvo ese complejo de agravio.

La náusea se convierte en un nudo en el estómago que me provoca un dolor físico.

Mis pensamientos se desbocan con otras cosas en las que podría estar metido. Recuerdo lo contento que estaba viendo en las noticias que las Desapariciones del Lazo Rojo habían vuelto a comenzar. Incluso sacó a mamá en la silla de ruedas para verlo. Había desaparecido una niña pequeña y, sin embargo, Jason parecía tan feliz.

Puede que simplemente fuera que su largo rechazo a creer que nuestro padre era un asesino había quedado demostrado como cierto. Podría haber muchas razones que explicaran lo que está pasando.

¿Y qué? Tiene una escopeta. Como dijo el agente Anderson, mucha gente en este pueblo también la tiene.

Pienso en el hombre enmascarado en los columpios esta noche. ¿Era Jason debajo de ese pasamontañas? ¿Era él en el colegio, en el columpio? Si es así, ¿por qué?

El coche de Jason sigue en el camino de entrada. Tiene que estar en casa. Para comprobarlo, rodeo la casa y paso por la puerta trasera mientras mi mente se dispara.

Por fin llego a su ventana del dormitorio y golpeo el cristal. Sabiendo que eso no servirá de nada, me asomo al interior y vuelvo a llamar. Las gruesas cortinas me impiden ver dentro. Hay una pequeña abertura en el lateral de las cortinas por donde puedo ver algo. En la tenue luz junto a la cama, veo un bulto grande bajo la gruesa manta y siento un alivio inmediato.

Está en casa durmiendo. ¿Qué esperaba si no? Su coche está en el camino de entrada. Me dijo que se iba a dormir. Lleva los auriculares puestos. Tengo que relajarme y calmar los nervios.

Jason no me está contando todo lo que está pasando en su vida ahora mismo. Yo tampoco he sido del todo sincera con él. Solo esta noche le conté lo de Andrew engañándome. Estaba demasiado agobiada para contarle más.

Jason perdió su trabajo, su mujer lo dejó por otro hombre y su madre se está muriendo. Es mucho que asimilar. No se lo reprocharía por no contármelo a mí ni a nadie más, encima de todo lo demás.

Me asomo de nuevo a su habitación para calmar aún más los nervios. Solo que tiene el efecto contrario. Lo que creí que era Jason no es él. Veo la punta de una almohada asomando por debajo de la manta.

No está dentro. Su coche está en el camino de entrada, pero él no está en su habitación.

Intento abrir la ventana y, para mi sorpresa, se desliza con facilidad. Es pequeña, pero lo bastante grande como para que yo pueda pasar. Lo bastante grande también para que Jason se haya deslizado hacia afuera.

Me caigo dentro y caigo al suelo de madera con un golpe sordo.

—Jason —llamo. Hay un hedor en su habitación, un olor a algo podrido. Enciendo la luz rápidamente y confirmo que no está dentro.

¿Dónde está? ¿Por qué no ha cogido el coche?

Al acercarme a su armario, oigo un crujido bajo mis pies. Miro hacia abajo y el suelo está cubierto de papeles destrozados. Cerca está la carpeta. La que suele estar en el salón, llena de artículos de prensa que Jason había recopilado. Su investigación, la llamaba él.

Ahora está hecha pedazos a mis pies, la carpeta en sí medio destrozada. Añadidas a todo ello hay fotos suyas con su exmujer. Muchas de ellas están rasgadas por la mitad, separándolos físicamente.

—¿Qué estás haciendo, Jason? —susurro para nadie—. ¿Qué has hecho?

Mis temores se confirman cuando abro la puerta del armario. Mezclada con el revoltijo de ropa sucia en el suelo y bolsas vacías de comida rápida, en el rincón del armario hay un carrito de la compra rojo.

Capítulo 35

Presente

Bajo a toda prisa por la oscura carretera e intento llamar de nuevo a la tía Sandra y al tío George. Ninguno de los dos ha cogido el teléfono. Incluso he probado con el fijo. Puede que sean las únicas personas que conozco que aún tienen uno, o eso creía. El número ya no está en servicio. El número que llevaba años guardado en el móvil puede que haya estado inactivo desde hace tiempo.

—¡Coge el teléfono! —le grito al móvil mientras intento marcar de nuevo el número del móvil de Sandra.

—Has llamado a Sandra Kempmen —dice mi tía en su mensaje de voz—. Por favor, deja tu nombre y tu número y te llamaré en cuanto pueda. ¡Gracias!

—Sandra —suelto, agotada por el ritmo al que camino—, cuando escuches esto, llámame enseguida.

El coche de Jason estaba en el camino de entrada, pero no he encontrado sus llaves. ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? Desde luego no habrá salido por la ventana de su habitación para unirse a las partidas de búsqueda.

Pienso en Sophia Hughes. ¿Por qué me asaltan pensamientos oscuros que no pueden ser ciertos? ¿Por qué iba a estar Jason involucrado? Y sin embargo, es lo único en lo que puedo pensar.

¿Era Jason el que estaba en el columpio? ¿Jason el que se llevó a la niña? ¿Por qué?

¿Había sido Jason el responsable de las desapariciones desde el principio? No tiene ningún sentido. Nada de esto lo tiene. Solo era un crío cuando desaparecieron los dos primeros niños. Teníamos catorce años cuando se llevaron a Ethan. Jason y él eran amigos.

Y sin embargo, pese a toda lógica, mi cabeza no deja de decirme cosas terribles.

Es él. Él es quien se ha llevado a Sophia.

Pienso en llamar al agente Anderson. Pero ¿qué le diría? ¿Que mi hermano ha salido de casa por la ventana de su habitación y ha dejado el coche en el camino de entrada? No es exactamente un delito. ¿Y si le cuento mis sospechas?

No tiene sentido. Tiene que haber una explicación que sí lo tenga.

Respiro hondo al pasar por la calle mayor. Está vacía ahora. No veo a nadie más con chalecos amarillos. Ni linternas a lo lejos. Aunque podrían estar en el bosque, buscando. O quizás lo han dejado por esta noche.

Me pregunto si el agente Anderson le habrá dicho a la mujer que organizaba las partidas de búsqueda que buscaran en el bosque detrás de la escuela. Al acercarme al campo de la escuela, compruebo por mí misma que esta vez no hay nadie.

¿Por qué se me disparan los pensamientos?

Jason es un buen hombre. ¿O no? Hace años que no paso de verdad tiempo con él. ¿Y si es un monstruo? ¿Y si le hizo daño a esa niña pequeña y a los demás?

Sacudo la cabeza ante la idea. No puede ser él.

Paso junto a la escuela y miro hacia el campo y el bosque que hay detrás. Ella está ahí, me digo, y al parecer nadie está buscando en esa zona.

Pero ahora mismo no puedo pensar en eso. Me dirijo a casa de mi tía y mi tío y sonrío cuando la veo a lo lejos. En cuanto llego al porche, aporreo la puerta y llamo al timbre varias veces. Sin embargo, no oigo ningún sonido dentro. Lo pulso varias veces más y empiezo a golpear la puerta con más fuerza.

—¡Tía Sandra! —grito—. ¡Tío George! ¡Que alguien abra la puerta, por favor!

No tarda demasiado en aparecer el tío George, que abre la puerta delantera apenas una rendija y me mira confundido.

—Son casi las doce de la noche, Ali —dice con voz ronca—. ¿Qué pasa?

—Os he llamado a los dos varias veces —digo frenéticamente—. ¡Jason ha desaparecido!

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Tengo un mal presentimiento —continúo—. No está en su habitación. Ben Anderson vino a casa y quería hablar con él. Está intentando localizar a la gente del pueblo que tenga una escopeta como la del hombre enmascarado en el columpio, y Jason aparece en el registro. Anderson se marchó porque yo pensaba que Jason estaba durmiendo. Creo que se escapó por la ventana de su habitación. Su coche sigue en el camino de entrada. ¿Jason tiene una escopeta? ¿Es verdad eso?

George me mira desconcertado. —Sí —responde—. A veces vamos de caza juntos. Entonces, ¿qué estás insinuando, Ali?

—No lo sé —digo—. ¿Y qué hay de su trabajo? ¿Sabías que le habían despedido?

George arquea las cejas. —Bueno, sí mencionó que tenía problemas en el trabajo, pero no habló mucho del tema. ¿Qué pasó?

—Lo echaron de la fábrica y tuvieron que escoltarlo fuera de las instalaciones.

—¿Qué?

La tía Sandra se acerca a nosotros en camión. —Ali, ¿qué ocurre?

—Es Jason —dice George.

—¿Qué le pasa? —pregunta Sandra, mirándonos a los dos.

—Cuando no respondió a la puerta de su habitación —digo, intentando recuperar el aliento—, di la vuelta a la casa. Su ventana estaba sin echar el pestillo. Su coche estaba en el camino de entrada. Entré en su habitación y había recortes sobre las desapariciones esparcidos por el suelo, junto con fotos rotas de él con su mujer.

Sandra sacude la cabeza. —Necesita ayuda, pero se niega a ir a terapia.

—Y cuando abrí su armario —digo, dudando si debería decirlo—, encontré dentro un carrete de lazo rojo.

George y Sandra intercambian una mirada.

—¿Qué estás insinuando? —vuelve a preguntar George.

—No lo sé. —Me tomo un momento antes de seguir—. Tengo un mal presentimiento. Tenemos que encontrarle.

George agacha la cabeza. —Vamos a buscarlo. Conduzco yo.

—¿Tenéis alguna linterna? —pregunto.

—Voy a por ellas —responde. Mientras se va a la cocina y desaparece de mi vista, Sandra me mira sin expresión.

—¿Crees que tu hermano se ha llevado a esa niña pequeña? —dice consternada—. Ali, yo...

—Ahora mismo no estoy diciendo nada —digo—. Nuestra familia ya ha tenido suficientes acusaciones encima. No pretendo añadir más. Solo tenemos que encontrarle.

Un golpe sordo llega desde la cocina. —¡George! —grita la tía Sandra.

—Estoy bien —dice él—. Se me han caído las linternas. —Entra en la habitación y las enciende una por una—. Siguen funcionando.

—¡Dennis! —grita una mujer desde otra habitación.

—Se ha despertado —dice Sandra con un suspiro. Mira a George—. Ve con Ali a encontrarle. Yo me quedo con Connie.

George asiente. —Vamos. —El tío George hace girar las llaves alrededor del dedo mientras nos dirigimos hacia su camioneta roja brillante.

—¡Dennis! —grita Connie más fuerte. Sandra me pide que le vaya dando noticias mientras nos ve subir a la camioneta y nos saluda con la mano antes de cerrar la puerta principal.

—Bien —dice George, arrancando el motor—. ¿Llamamos a Ben?

Niego con la cabeza. —Primero encontremos a Jason. Puede que esté exagerando.

George se da un golpe en la cabeza. —Ah, se me ha olvidado el gorro. Ahora vuelvo.

Suspiro para mis adentros mientras George baja y vuelve corriendo a su casa. Así es el tío George. Siempre olvidando su gorro gris. Estoy bastante segura de que esa gorra es más vieja que yo.

Esta camioneta es igual a la que tenía cuando yo era pequeña. Del mismo color, quizás un rojo algo más vivo. Con prestaciones mucho mejores que su camioneta anterior. Asientos con calefacción. Interior de cuero. Aparcamiento automático y asistente de carril.

Sonríó al mirar la guantera. Cuando éramos pequeños, el tío George la llenaba de chuches. Me preguntaba si lo hacía solo para Jason y para mí, o si era más bien para él.

La abro para comprobarlo. Un tentempié azucarado me vendría bien ahora mismo. Se me abren los ojos de par en par al ver lo que hay dentro. Ni piruletas ni Twizzlers ni ninguna otra golosina.

El mapa doblado. Uno que reconocí al instante. Un sol de dibujos animados con las gafas de sol caídas sobre la nariz. Pone «Kananaskis Trail Map» en negrita en la portada. Lo cojo y lo abro a medias. Dentro veo marcas que también reconozco. Varios círculos con una X tachándolos aparecen en la página.

Una de las marcas me resulta familiar. De pequeña, vi a papá escribir en ese mismo mapa. Hay una docena más de marcas que no vi cuando estuve en el despacho de mi padre. Estas están hechas solo con una X.

Además de las nuevas marcas, hay otras diferencias. Recuerdo que pensé que Dennis había escrito una W encima de la marca que hizo. Ahora que el mapa está delante de mí, veo que en realidad es una M.

Hay otros dos círculos con una X tachándolos y cada uno tiene una letra en lápiz encima. Uno tiene la letra J. El último tiene una E.

Todas las marcas, incluidas las que no había visto antes, están en zonas arboladas del mapa, lejos de las rutas del sendero.

La puerta delantera se abre y George sale ajustándose el gorro gris en la cabeza. Mientras camina hacia la camioneta, doblo el mapa rápidamente y meto todo lo que cabe en el bolsillo del vaquero. Sobresale, y no hay tiempo de devolverlo al sitio porque George abre la puerta delantera.

Con horror, me doy cuenta de que la guantera sigue abierta. La cierro de golpe mientras George mira por el parabrisas delantero y se deja caer en el asiento del conductor.

—¿Lista? —pregunta.

Preocupada porque se fije en el mapa que asoma del bolsillo del vaquero, abro la puerta del copiloto. —Pensándolo mejor —digo—, deberíamos separarnos. Así lo encontraremos más rápido. ¿Llevas el móvil encima?

Asiente. —Sí. Pero es tarde. Probablemente no deberías salir sola, sobre todo después de lo que ha pasado esta noche.

George ha dicho que va de caza con Jason. Supongo que eso significa que él también tiene un arma. ¿También tiene una escopeta? ¿A qué tipo de caza van Jason y George?

—Sé cuidarme sola —le digo—. Llámame si le encuentras. —Cojo una de las linternas que hay dentro de la camioneta antes de cerrar la puerta de golpe. Me muevo deprisa antes de que pueda decir nada más. Empiezo a caminar calle abajo y me giro una vez para mirarlo. Cuando lo hago, me está observando.

Capítulo 36

Presente

No puedo dejar de correr. Es como si al parar, mis pensamientos también se detuvieran y tuviera que enfrentarme a todo.

El mapa que vi en el despacho de mi padre hace años está ahora en la guantera del tío George. Y ahora tiene también nuevas marcas.

Tenía que alejarme de él. Tuve un momento de lucha o huida, y decidí escapar tan rápido como pude.

Mientras corro calle abajo, echo varias miradas atrás en espera de que George me siga en su llamativa camioneta roja. Pero no lo hace. La camioneta sigue aparcada en su entrada.

Y luego está Jason. ¿Qué está tramando? ¿Dónde está? Nada tiene sentido y, sin embargo, en lo más hondo de mí, tengo esa retorcida sensación visceral de que todo está conectado.

Una parte de mí piensa en llamar a la policía, pero ¿puedo siquiera confiar en Ben Anderson?

No puedo confiar en nadie en este pueblo. Las personas que arruinaron mi infancia, incluido Ben, siguen viviendo aquí. Los hombres que mataron a mi padre siguen en libertad.

Nunca debería haber vuelto.

Al acercarme al colegio, trepo la valla y casi me enredo en los eslabones metálicos al hacerlo. Por suerte, ahora no hay hombres enmascarados en los columpios.

Paso por la pequeña abertura en la parte trasera de la valla que conduce al bosque. He estado aquí muchas veces, sobre todo de noche con Ethan. Cogíamos juntos el sendero especial mientras hacíamos senderismo hasta el club. Nos dábamos la mano, nos dábamos breves besos por el camino y hablábamos de cómo podría ser la vida juntos.

Solo teníamos catorce años, pero incluso entonces daba la sensación de que éramos almas gemelas. El asesino se llevó a Ethan y la vida que debería haber tenido.

En aquella época, nunca quise irme de este pueblo. Lo único que quería era ir al club con Ethan y fingir que era nuestra casa de verdad. Pasar tiempo con él. Reírme con él. Crear más recuerdos.

Todo eso me lo arrebataron la noche en que Ethan desapareció.

En este pueblo no queda nada bueno. Debería haberme ido mientras podía. Pero si eso es lo que quiero, ¿qué hago yo en este bosque?

Sophia Hughes. Ha desaparecido. Tuve una corazonada, incluso antes de ver al hombre enmascarado junto a los columpios, de que estaba en este bosque.

¿Quién es el responsable de todo esto? ¿Quién se llevó a Ethan? ¿Quién se llevó a los demás? ¿Qué hicieron con ellos?

Pienso en el mapa que llevo doblado en el bolsillo. Al mirarlo, vi las marcas que Dennis hizo cuando yo era pequeña. La M que creí que era una W. Y ahora una J y una E.

En ese momento, encontrarlo me perturbó tanto que abandoné su camioneta para ir a buscar a Jason por mi cuenta. Aunque, ¿por qué?

M, J y E. Me repito las letras mientras busco el club en el oscuro bosque. —M, J, E —digo en voz alta mientras agacho la cabeza bajo una rama baja.

M, J y E.

Pienso en Ethan y en los momentos que vivimos en el club. Pienso en cuando nos conocimos, y en cuando me habló de los niños desaparecidos. En aquel momento solo habían desaparecido dos. Recuerdo sus nombres con facilidad. Cualquiera que viva en Kadestill sería capaz de repetir los nombres de las víctimas.

Melissa Hendson y Johnathon Beyers. Y luego está Ethan.

M, J y E.

Me quedo paralizada en el sitio cuando me golpea la revelación. Las letras son las iniciales de los niños que fueron secuestrados.

Entonces me sacude otra revelación.

Veó el árbol caído más adelante y sé que estoy cerca del club. Lo salto rápidamente y entonces, por el rabillo del ojo, veo una luz. Es tenue, pero suficiente para distinguir de dónde viene. El club. Por una pequeña ventana asoma una débil luz azul.

Me detengo mientras espío el interior, confirmando lo que ya intuía. Me agacho detrás de un arbusto y observo. Dentro, la silueta de una niña se mueve en la oscuridad. Lleva la mano lentamente hacia la cabeza. Se me cae la boca abierta al ver confirmados mis peores temores. Doy unos pasos más y ahora la veo mejor. Está sonriendo y suelta una carcajada mientras se coloca bien los auriculares rojos en la cabeza.

Incluso puedo distinguir ahora sus movimientos de manos. Tiene un sándwich en la mano y da pequeños mordiscos mientras mira hacia abajo lo que parece ser un pequeño dispositivo, con la sonrisa ensanchándose en su rostro.

El sonido de una rama que se rompe a mi espalda me deja helada. Los ojos se me abren de par en par al escuchar otro sonido; ahora sé que es un paso. —No deberías haber venido aquí —dice una voz familiar. Respiro hondo y me vuelvo despacio. Un hombre con un pasamontañas negro me mira desde arriba, con la escopeta apuntando hacia mi cabeza. —No grites, o la asustarás.

Capítulo 37

Presente

Me levanto despacio, con el hombre enmascarado apuntándome con la escopeta. —No me apuntes con eso, Jason —digo, escrutando los ojos de mi hermano a través del pasamontañas.

Asiente y se quita la máscara, dejando al descubierto lo que ya sabía. —No deberías haber venido. —Baja el arma y la apunta ligeramente a mi izquierda.

Niego con la cabeza. —¿Qué has hecho?

—No iba a hacerle daño —dice con calma.

—Entonces, ¿para qué tienes una escopeta? —Aprieta los labios pero no responde. —Tienes que soltarla.

—No —dice con un tono áspero, removiéndome el arma entre sus manos.

—¿Por qué? ¿Qué piensas hacer con ella?

Me mira un instante y vuelve a alzar la vista hacia mí. —No lo entiendes. Nunca lo entendiste. En cuanto pudiste, te largaste del pueblo. Nos dejaste a mamá y a mí. Te cambiaste el nombre. No podías esperar a dejar de ser una Kempmen. En su lugar, adoptaste el apellido de los padres que te abandonaron. Cualquier cosa era mejor que ser una Kempmen, ¿verdad, Ali?

—Tienes que soltarla, Jason —digo en voz baja. —Esto no eres tú.

—¿Cómo sabes quién soy? —dice con dureza. —Nunca fuiste realmente parte de mi familia. Sigues sin querer llamar madre a Connie, incluso mientras ella se muere delante de ti. Tampoco eras realmente su hija, así

que ¿cómo podrías entender lo que estoy haciendo? Mataron a papá. Era inocente. Lo sabes. Aunque hayas intentado pasar página, sabes que él no mató a esos niños. ¡No mató a Ethan!

Miro hacia atrás y la niña pequeña termina su bocadillo y echa un vistazo alrededor de la casa del árbol.

—El asesino que se llevó a esos niños sigue ahí fuera —grita Jason. —Y gracias a lo que he hecho, la policía volverá a buscarlo. El mundo verá lo que ocurrió aquí. Sabrán que papá no pudo ser quien mató a esos niños. Gracias a esa niña pequeña, por fin se proclamará públicamente la inocencia de papá. La búsqueda del verdadero asesino comenzará de nuevo.

—Jason —digo en voz baja, intentando calmarlo—, nosotros...

—¡No! —grita. —¿Es que no lo ves? ¡La justicia tiene que prevalecer! Los hombres que mataron a papá son los verdaderamente culpables. Todo en este mundo es tan despiadado. Injusto. Todos los mentirosos, tramposos y embusteros creen que son intocables. Creen que pueden arruinaros la vida y seguir adelante libres y felices con la suya. Todos ellos. Pero había algo que yo podía hacer para enmendar un error. El mundo sabrá que nuestro padre es inocente.

—Lo que le has hecho a Sophia Hughes no es justo ni es Justicia. Esa niña pequeña no se merece nada de esto, Jason.

Niega con la cabeza. —La cuidé bien, Ali. Pasé todo el tiempo que pude en estos bosques para estar con ella. Le di de comer. Le traje mantas para que no pasara frío. Una tableta para entretenerse. No tenía intención de hacerle daño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Han pasado días y nadie ha rehabilitado la reputación de papá. ¿Qué hará falta para que el mundo sepa que es inocente? ¿Para que las cosas se arreglen?

Abro los ojos de par en par al darme cuenta de hasta qué punto ha perdido el juicio mi hermano. —Tenemos derecho a estar furiosos, Jason. —Doy un paso hacia él con las manos en alto. —Lo tenemos. Lo que nos pasó a los dos estuvo mal. No nos lo merecíamos. Teníamos derecho a tener a nuestro padre en nuestra vida durante más tiempo. —Doy otro paso hacia él. —No tenían que haberle asesinado. —El arma desciende ligeramente en la mano de Jason. —Tú nunca te mereciste lo que te pasó con tu matrimonio. Ella no tendría que haberte sido infiel. No tendría que haberte dejado. Deberías seguir siendo feliz, con la vida que mereces. Sé cuánto deseabas tener hijos

propios. —Ahora se forma una lágrima en su ojo. —Nos merecíamos vidas mejores. Mis padres biológicos no tendrían que haberme tratado tan mal. No tendrían que haberme abandonado. Yo no tendría que haber abandonado este pueblo. —Doy otro paso hacia él, con las manos tendidas hacia las suyas. —Lo siento mucho. Estaba tan disgustada. Furiosa. Huía de todo por lo terrible que me sentía por dentro.

—A ti también te fue infiel —dice él, con una lágrima deslizándose por su mejilla. —Andrew. Ninguno de los dos pedimos que ocurriera nada de esto. Solo queríamos ser felices. —Tiende la mano, coge la mía y baja la cabeza; las lágrimas caen ya libremente. —No quería hacerle daño. Solo quería que supieran que estaban equivocados con papá.

—Lo sabrán —digo. —Pero todas esas cosas terribles que nos han pasado no son culpa de esa niña pequeña.

De repente suelta mi mano. —No, no lo son —confirma. —La culpa es de Richard Harris. Sabemos que fue uno de los hombres que mató a papá aquella noche. Sospecho que el padre de Tanner también estaba allí. Ya averiguaré los otros nombres tarde o temprano, y uno a uno recibirán la Justicia que se merecen. Richard Harris ya recibió la suya.

Le miro extrañada mientras una sonrisa de satisfacción le cruza el rostro. —¿Qué has hecho, Jason?

Suelta una risa nerviosa. —También está aquí, en el bosque, en algún lugar. No quiso decirme los otros nombres. Todo el pueblo creyó que simplemente se había marchado. Eso me vino bien. —Me mira con frialdad. —Ahora, como ya he dicho, ojalá nunca hubieras venido aquí. No puedo permitir que me entorpezcas.

Me apunta con el arma y con la otra mano me agarra, metiéndola en el bolsillo de mis vaqueros para sacar el móvil. Sonríe mientras lo lanza con fuerza al suelo y lo aplasta con el pie.

Abro los ojos de par en par al comprender lo que tiene en mente. Meto la mano en el bolsillo y le enseño el mapa.

—¿Sabes lo que es esto? —pregunto. —Lo encontré en la furgoneta del tío George. —Lo abro y le muestro las marcas. —Creo que es él. Ya había visto este mapa antes.

—¿De qué estás hablando? —dice, desconcertado.

—Fue George quien se los llevó. Mira —digo, tendiéndole la mano con el mapa. Jason lo arrebató rápidamente y lo despliega. —Las marcas están lejos de todos los senderos. Las señaladas con un círculo con una X tienen

una letra escrita a lápiz encima. M, J y E. Creo que corresponden a Melissa Hendson, Johnathon Beyers y Ethan Harris.

Jason baja el mapa en su mano. —¿Y estas otras marcas? ¿Las que tienen solo una X?

—No lo sé —digo.

—¿Crees que el tío George es el verdadero asesino? —Me mira fijamente, con el rostro pálido y una lágrima formándose en el ojo.

Antes de que pueda decir una palabra, da un paso hacia mí. —¡Jason! —grito. Pero él no dice nada. Me empuja para pasar y se adentra en el bosque oscuro, perdiéndose de vista en cuestión de segundos.

Capítulo 38

Presente

Cuando entro en el club, Sophia me mira de forma extraña. La rodean varios edredones, almohadas y sábanas, con un colchón hinchable cerca.

En el pie lleva una cuerda con un nudo apretado atada a una de las columnas del interior. La saludo con una sonrisa suave.

—Hola, Sophia —le digo. Me acerco a ella despacio. —¿Estás bien?

Ella me sonríe y se quita los auriculares. —¿Dónde está? —pregunta, confundida. —¿El hombre triste?

Le dedico una sonrisa tenue. —Ya se ha ido. ¿Te has hecho daño?

Niega con la cabeza y levanta una bolsita de pretzels. —Solo tomando un tentempié nocturno. Me asusté cuando me desperté, y el hombre triste me dio algo de comer y me dejó ver Blippi. —Baja la vista hacia su iPad. —El hombre triste dijo que pronto iría a buscar a mi mamá para que viniera a recogerme.

—Qué bien —digo, sin poder contener las lágrimas. Me las seco rápidamente. —Soy Ali. Soy la hermana del hombre triste. Tu mamá ya está lista para verte. ¿Me dejas llevarte con ella?

La sonrisa de la niña pequeña se ensancha. —¡Sí! —exclama emocionada. —Pero aquí fuera da miedo.

—Tengo una linterna —digo con una amplia sonrisa. La niña pequeña intenta ponerse en pie, pero la cuerda no le permite alejarse mucho. —Vamos a quitarte eso.

—El hombre triste me dijo que tenía que atarme esto para que no me adentrara en el bosque y me perdiera.

Me acerco a ella y le cojo la mano. —Ya no te vas a perder más, cariño. —Miro alrededor del oscuro club, ayudándome de la luz del iPad para ver. Me asomo por la pequeña ventana del club y contemplo el oscuro bosque del exterior.

Me pregunto dónde estará Jason.

Entonces lo veo. Su nombre en el trozo de madera bajo la ventana. Debajo están los de Ethan, Tanner y, por último, el mío.

Me golpea de pronto. El cuchillo que guardábamos en el club. ¿Qué posibilidades hay de que siga aquí? Lo teníamos escondido bajo la piedra grande del otro lado. Cuando veo que la piedra sigue en el lugar que recuerdo, sonrío. Escarbo rápidamente por un lado y noto el mango del cuchillo entre los dedos.

El filo mirando hacia la piedra, nos decía Jason.

—¿Estás lista para salir? —le pregunto a Sophia, y ella asiente. —Solo necesito cortarte la cuerda, ¿de acuerdo, cariño?

Vuelve a asentir. —¿Puedo seguir viendo Blippi? Mamá nunca me deja tener tiempo de pantalla.

Me río mientras corto la cuerda. Me lleva un rato cortar el nudo grueso, y tengo que recordarle a Sophia que se quede muy quieta. Cuando por fin queda libre, le doy un abrazo grande.

—Vamos —le digo mientras le cojo la mano y enciendo la linterna.

La guío fuera del club y despacio a través del bosque. Lo último que quiero es asustarla. Dado lo contenta que parece, me pregunto qué delicadeza habría tenido Jason con ella.

Me golpea de pronto. Jason había estado saliendo de casa a escondidas con comida. El sándwich que preparó esta noche era para ella, no para él. La fiambarrera grande de metal con la que salía era evidentemente para esto, no para el trabajo. Las sábanas de más que Connie no tenía, Jason las cogió para dárselas a ella.

Y no solo eso: Jason pasaba con ella todo el tiempo que podía. Marchándose a horas raras en plena noche y quedándose aquí todo el día. Con razón tenía tan mala cara de sueño. Es que no dormía.

Dedicaba el menor tiempo posible a estar conmigo, para estar con Sophia.

El hombre triste, lo llamó la niña pequeña. Si alguna vez hubo un término que le viniera como anillo al dedo a Jason, ese era ese.

Mientras nos encaminamos de vuelta a la escuela, Sophia empieza a aminorar el paso. —Me duelen los pies —dice. —Estoy cansada. —Se detiene en medio del bosque y mira a su alrededor con cara de disgusto. —Aquí da mucho miedo.

Sonrío. —¿Quieres que te lleve en brazos?

Cuando asiente, la cojo y le paso el brazo por debajo mientras ella me rodea el hombro con los suyos. Hundo la cabeza en mi pecho. Para cuando llegamos al campo de la escuela, ha conseguido quedarse dormida mientras yo me abría camino por el bosque.

Con ella en brazos, cruzo el campo y salgo a la calle, preguntándome qué hacer.

—Despierta —le digo en voz baja. —Sophia, despierta. —Sus ojitos empiezan a abrirse. —¿Dónde vives, cariño?

—No lo sé —dice.

Miro las oscuras calles sin saber qué hacer. No hay ninguna luz encendida en los porches. No hay nadie fuera. No tengo ninguna forma de pedir ayuda.

Después de caminar calle abajo, encuentro la respuesta. Una ambulancia dobla la esquina y avanza hacia mí, iluminando la carretera con su luz.

Le hago señas. —¡Espere! —grito, plantándome en su camino.

La ambulancia frena y un paramédico confundido baja del vehículo. —¿Está bien? —pregunta.

—Esta es Sophia Hughes —le digo. Me mira atónito. Por un momento no sé qué decir, pero sé que tiene preguntas. —Mi hermano, Jason Kempmen, la secuestró y la tuvo en el bosque. Pero está bien. No está herida.

—Kempmen —repite el paramédico. —Adonde voy ahora mismo. A casa de un tal George Kempmen.

Capítulo 39

Presente

Antes de dejar a Sophia, le doy un abrazo suave. —Pronto vas a ver a mamá —le digo. La expresión de su cara es preciosa. Una niña pequeña va a reunirse enseguida con sus padres después de dos días. Ojalá pudiera verlo con mis propios ojos.

El paramédico dice que avisará a sus padres de inmediato antes de que me marche.

Miro a la niña pequeña. —Tengo que irme ya, Sophia. Ha sido un placer conocerte. Ahora tengo que ir a ayudar al hombre triste.

—De acuerdo —dice ella, despidiéndose con la mano y frotándose los ojos. Sin decirle una sola palabra más al paramédico, que seguramente tiene más preguntas para mí o para la niña pequeña, me dirijo hacia la casa de mi tío.

De nuevo me encuentro corriendo tan rápido como puedo. No sé qué haré cuando llegue. El paramédico dijo que lo habían llamado para ir allí, pero que no sabía qué estaba pasando.

Giro hacia la calle y veo las luces intermitentes de una patrulla aparcada frente a su casa. La luz de las farolas revela al agente Anderson en la calzada. Conforme me acerco, puedo oírle hablar por la radio.

—¡Repito, se necesitan refuerzos inmediatos! —grita Anderson por el micrófono. Se da la vuelta y me ve acercándome. —¡Ali! —grita—. No te acerques.

—¿Qué está pasando? —grito yo, sin aliento, frenando cuando llego hasta él. Me doy la vuelta y veo a la tía Sandra en el asiento trasero del coche patrulla. Me mira, confundida. —¿Estás bien? —le grito.

No responde. Todo lo que puede hacer es mirar fijamente su casa. Estoy segura de que tiene los mismos pensamientos que yo. ¿Qué está pasando dentro?

—Jason tiene a tu tío como rehén —dice el agente Anderson—. Ha dejado salir a tu tía, pero tiene una escopeta dentro. Deberías sacarla de aquí mientras nosotros nos encargamos de esto. Los refuerzos están de camino. —Doy un paso hacia la casa—. ¡Quédate aquí, Ali! —exige. Como no le hago caso, extiende el brazo y me agarra del hombro con fuerza hasta que dejo de moverme.

—He encontrado a Sophia Hughes —digo, mirando fijamente la casa. Miro al agente Anderson de reojo para ver su reacción de asombro.

—¿Está bien?

—Jason la tenía en la vieja casa club que teníamos en el bosque —digo—. La ha estado reteniendo allí. Había un paramédico de camino hacia aquí y la niña está con él.

A Anderson se le cae la mandíbula. —¿Por qué haría algo así Jason?

Tomo aire profundamente. —Porque quería limpiar el nombre de Dennis. Porque a su padre lo asesinaron a sangre fría y nadie hizo nada al respecto. —Lo miro de nuevo. No responde de inmediato. Puedo verle ordenar sus pensamientos.

—¿Qué hace aquí? —pregunta, confundido.

—Es George —digo—. Él fue quien se llevó a los niños hace todos esos años.

Anderson parece aún más asombrado y confundido. —¿Cómo lo sabes?

Estoy a punto de contarle la terrible verdad, pero unos gritos desde dentro nos interrumpen. —¡Admítelo! —vocifera una voz retumbante.

—¡Jason! —llamo yo. Paso corriendo junto al agente mientras me grita que me detenga.

Mientras subo los escalones corriendo y aporreo la puerta, oigo a Jason gritar más cosas a George. —¡Admite lo que has hecho!

Las cortinas están echadas, pero puedo ver un poco el interior de la casa. George está sentado en un sofá de dos plazas del salón mientras Jason va y viene delante de él con la escopeta en la mano.

Capítulo 40

Presente

—¡Abre la puerta! —exijo, aporreando con fuerza.

—¿Ali? —dice Jason desde dentro. Se produce una pausa. —Tienes que irte.

—Merezco estar ahí dentro tanto como tú.

La puerta se abre de golpe, seguida del cañón de la escopeta apuntando al agente Anderson. —Atrás —grita Jason. Me agarra del hombro y me empuja hacia dentro, cerrando la puerta deprisa. Se da la vuelta de inmediato cuando George se incorpora del sofá. —¿A dónde vas? Siéntate. ¡Ahora!

—Jason —suplica George, levantando las manos pero sin sentarse—. Tu madre está en la otra habitación. No hagas ninguna estupidez de la que te vayas a arrepentir. Déjame marcharme sin más. No hay ningún motivo para que esto se ponga feo, ¿de acuerdo?

—¡Los mataste! A esos niños. —Jason me mira—. Asesinó a Ethan.

Miro a George, y por un momento la sonrisa habitual de su cara desaparece. Sus facciones apacibles se endurecen, sus ojos cálidos se vuelven fríos.

—Lo sé —susurro.

—¡Dennis! —llama una voz desde el pasillo.

El tío George esboza una sonrisa irónica. —No querrás hacer ninguna tontería, chico. Baja el arma. Déjame marcharme sin más. Yo no he hecho

nada malo. No querrás que tu propia madre te oiga matar a su cuñado, ¿verdad?

Jason sonríe con desdén. —No se va a acordar aunque lo haga.

George lo mira con una expresión nerviosa. —¡Yo no he hecho nada malo! ¿Qué os ha llevado a los dos a inventaros algo tan descabellado? Yo jamás haría daño a nadie.

Jason saca el mapa que me quitó en el bosque. —Ali te lo cogió del camión. —El semblante de George se descompone mientras lo mira fijamente—. Hay un montón de marcas en este mapa. ¿Qué crees que pasará cuando la policía vaya a una de ellas? ¿Qué encontrarán, tío George?

Mira a Jason y luego a mí, pero no responde. Se sienta despacio, con la cabeza gacha.

—¡Monstruo! —grita Jason—. Debería matarte ahora mismo. —Levanta la escopeta apuntándole.

—Jason —suplico—. No lo hagas. Se merece pudrirse en la cárcel el resto de su vida. Entreguémoselo a Anderson. Está fuera con la tía Sandra.

Cuando menciono su nombre, George se cubre la cara. —Dios mío —susurra—. Matadme de una vez. —Mira a Jason—. Hazlo.

Jason recoloca la escopeta en la mano, apoyando el cañón contra su hombro. —Una prisión suena bien, ¿verdad, tío George?

—¡Dennis! —llama Connie desde el pasillo—. ¿Qué está pasando?

Jason gruñe. —¡Mamá! —grita sin dejar de apuntar a su tío con el arma—. ¡Papá está muerto!

—Baja el arma, Jason —grito de nuevo—. Tú no le hiciste daño a Sophia. La cuidaste bien, a pesar de todo lo que hiciste. Deja que George se entregue y podemos seguir adelante con nuestras vidas. La Justicia se hará.

George suelta una carcajada. —¿Fuiste tú quien se llevó a esa niña pequeña? —Vuelve a reír con nerviosismo—. Supongo que viene de familia.

—¿Qué? —dice Jason desconcertado.

—Los secuestros. Los crímenes. —George sonríe—. ¿De verdad creíais que hice todas esas marcas en este mapa yo solo? —Nos mira a los dos—. Tu padre me ayudó —dice, mirando a Jason con una sonrisa perversa.

—¡Eso no es verdad! —grita Jason—. ¡Para de mentir! No haces más que mentir.

Ríe. —¿Ah, no? Espera a que le cuente a la policía todo lo que hizo tu padre conmigo. —Me mira—. Matar a tu amigo Ethan fue idea suya.

—¡Cállate! —grita Jason.

Se me cae la boca al suelo cuando sus palabras me golpean. El mapa que encontré en su camión era el mismo que Dennis tenía en su despacho. Yo misma lo vi hacer las marcas. He estado dando vueltas toda la noche intentando atar todos los cabos cuando la verdad estaba a la vista.

George suelta una risa nerviosa. —Mátame, chico —dice con tono duro—. Y nadie lo sabrá jamás.

—¡Cierra la boca o te la vuelo! —Jason levanta el arma y apunta a la cabeza de su tío. George incluso apoya la frente contra el cañón.

—Adelante —dice—. Aprieta el gatillo. —Como Jason no lo hace, trata con más ahínco de provocarle—. ¿Por qué crees que tu padre adoptó a una niña pequeña? —Levanta la cabeza y me mira fijamente con la cara más perversa que he visto en mi vida.

Mientras proceso sus palabras y lo que quiere decir con ellas, Jason da un paso atrás.

—Nunca llegó a hacerlo —dice George con una carcajada—. Así era tu padre. Siempre tan débil.

—¡Cállate! —chilla Jason. Gira la escopeta y golpea a su tío en la cara con el cañón. —¡Cállate! —grita aún más fuerte.

Mientras la sangre brota de la nariz de George, este se cubre la cara y suelta otra carcajada. —¿De quién crees que fue la idea de atar cintas donde nos los llevábamos?

Los ojos de Jason se abren como platos. Como si estuviera en trance, gira la escopeta, pero esta vez no apunta a George. Con el cañón dirigido hacia su propio pecho, Jason me mira y lanza un último alarido antes de apretar el gatillo.

Capítulo 41

Presente

Me quedo paralizada mientras contemplo el cuerpo de mi hermano, con la boca abierta de par en par. Quiero gritar, pero ningún sonido escapa de mis labios.

—Dennis, ¿qué es ese ruido? —grita Connie desde su habitación.

Su voz me devuelve a la realidad y, a juzgar por la expresión de George, a él también. Ya tiene los ojos puestos en la escopeta que hay junto a Jason. Me lanza una mirada antes de abalanzarse hacia ella.

Me lanzo contra él y cojo el otro extremo del cañón largo. Intenta apartarme de un empujón con la otra mano, pero me aferro a la escopeta y le hago perder el equilibrio. Los dos caemos al suelo.

De nuevo es George quien llega primero a la escopeta. Me levanto deprisa mientras él se incorpora poco a poco. Consigo coger la escopeta y la alzo torpemente por el cañón, pero no soy lo bastante rápida. George me agarra del hombro y con la otra mano coge el arma.

—¡Dennis! —grita Connie desde su habitación.

Mientras intento zafarme de su agarre, nuestras miradas se encuentran. Su fría y malévola mirada me aterra. Comprendo entonces que quizá esa sea la misma expresión que tuvieron sus víctimas en sus últimos momentos. Me hace pensar en Ethan y en lo que este monstruo, junto con mi padre adoptivo, puede haberle hecho.

Sin dudarle un instante, lanzo el brazo y le golpeo con rapidez en el cuello. George suelta inmediatamente la mano de mi hombro, se lleva las

manos a la garganta y tose con violencia.

Con la escopeta ya en mis brazos, la apunto hacia él, convencida de que todo ha terminado. —¡Para! —le digo.

Unos fuertes golpes en la puerta apartan mi atención de George por un momento. —¡Abre la puerta, Ali! —exige el agente Anderson. Los golpes se convierten en portazos.

Está intentando echarla abajo, comprendo.

—Dispárame —dice George, casi en un susurro, entre toses—. Hazlo, Ali. Si lo haces, puedes echarme la culpa de todo esto. El mapa. Los cuerpos que encontrarán. Tu padre puede quedar libre de toda sospecha. Es lo único que Jason quería. No dejes que su muerte haya sido en vano. Piensa en él. —Da un paso hacia mí—. Hazlo. Aprieta el gatillo.

—¡Ali! —grita Anderson mientras intenta echar la puerta abajo.

Doy un paso atrás. —Se acabó —le digo a mi tío.

De repente, la puerta cede de golpe y Anderson irrumpe tambaleándose, con el arma desenfundada. Me mira con la escopeta en la mano.

George lanza una mirada al agente, incapaz de disimular su mueca de odio. Grita mientras corre hacia mí con el brazo derecho alzado por encima de la cabeza.

Anderson es el primero en dispararle, alcanzándole varias veces en el pecho, pero no consigue frenarlo. La escopeta sí lo hace. Cuando aprieto el gatillo, la expresión de pura rabia de George se transforma en estupor mientras el impacto lo derriba y lo arroja al suelo.

Capítulo 42

Presente

—¿Dennis está bien? —pregunta Connie mientras se incorpora en la cama, desconcertada por el alboroto.

Le sonrío. —Todo está bien —miento. Jamás me atrevería a decirle la verdad. Su hijo está muerto. Su cuñado también fue asesinado. George fue quien mató a esos niños, años atrás. Su marido era igualmente un monstruo que asesinó a los más vulnerables.

El agente Anderson entra en la habitación. —Un paramédico está listo para llevarse a tu madre —dice—. Tu tía dice que puede cuidarla en casa de tu madre mientras terminamos de hablar contigo.

Cuando la mencionan, se me revuelve el estómago. —¿Cómo está Sandra? ¿Cuánto sabe?

Anderson me mira sin expresión. —Cuando Jason entró en su casa, iba diciendo disparates de que George había matado a esos niños años atrás. Que él era el responsable de las desapariciones... Sandra sabe que su marido está muerto. El resto tampoco lo sabemos nosotros todavía.

Asiento con la cabeza mientras un paramédico entra en la habitación y ayuda a Connie a salir de la cama con delicadeza.

—¿Adónde voy? —dice Connie.

—Te llevan a casa —digo, intentando tranquilizarla. Me mira confundida, y sé, sin que me lo pregunte, que no está segura de quién soy.

Miro por la ventana del dormitorio hacia la ambulancia y varias patrullas que ahora están aparcadas en la calle. En el interior de una de las patrullas

veo a Sandra. Tiene la vista fija en el respaldo del asiento del copiloto, el rostro en blanco, sin expresión alguna.

Solo puedo imaginar lo que estará pensando. ¿Cómo es posible que haya pasado toda su vida con George sin haber llegado a saber quién era realmente? Siempre había parecido tan tranquilo y bondadoso. Todo era una farsa. Nunca fue un hombre íntegro. Era un buen farsante.

Las piernas de Connie parecen un poco inestables y Anderson ayuda al paramédico con ella. —Vi la silla de ruedas en el salón —dice. El paramédico asiente mientras se dirigen al pasillo.

Los sigo por detrás, asimilando la escena de pesadilla. La sangre mancha las paredes, tanto de la herida que Jason se infligió a sí mismo como de George. Dos agentes recorren la habitación anotando en sus libretas.

En el suelo están George y Jason, los dos muertos. Sus cuerpos están cubiertos con sábanas. Mientras Anderson está distraído con Connie y los otros agentes procesan el otro extremo de la habitación, bajo la vista hacia donde yace el cuerpo de mi hermano.

Me asalta el recuerdo de aquella terrible noche en que los hombres enmascarados entraron en nuestra casa familiar. Tenían razón. Dennis Kempmen era un asesino. Un asesino de niños. Me golpea una oleada de emociones.

Recuerdo la expresión que tenía Jason cuando volvió a colarse en la casa para ver lo que quedaba de su padre. De pie sobre Jason, me imagino qué aspecto tendría si yo hiciera lo mismo. Respiro hondo, sabiendo que hay cosas que no merece la pena ver.

Jason hizo de todo, incluido secuestrar a un niño él mismo, para intentar demostrar la inocencia de su padre. Solo que le salió el tiro por la culata. Demostró lo que el pueblo ya pensaba. Dennis Kempmen era verdaderamente un monstruo. Y su hermano también.

Miro hacia la otra sábana blanca en el suelo. La expresión del rostro de George cuando intentó atacarme quedará grabada en mi memoria para el resto de mi vida. No cabe duda de que me habría hecho daño si hubiese podido.

En la mesilla junto al sofá está la gorra plana gris de George. La cojo delicadamente con dos dedos, como si estuviera contaminada, y la dejo caer sobre la sábana blanca que tengo debajo.

—Ali —dice el agente Anderson, acercándose a mí—. ¿Puedes venir a la comisaría? —pregunta—. Tenemos mucho que aclarar aquí.

Pienso en las palabras que George me dijo antes de que apretara el gatillo. La muerte de Jason no tiene por qué ser en vano. Podría darle a mi hermano lo que murió buscando. Demostrar la inocencia de su padre.

Al mirar por la habitación, veo el mapa junto a los dos agentes. Se lo señalo a Ben. —Encontré ese mapa en la guantera de la camioneta de George —digo—. Tiene marcas. Tres de ellas tienen las letras M, J y E encima. —Miro las paredes teñidas de rojo y vuelvo la vista al mapa—. Creo que es ahí donde los enterró. A todos los desaparecidos.

Sacudo la cabeza con asco al saber que una de esas marcas pertenece a Ethan. ¿Por qué marcarían las tumbas? ¿Por qué llevar la cuenta de los niños que asesinaron?

¿A cuántos mató Dennis? ¿De cuántos fue responsable George después de que mataran a mi padre adoptivo? Miro a Jason y recuerdo lo que George me dijo en sus últimos momentos de vida. Podría echarle la culpa de todo. Podría darle a Jason lo que quería, lo que murió buscando.

El agente Anderson asiente. —Hablemos más en la comisaría, Ali. Allí puedes contarnos todo.

Capítulo 43

Presente

Tres meses después.

—¿Cómo va eso? —le pregunto a Connie mientras le doy toquecitos en la frente con la toalla tibia. La mojo y la meto en el microondas, luego se la aplico con suavidad en la cara mientras ella está tumbada en la cama. A veces lo hago en casa, y parece un día barato de spa.

Connie no responde, claro está. Ya no puede hablar mucho. Tampoco puede moverse. Su especialista no le da mucho tiempo. Llegó el punto en que se recomendaron los cuidados paliativos. Como la ayuda que necesitaba no era intensiva, decidí ayudarla yo misma, con un cuidador personal que pasa a verla con regularidad. Quería pasar todo el tiempo posible con ella antes de que se vaya.

Han pasado más de tres meses desde la muerte de Jason y la noche en que descubrí la verdad sobre Dennis y George. Al principio, el pequeño pueblo se hizo tristemente famoso cuando salieron a la luz los crímenes de Jason, George y Dennis. Los entrevistadores y periodistas invadieron Kadestill. Curiosamente, el turismo alcanzó su máximo histórico. La cafetería local se llenó de nuevos clientes.

Pero es curioso cómo funciona el ciclo de las noticias. Una semana después, el descubrimiento de los asesinatos de los hermanos Kempmen era ya cosa del pasado, y todos habían pasado a la siguiente historia.

Es raro conectarse a internet y encontrar historias sobre una misma. Leí unas cuantas e incluso escuché un podcast de crímenes sobre lo que pasó.

Enseguida comprendí por qué tantos famosos intentan no leer las críticas de sus películas. La gente en internet puede ser espantosa. Falsa.

La gente comentaba que Sandra, Connie y yo no nos habíamos dado cuenta de los monstruos que eran George y Dennis. Algunos incluso nos culpaban de sus crímenes, sugiriendo que era culpa nuestra no haberlos descubierto antes. Los hermanos no eran los únicos asesinos en serie que llevaban vidas falsas, sin embargo. Hay muchos más.

Es muy fácil para la gente anónima en internet escribir lo que haría ella en esa situación. A ver si son capaces de vivirlo. A ver si sobreviven.

Sigo teniendo pesadillas sobre aquella noche. Sobre mi incapacidad para impedir que Jason apretara el gatillo contra sí mismo. Sobre mi incapacidad para ver quiénes eran realmente Dennis y George Kempmen.

Monstruos. Hermanos que mataban juntos.

Intento no pensar en ello demasiado. Tanto él como George están muertos ahora. Los monstruos de Kadehill ya no pueden hacerle daño a sus habitantes. Sus vidas solo podrán atormentar al pueblo a partir de ahora, y el lugar quedará marcado para siempre por lo que hicieron los hermanos.

Le paso el paño por la cara a Connie y noto que está perdiendo el calor. —Ahora vuelvo —le digo, aunque ella no puede responder y probablemente no sabe lo que está pasando.

Pero me gusta pensar que sí.

Cojo el paño, lo mojo en el fregadero y luego lo meto en el microondas. Mientras se calienta, me asalta un destello de recuerdos.

¿Quién era realmente Dennis Kempmen, mi padre adoptivo? Un hombre al que en su momento llamé papá. Al igual que con Jason, yo no fui capaz de ver lo que otros veían. Nunca lo creí capaz de hacer las cosas terribles que la gente decía que había hecho hasta después de su muerte. Pensaba que era un buen hombre, un buen padre y un buen marido.

Pero lo que se escondía detrás de esa identidad falsa era algo verdaderamente aterrador.

El mapa que encontré en la guantera de George, el mismo que había visto en el despacho de Dennis, era exactamente lo que yo pensaba que era. Las familias y seres queridos de los fallecidos recibieron la noticia con tristeza, pero agradecidos de encontrar los cuerpos. Uno de los restos pertenecía a Ethan Harris. El agente Anderson me confirmó que su cuerpo fue hallado donde la letra E estaba escrita a lápiz sobre la marca en el mapa del sendero.

Pienso en Jason a menudo. La tía Sandra me había contado lo mal que estaba durante su divorcio. No tenía ni idea de que era hasta tal punto que se permitiría hacer las cosas que hizo. Se quebró.

Mientras que los artículos periodísticos, los podcasts y todos los medios de comunicación tienden a mostrar lo perturbado y terrible que era Jason por secuestrar a una niña pequeña, yo sé algo diferente. La cuidó. Pasaba casi todo su tiempo con Sophia, haciendo apariciones con los demás solo cuando era necesario.

Parte de mí se pregunta qué habría hecho él si yo no hubiera encontrado a Sophia en el club. Me gusta pensar que la habría dejado marcharse, sana y salva. Al fin y al cabo, los informes confirmaron que Sophia Hughes no sufrió daño físico ni secuelas emocionales. Jason le mintió diciendo que tenía que cuidar de ella hasta que su mamá estuviera lista para verla de nuevo.

Según se informó, Sophia dijo que el hombre que la secuestró, a quien ella llamaba el hombre triste, llevaba una máscara de miedo porque su cara tenía unas cicatrices de terror y no quería darle asco.

Nada de eso justifica lo que hizo. Pero quizás demuestra que no era capaz de hacer lo que había hecho su padre.

Aunque también es cierto que Jason mató a Richard Harris. Su cuerpo aún no ha aparecido. Está ahí fuera, en los bosques que rodean este pueblo. Jason era capaz de una violencia extrema al final.

El microondas pita y saco el paño, escurriéndolo de nuevo sobre el fregadero.

Pensé más en Jason después de que mi exprometido, Andrew, se pusiera en contacto conmigo unos días después de lo que ocurrió. Andrew, como el resto del mundo, vio las noticias sobre mí y llamó desde un número anónimo nuevo.

Esta vez, no intenté colgarle. No intenté ignorarlo. Sí le dije que todo había terminado. Que me merezco a alguien que esté dispuesto a serme fiel. Que me merezco algo mejor que él. Se deshizo en disculpas y, aunque le agradecí los gestos poco sinceros, le expliqué con calma que se había acabado.

Le devolví su anillo de compromiso por correo. Aunque me encantaría tirarlo al lago como hizo Jason, ya no me duele tanto dejarlo ir. Estoy lista para seguir adelante.

Ya no necesitaba evitar a Andrew. Pasar por lo que viví me hizo darme cuenta de lo evasiva que había sido toda mi vida. Dejé este pueblo hace años para huir de mi pasado. Huí de mi exprometido y lo bloqueé porque no podía enfrentarme a lo que había pasado.

Esos pensamientos me hacían pensar en Jason. A diferencia de mí, él culpaba a los demás de todo lo que le había ocurrido en la vida. Dejó que su rabia lo consumiera. Se rebajó a enfrentarse a la injusticia que percibía, y eso lo mató.

Tanto Jason como yo estábamos en caminos de destrucción.

No podía dejar que eso me ocurriera a mí. Era hora de enfrentarme a mis demonios de frente. Nada de seguir huyendo ni de fingir que mis problemas no existían.

Vuelvo al dormitorio y me aseguro de que el paño no esté demasiado caliente antes de colocárselo a Connie en la cara, doblándolo sobre su frente. Ella emite un sonido como un zumbido que me hace pensar que le gusta la sensación. Espero que la calme.

Me he cogido una baja en el trabajo para estar con ella. Aunque no estoy sola. Me sorprendió que la tía Sandra quisiera ayudar. Daba por sentado que se marcharía del pueblo en cuanto pudiera y no volvería jamás. De hecho, me dijo que eso es exactamente lo que tiene pensado hacer, pero que de momento está esperando para ayudarme.

No tuve que preguntarle qué estaba esperando antes de marcharse. Me estiro y cojo la mano de Connie apretándola.

Mi trabajo me ha permitido tomarme tiempo libre para cuidar de Connie. Lo que no saben es que yo también he estado ocupada. Aprovechando mi experiencia, he podido solicitar subvenciones para crear mi propia agencia que ayude a familias con dificultades. También he donado parte de mi propio dinero. En cuanto pueda volver a Toronto, podré poner en marcha mi nueva organización sin fines de lucro. Incluso he conseguido asegurar un local. Es pequeño, pero perfecto para lo que necesitamos.

Seré la directora ejecutiva. Con ese cargo, puedo garantizar que cualquier declaración de principios que elabore refleje la esencia de nuestra organización. También me he puesto en contacto discretamente con algunos compañeros de trabajo que están interesados en trabajar conmigo. Para tener una buena organización, necesitaré rodearme de buenas personas que compartan mis mismas convicciones.

Las familias son lo primero, no los resultados.

El único problema que tengo es que, después de presentar mi propuesta de negocio para las subvenciones, me dijeron que necesitaría más capital inicial para prepararme bien de cara al éxito. Y no poco. Cerca de veinte mil euros. Ya he invertido diez mil euros de mi propio bolsillo y no puedo permitirme más.

Estaba poniéndome nerviosa por el dinero que necesitaba hasta que me llegó un regalo inesperado. Como si el universo quisiera que triunfara, recibí una llamada de un pódcast muy popular que quiere pagarme por una entrevista. ¿Cuánto están dispuestos a pagar? Diez mil euros, pero cuando les conté mi situación, aceptaron donar otros diez mil a mi organización sin fines de lucro cuando abra.

Ahora estoy emocionada por lo que depara el futuro. Incluso le ofrecí trabajo a Sandra si quería, pero lo rechazó. Quiere reconectar con su hermana, que vive en el oeste.

Aprieto la mano de Connie entre las mías y siento calor. Quizás es una bendición que ella no vaya a saber la verdad. Aunque todo el mundo sabe lo que pasó en este pueblo.

Connie se mueve en la cama y me aprieta la mano a su vez. Me mira pero no habla. Me gusta pensar que hay momentos en que sabe quién soy, a pesar de lo que me dice la especialista.

—¿Qué tal tu spa, mamá? —le pregunto. No responde. Me inclino hacia ella. —Lo siento —le susurro—. Siento no haber estado siempre aquí. Ojalá lo hubiera estado. Después de cómo me abandonó mi madre biológica, me protegí tanto que no fui capaz de abrirme a ti del todo. Pero tú no eras nada como ella. Nunca te rendiste conmigo. Ojalá hubiera podido ser tan buena hija para ti como tú has sido madre para mí.

Ella me aprieta la mano de nuevo, como si esa fuera su manera de responderme. Connie tiene muchos movimientos involuntarios. No es raro que apriete una mano cuando alguien sostiene la suya. Aunque me gusta pensar que sabe que soy yo.

—Te quiero, mamá.

Epílogo

— ¿Tiene algún arrepentimiento? —me pregunta el entrevistador.

Lo miro fijamente, sin saber cómo responder. —¿Sobre qué?

—Sobre decir la verdad —dice—. No tenía por qué revelar que su padre adoptivo era un asesino. Cuando George murió, podría haber mentido. Después de lo que le ocurrió a su hermano, quizás otros en su lugar lo habrían hecho. ¿Ha pensado alguna vez en esa decisión? ¿Se arrepiente de ella?

Bajo la cabeza y respiro hondo. Veo las sonrisas falsas de Dennis Kempmen. Veo el disfraz que llevaba, fingiendo ser un buen padre de familia. Un buen ser humano. Me imagino a Jason y el dolor que sintió cuando descubrió la verdad.

Me doy cuenta de que estoy tardando demasiado en responder cuando la productora me hace señas desde fuera del plató. —¿Estás bien, Ali? —dice—. Si necesitas un descanso, no hay ningún problema.

Una parte de mí daría cualquier cosa por poner fin a esta entrevista. La falsedad del entrevistador empieza a molestarme de verdad. La empatía y la sinceridad de la productora son el único motivo por el que aún no me he marchado. Eso y el dinero que me prometieron para mi organización sin fines de lucro.

Miro directamente a la cámara. —Todos llevamos máscaras —digo—. Jason intentó ocultar su dolor. Yo intenté esquivar el mío. George y Dennis lucían una sonrisa y fingían ser como los demás. Pero no lo eran. Eran hombres malvados. La maldad merece ser expuesta. —Me aclaro la

garganta y miro al entrevistador—. ¿Me arrepiento de haber dicho la verdad? No. Todos llevamos máscaras. El verdadero misterio es lo que se esconde debajo.

Nota de la autora

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí. Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James

Ahora, por favor, disfrute de una muestra de mi historia 'La Cabaña Familiar':

La Cabaña Familiar - Capítulo 1

A^{mber} Me latía la cabeza con un dolor intenso. Miré despacio a mi alrededor, viendo doble. Una luz encima de mí me quemaba los ojos mientras intentaba entender dónde estaba. La habitación tenía paredes de cemento y el suelo hacía juego.

Sabía que estaba en un sótano, pero no recordaba cómo había llegado allí. Intenté levantar las manos para frotarme la frente, pero noté una fuerte resistencia.

Tenía las manos esposadas a la espalda. Empecé a ser consciente de mi situación. Me incliné hacia delante y casi me caí de la silla metálica. El dolor de cabeza era brutal y me estremecí.

No vi ninguna ventana, solo una puerta de madera. Contra una de las paredes había una gran mesa metálica. La habitación estaba vacía, salvo por mí, la mesa y la silla.

Solté un suspiro de alivio al ver que no tenía los pies atados. Me levanté de inmediato y caminé hacia la puerta, pero me detuve a unos pasos de ella. Miré hacia atrás y descubrí que una cadena enganchada a las esposas me impedía avanzar más. Moví las manos y observé cómo se movía la cadena. Estaba unida a un gancho metálico empotrado en la pared del fondo.

Se me formó una lágrima en el ojo al comprender con terror que me habían secuestrado.

—¡Socorro! —grité—. ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

Respiré hondo, intentando calmarme y ordenar mis pensamientos. ¿Qué me había pasado? ¿Por qué no recordaba nada? Traté de repasar mis pasos anteriores a despertar en ese sótano, aunque el dolor de cabeza lo hacía todo más difícil.

Había estado estudiando hasta tarde en la biblioteca del campus de la universidad. Al día siguiente tenía un examen parcial y quería hacer una sesión intensiva de repaso. Derecho penal. Era una asignatura básica para introducir a los nuevos estudiantes de Derecho en los fundamentos que necesitaríamos más adelante.

Había pasado allí casi todo el día y la noche. La biblioteca tenía horario ampliado durante los períodos de exámenes. Me senté en un cubículo del cuarto piso, frente a una ventana. Era mi rincón favorito para estudiar.

Intentaba no ser supersticiosa, pero había estudiado todos los exámenes de mi licenciatura en ese mismo cubículo. La única vez que no lo hice y pasé la noche en vela en mi habitación justo antes del examen, saqué un notable bajo, lo cual en aquella época me pareció verdaderamente horrible. Me prometí a mí misma que a partir de entonces siempre me aseguraría de tener una larga sesión de estudio en mi cubículo del cuarto piso.

Si alguna vez llegaba a la biblioteca y alguien estaba sentado en mi sitio, le preguntaba amablemente cuánto tiempo pensaba quedarse y a veces esperaba cerca, lista para abalanzarme en cuanto diera cualquier señal de que se iba a marchar. No podía concentrarme bien si no estaba en mi cubículo.

Era mi lugar especial. Ese rincón de estudio me daba de algún modo superpoderes para recordar el material de las asignaturas y superar cualquier examen.

El sonido de los pasos sobre mi cabeza rompió mi ensoñación y me devolvió a la realidad. Me estremecí. Los pasos resonaban en el techo. ¿De quién era ese sótano? ¿Cómo había llegado yo allí?

Debía de ser cerca de la medianoche en la biblioteca. Cuando me sentí segura de que sabía lo que entraría en el examen, recogí mis cosas para marcharme. Después de guardar el portátil, me puse el enorme jersey de University of Calgary. Aunque era un día de febrero típicamente frío en Alberta, la biblioteca del campus en el cuarto piso siempre estaba a una temperatura sofocante.

Los pasos continuaban sobre mí mientras me movía por la habitación todo lo que la cadena me permitía. Me detuve junto a la mesa, que era

inusualmente baja. Lancé un grito ahogado al distinguir una mancha roja oscura en una de las esquinas.

Miré hacia abajo. Seguía llevando puesto mi jersey blanco del campus, pero vi gotas rojas marcando el hombro.

Abrí los ojos de par en par al recordarlo. Salí de la biblioteca saludando con la mano al oficial de seguridad del campus que estaba sentado en una mesa cerca de la entrada.

Me estremecí de dolor al pensar en el camino hasta el aparcamiento donde había dejado mi destartado Volkswagen. Todo lo que había querido esa noche era pasar por el drive-through de McDonald's, llegar a casa y, si mi compañera de piso todavía estaba despierta, ver una película con ella.

El campus de la universidad estaba tranquilo por la noche, muy distinto al bullicio habitual de los estudiantes durante el día. Los edificios estaban a oscuras, con solo unas pocas luces tenues iluminando los caminos. Los jardines estaban desiertos.

Recordé haber sentido inquietud. Pensé en dar media vuelta y volver a la biblioteca. Los guardas del campus se habían ofrecido a acompañarme al coche cuando estudiaba hasta tarde. Ojalá hubiera aceptado ese ofrecimiento.

El teléfono me sonó con fuerza, rompiendo el silencio de la noche. Di un brinco y saqué el móvil del bolsillo del pantalón. Era mi madre. Puse los ojos en blanco. Era pasada la medianoche; ¿qué podría querer? Aunque conocía la respuesta y no tenía tiempo de lidiar con ella. Necesitaba dormir. El examen era temprano al día siguiente y tenía el cerebro frito. Una discusión a deshoras con mi madre era lo último que necesitaba. Guardé el móvil en el bolsillo y ya podía ver el aparcamiento vacío y mi coche.

Al acercarme al vehículo, saqué las llaves y lo abrí. Fue entonces cuando noté el golpe en la nuca y luego... nada.

Hasta que desperté.

Sabía que tenía que encontrar una salida antes de que fuera demasiado tarde. Tiré de la cadena, intentando arrancar el gancho metálico de la pared. Grité pidiendo ayuda, con la esperanza de que alguien me oyera. Pero a medida que pasaban los minutos, comprendí que tendría que idear un plan yo sola. Mi única esperanza era mantener la cabeza fría y encontrar la manera de escapar de esa pesadilla.

Fue entonces cuando oí que los pasos sobre mí volvían a moverse. Cruzaron la habitación y se detuvieron. Respiré hondo al darme cuenta de

que la persona no había dejado de moverse, sino que el sonido que hacía había cambiado.

El golpe que producía era suave y amortiguado, con un repiqueteo rítmico cada vez que el tacón del zapato tocaba un peldaño.

Me quedé mirando la puerta de madera con los ojos muy abiertos, esperando. Quería gritar, pero mi cuerpo no me lo permitía. Era como si alguien me hubiera quitado las pilas y yo estuviera paralizada, con la vista clavada en la puerta.

Incluso cuando se oyó un golpe fuerte en ella, fui incapaz de reaccionar de ninguna manera; solo pude observar cómo la puerta se abría despacio. Cuando la persona entró en la habitación, logré abrir la boca.

Era un hombre alto, con una camisa de franela roja y las mangas remangadas que dejaban al descubierto sus gruesos antebrazos. Llevaba un cubo en una mano y lo dejó en el suelo nada más entrar.

Noté cómo me temblaban las manos a la espalda. La cara que me miraba era una que reconocí.

Unos ojos rojos y muertos me devolvieron la mirada. La boca estaba abierta, mostrando todos sus dientes blancos y amenazadores. Las orejas apuntaban hacia atrás. La máscara de lobo que llevaba el hombre parecía a punto de atacarme.

—Estás despierta —dijo el hombre, con la máscara amortiguando su voz grave—. Esto es para ti. —Bajó el cubo hasta el suelo y lo empujó con el pie hacia mí—. Da un paso atrás —ordenó de repente. Yo seguí mirando la amenazante máscara sin comprender lo que pedía—. ¡Da un paso atrás! —gritó. Esta vez obedecí y me acerqué a la silla—. ¡Siéntate! —resonó su voz grave. Me senté en la silla sin apartar los ojos del hombre con la máscara de lobo—. Buena chica.

El hombre salió de la habitación un momento y volvió a entrar con dos grandes cuencos metálicos. Los dejó cerca de la mesa. Al hacerlo, el agua salpicó desde uno de los cuencos al suelo de cemento. Miré el otro cuenco. Casi parecía cereales hasta que el olor me golpeó la nariz.

Comida para perros.

—Come —dijo el hombre—. Bebe. —Giró la cabeza hacia el cubo—. Haz tus necesidades ahí.

—Por favor —dije, con las lágrimas corriéndome por la cara—. Por favor, déjame...

—Este es tu hogar —interrumpió el hombre—. Sé buena chica y no... te sacrificaré. —Grité. El hombre se encogió de hombros y volvió el rostro hacia la puerta—. ¡Para! ¡Para ahora mismo! —Cogió el cubo metálico y lo estrelló contra la pared, abollándolo.

Respiré hondo. Miré de nuevo los ojos rojos del lobo. Tardé un momento en distinguir dos agujeros debajo de ellos, por donde asomaban los ojos castaños oscuros del hombre que me miraba.

—No me hagas daño —supliqué, mirando ahora los ojos del hombre—. Me llamo Amber Townsin. Mi madre es muy rica —mentí—. Suéltame y me aseguraré de que seas recompensado. —El hombre con la máscara de lobo negó con la cabeza—. ¡Lo hará! —grité—. Solo... por favor, déjame ir y...

—¡Basta! —ladró el hombre—. Ese ya no es tu nombre. Tu nombre es... «chica», a partir de ahora. —Levanté la cabeza y lo miré fijamente—. Puedes ser una mala chica o una buena chica, eso depende de ti. Las buenas chicas pueden quedarse con un amo. A las malas chicas hay que sacrificarlas. ¿Qué vas a ser tú?

Inspiré con la boca abierta de par en par.

Negó con la cabeza de nuevo. —Tienes mucho que aprender, chica. Regla número uno: nada de gritos. Si los hay, te sacrifico como a un perro en el acto. La segunda: haz lo que te digo. La última regla, y esto es importante... Llámame «Amo».

[Sigue leyendo](#)